



COVID-19 - CFCH

ANTOLOGÍA SCI FI EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Ediciones
SIETCH

LEONARDO ESPINOZA BENAVIDES
(ED)

©COVID-19-CFCh - Leonardo Espinoza Benavides (ED)

Primera Edición mayo 2020

Antologador y editor general: Leonardo Espinoza Benavides.

Corrector de estilo: Arturo Sierra.

Asesores de contenido: Carolina Herrera Haddad y Carlos Gómez Salinas.

Diseño de portada y diagramación: Sietch Ediciones

Sietch Ediciones
sietchediciones@gmail.com

ISBN: 978-956-09481-0-6

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, en su totalidad o en parte, ni puede ser transmitida, por un sistema de recuperación o información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, electrónico o magnético, por fotocopia o cualquier otro, sin el previo consentimiento escrito de la editorial. De lo contrario se verá expuesto a reclamación legal.

Prólogo

#QUÉDATENCASA

Desde hace algunos días, permanezco encerrado en mi residencia. He decidido, por voluntad propia, realizar cuarentena durante estas semanas en el que el nuevo coronavirus, o COVID-19, se ha propagado por diferentes regiones del planeta. Desde China, pasando por Europa, con desastrosas consecuencias en países como Italia y España, y detectándose el primer contagiado en Chile en lo que ahora parece un lejano 3 de marzo.

En lo que va del presente siglo, esta no es la primera vez que se declara una pandemia. Recordaremos los casos del síndrome respiratorio agudo grave (SARS) y la gripe por influenza A(H1N1), así como el caso del Ébola, que, a pesar de alcanzar tan solo el estatus de epidemia, significó una preocupación de carácter global. En este tiempo, el Reglamento Sanitario Internacional (RSI), cuya misión es prevenir la propagación de enfermedades a nivel mundial y que imperaba desde el año 1969, fue revisado, actualizado y aprobado el año 2005, en la Asamblea Mundial de la Salud. Considerando la experiencia de anteriores pandemias y la existencia de un marco jurídico internacional que regula la acción de los estados miembros de la Organización Mundial de la Salud, y también un progreso tecnológico increíble, ¿qué es lo que sucede con el COVID-19?

Este pequeño virus, aparentemente una zoonosis, sigiloso, de fácil contagio, que provoca unos síntomas no muy excepcionales en el ser humano (tos y fiebre), al parecer de baja letalidad, ha generado una situación inimaginable en esta era de la globalización, de la inmediatez y en sociedades donde predomina el individualismo. Porque, junto con expandirse rápidamente, ha detenido el incesante movimiento de un sinnúmero de individuos, cerrado fronteras, suspendido eventos y puesto en duda muchos de los cimientos y las respuestas de nuestros sistemas de salud, económico, político y cultural frente a una emergencia de este tipo.

A partir del 3 de marzo, día en que se confirmó el primer contagiado en nuestro país, hemos sido testigos de acciones de gran irresponsabilidad y egoísmo, como acaparamiento de productos de primera necesidad, alzas excesivas de precios (oferta-demanda), incomprensibles viajes desde Santiago al litoral, personas infectadas que salen a las calles y acuden a lugares de compra, así como también de cuestionables decisiones de nuestros gobernantes (los mismos a quienes se criticaba en las movilizaciones de finales del 2019), mientras que el número de contagiados aumentaba cada día.

Asimismo, a través de redes sociales, se ha «viralizado» una campaña para que nos quedemos en casa y así se eviten muchas posibles situaciones de contagios. Una acción de loables intenciones, que ha tenido varios inconvenientes, principalmente en cuanto a la manera en que está estructurada nuestra sociedad, donde la cuarentena plantea ciertas interrogantes sobre la situación laboral de los trabajadores en Chile, las condiciones de los hogares para realizar una cuarentena, nuestra salud física y mental durante el encierro y cómo se vive en una situación de constante incertidumbre.

Los hechos brevemente narrados hasta acá bien podrían considerarse parte de una historia de ciencia ficción. A considerar, un agente desconocido ataca a la humanidad y se provoca el

pánico en la población, al enfrentarse con algo que ignora. Desde un grupo de dirigentes o gobernantes, se promulgan ciertas medidas para enfrentarlo; hay quienes investigan qué hay detrás de lo que ataca a la humanidad. El «héroe o heroína» actúa frente a esta amenaza.

Justamente, es este género literario el que nos otorga mayores argumentos para comprender y analizar este fenómeno. No solo por el *corpus* científico y desarrollo tecnológico presente en gran parte de sus obras y que, en este caso, describiría las características y posibles curas de un virus, sino también por sus alcances sociales, reflexionando sobre nuestros modelos políticos y el actuar de los seres humanos frente a la amenaza de lo desconocido.

Y es que la ciencia ficción nos ha planteado un sinfín de situaciones donde la tecnología y la sociedad enfrentan a lo ignoto, desde los marcianos de H.G. Wells, que con sus avanzadas armas dominaron a la humanidad hasta encontrarse con un pequeño y mortal enemigo, a historias donde los virus desatan el caos en la sociedad, como en *La Radio de Darwin* de Greg Bear o la *Guerra Mundial Z* de Max Brooks.

Por otro lado, leyendo el artículo *La emergencia viral y el mundo del mañana*, del filósofo surcoreano Byung-Chul Han, el cual hace mención a las medidas implementadas por Corea del Sur para combatir el COVID-19, entre las que se incluyen test masivos a la población, recopilación de datos y control de los movimientos de las personas diagnosticadas, acciones muy difíciles de imaginar en nuestra cultura, uno podría hacer un paralelismo con ciertas distopías donde gobiernos totalitarios vigilan cada paso, pensamiento y sentimientos de los seres humanos.

El conocimiento científico y la tecnología para detectar, caracterizar y eliminar o no un virus, la respuesta de nuestros sistemas culturales, políticos y sanitarios, la reflexión de nuestro actuar como seres humanos, nuestra salud física y mental, el aislamiento, nuestra historia y proyecciones de un futuro, todos estos elementos están presentes, de alguna manera, en las obras de ciencia ficción y son parte de este libro.

COVID-19-CFCh surge por iniciativa de Leonardo Espinoza Benavides, lector, escritor de ciencia ficción y, también, uno de los médicos que forma parte del gran número de profesionales encargados de proveer atención en esta era de incertidumbre. Leonardo, junto a otros colegas, estará atendiendo pacientes en un entorno dominado por el COVID-19, a la vez que deberá evitar en lo posible ser contagiado. Es en este contexto que inició una convocatoria a las y los escritores de ciencia ficción, incluyendo a otros médicos de la primera línea actual, a escribir una historia o poema sobre este coronavirus.

Los textos que leerá a continuación son producto de una de las principales cualidades que como seres humanos debemos tener en una situación como esta: la cooperación. Si bien es imposible imaginar una situación de perpetua cooperación y estabilidad sin que surja una pugna, tampoco se puede pensar en el eterno conflicto que alimenta el egoísmo e individualismo de los seres humanos.

Si muchas personas, entre las que me incluyo, hemos decidido permanecer en nuestros hogares, a pesar de las dificultades que eso conlleva, no es por salvarnos aisladamente, sino que es por un bien común, porque no se propague aún más la enfermedad y provoque un infierno sanitario, llenando los recintos clínicos y hospitalarios más allá de su capacidad, haciendo más difícil aún la tarea de los y las profesionales de la salud que se desempeñan en esta labor.

Es a partir de esta misma lógica, que nos hemos reunido y publicado estos relatos, escritos bajo unas condiciones excepcionales, muchos de ellos durante una cuarentena (obligatoria) y en un período de tiempo impresionantemente breve. Y si las condiciones eran excepcionales, los resultados también lo son.

Por último, recordaré la frase con que inició este prólogo: #QUÉDATENCASA.

ES UNA DECISIÓN DIFÍCIL, PERO ES UNA DE TANTAS DE NUESTRA VIDA COMO SOCIEDAD EN ESTE PLANETA. A USTED QUE ESTÁ LEYENDO ESTE LIBRO, LÁVESE BIEN LAS MANOS DURANTE VEINTE SEGUNDOS Y DISFRUTE DE ESTOS VEINTIDÓS CUENTOS Y DOS POEMAS DE CIENCIA FICCIÓN. Y, PARA FINALIZAR, SI LE GUSTÓ LO QUE LEYÓ, DIFUNDA ESTA ANTOLOGÍA ENTRE AMIGOS O FAMILIARES. QUE SEAN LAS BUENAS ACCIONES LAS QUE SE PROPAGUEN EN ESTOS TIEMPOS COMPLEJOS.

Cristóbal Villegas De la Cuadra
Primero de abril de 2020

Año primero de la Santa Pandemia que vino a limpiar la Tierra de toda iniquidad

Marisol Utreras Guerra

La Reina Coronada se acerca
Extiende su manto con nombre de mujer
Vengan a mí
llama con voz voluptuosa
Vengan a mí
No habrá aire suficiente para todos
Yo les daré la infinita libertad
De la dulce muerte
Vengan a mí los viejos abandonados
Como trastos inútiles al basurero
Los que dieron su aliento por más de ocho décadas
Que hoy parecen ocho siglos
Cae el imperio
Muere el antiguo orden de las cosas
Miedo atrae al miedo
Día a día se extiende la pandemia
Y no con máscara roja
Ella avanza etérea e invisible
Te toca como el beso
De un amante furtivo
«Ven, no te resistas
Abandónate en mis brazos febriles»
Haz cuenta que es la Segunda Venida
Deja de luchar por el mendrugo de pan
O el sorbo de agua
Deja que las luces se apaguen y crezca la maleza
Los pumas corren sueltos por ahí
Es que no lo entiendes
Es el regreso al Edén.

Peste programada

Michel Deb

Una explosión se dejó escuchar a lo lejos. El sonido rebotaba entre los edificios, perdiéndose en la lejanía. Luego, otro estruendo, pero esta vez más cerca; algo de humo se logró divisar a lo lejos. Las calles estaban vacías, pero un murmullo se escuchaba, similar al sonido previo a un temblor, subterráneo, profundo.

Sus zapatos sonaban con fuerza contra las baldosas del paseo peatonal. En una esquina podía leer: «Paseo Huérfanos», mientras seguía caminando, tratando de entender qué pasaba, dónde estaba toda la gente. No era posible que toda la ciudad estuviera desierta. En el suelo, un diario sucio y arrugado con una portada no muy alentadora: «Santiago Cerrado». Al leer rápidamente la noticia, se podía dilucidar que *toda* la ciudad estaba cerrada: nadie entraba y nadie salía. Frases como «genocidio moderno», «salvar a unos matando a otros», «gobierno criminal» se repetían en muchas páginas.

Miró hacia arriba, donde las grandes pantallas de alta definición pasaban publicidad. Pero ahora estaban calladas. Solo mostraban la imagen del escudo nacional, algo que no veía desde niño.

Las vitrinas estaban abiertas. Las puertas de las tiendas de par en par; muchas de ellas destrozadas en el suelo, pero nadie aparecía por ningún sitio. Tenía hambre. Se dirigió a un antiguo local de comida que había en la esquina de la calle Estado. Cuando entró, las máquinas de cobro estaban encendidas. Muchas de las fichas de pago digital estaban esparcidas en el piso. Tomó varias de ellas y las metió en su bolsillo. Entró en la cocina, la cual estaba encendida, se sirvió café y se preparó un gran sándwich. Luego se sentó en uno de los cómodos sillones a comer, mientras observaba todo alrededor. Comunicadores personales, tabletas de trabajo, incluso varios enlaces neurales de red estaban sobre otras mesas. Él sabía que eran bastante personales y no debían dejarse botados en cualquier sitio, pero allí estaban, botados en el piso o sobre las mesas.

Otra explosión lo volvió a sacar de sus ensoñaciones. Se escuchó más cerca. Pudo determinar desde donde venía: de la parte norte, hacia Mapocho.

No quería caminar y pasar directamente por la Plaza de Armas. Quería saber bien qué estaba pasando. Ya le parecía bastante extraño todo, pero no iría a tontas y a locas.

Lo único que se movía eran los cientos de palomas que se agolpaban en las cornisas más bajas. Hacia arriba se perdían en los incontables pisos de los grandes edificios del centro antiguo de Santiago. Los escáneres de vigilancia parecían no funcionar; no emitían aquella luz azul cada vez que leían los datos retinales. Asimismo, al pasar el límite medio de la ciudad hacia el oeste, no se escuchaba el típico siseo del sistema reconociendo el permiso de circulación ciudadana. Él recordaba que tenía acceso nivel tres hacia los sectores más bajos de la ciudad, lo que le permitía pasar calle Ahumada y adentrarse hacia los barrios dormitorio, donde el personal de las grandes oficinas tenía sus pequeños departamentos. Las grandes compañías no querían que sus empleados perdieran tiempo en viajes incensarios a la periferia, cuando los podían tener allí, a la mano y cuando quisieran, comprando grandes extensiones de terreno y construyendo los gigantescos guetos que se ven hoy.

Pero nada se escuchaba. No había nadie en las calles. Solo las malditas palomas que tanto odiaba.

De pronto, por sobre su cabeza, pasó muy rápido uno de los drones de vigilancia, aquellos de color negro usados por los servicios de control policial. Comenzó a hacerle señales y a gritarle. Se detuvo en seco en el aire devolviéndose justo frente a él. Levantó su brazo derecho, dejando el antebrazo en su dirección, para que pudiera leer la data del chip de información. Un rayo color verde lo escaneó y, en pocos segundos, una luz roja se encendió en el panel frontal de la máquina. Se elevó unos metros, dio la vuelta y prosiguió rápidamente su camino, dejándolo nuevamente solo. No podía entender qué sucedía, si había algún problema; el dron debía darle la información necesaria para que se pusiera a salvo, o darle indicaciones hacia donde movilizarse, pero nada. Pasó sobre él no importándole. Eso lo dejó un tanto perplejo. Tras los drones de vigilancia siempre venían fuerzas de seguridad, pero ahora nada. No podía entenderlo.

Prosiguió su camino llegando hasta calle Bandera, donde giró a la derecha. Por esa ruta llegaría más rápido a la frontera histórica, como le gustaba decirle. El antiguo barrio, donde en alguna época pasaba el río Mapocho, hoy solo era la pista de alta velocidad que conectaba de manera directa con el megapuerto de Valparaíso, sitio donde despegaban los transbordadores a las colonias lunares de Tycho.

El sol se encontraba en lo alto y sus rayos caían directo sobre el sitio donde se encontraba. Los empinados edificios entorpecían la llegada de la luminosidad, pero, en épocas del año como esta, el asfalto recibía de buena manera algo de calor.

Pasó por fuera de la antigua catedral de la ciudad, un sitio histórico y muy bien protegido por una guarnición de militares. Los sitios religiosos eran blanco constante de los grupos radicales antisistema; para él, solo un grupo de hippies tecnológicos que pretendían imponer sus ideas. Jamás entendió cómo ellos no aceptaban el orden y la seguridad que la economía y gobierno podían dar. Quizás estaba muy viejo para aceptar las ideas radicales de ellos.

Sus pies le dolían un poco. No estaba acostumbrado a caminar tanto y mucho menos en los niveles bajos de la ciudad, donde las calles no tenían sistemas de amortiguación o las útiles veredas movibles por tramos.

De pronto, otro estruendo, pero esta vez demasiado cerca para su gusto. Desde uno de los edificios que daban al norte, vio cómo caían trozos de hormigón, generando una nube de humo que cubrió parte de la calle. Todo fue absorbido por los sistemas de aire que seguían funcionando a nivel del piso. Ante toda precaución, se dirigió en la dirección de la explosión, llegando a solo una calle del sector de Mapocho. Miró hacia arriba y vio que una parte del edificio había sido volado por una descarga de energía. Sabía que los grupos radicales no tenían armas de esa envergadura. Otra cosa debía estar pasando.

Comenzó a correr al sector de la autopista de alta velocidad. En esa área siempre había controles policiales para filtrar el paso de inmigrantes y comercio.

Con sorpresa vio que, desde la otra orilla, decenas de cañones y unidades robóticas apuntaban a los edificios detrás de él. Al voltear, vio en las ventanas a muchos que le hacían señas con desesperación, gritando; pero, por la distancia, no pudo escuchar qué decían. Miró hacia el lado oriente y vio como muchas unidades artificiales amontonaban cientos de cuerpos en pequeños montículos repartidos por doquier. Todos los muertos estaban siendo quemados hasta las cenizas. Notó que en el suelo había millones de papeles, como alguna vez vio en las clases de historia. Se agachó y tomó uno de ellos:

Nuevamente la historia se repite. Otra vez la fuerza es la única manera de hacer retroceder al enemigo que nos ha forzado a llevar una vida de mentiras. La rueda del tiempo ha girado y esta vez no los favorecerá. Su vida tecnológica también será la causa de su desaparición. Nuestro virus ha sido llamado como una de las tantas pandemias que han atacado a la humanidad a través de los siglos. Nuestro COVID-19 los convertirá en parte de su añorado sistema. Los absorberá y, cuando estén atrapados, seremos capaces de limpiar todo lo que ustedes destruyeron. Bienvenidos a su propio Apocalipsis. Nosotros refundaremos y daremos forma a esta nueva Tierra.

Frente SdNE
Santiago de Nueva Extremadura

Su cabeza comenzaba a dar vueltas. Ahora entendía por qué nadie estaba en las calles, por qué toda esa gente no salía de los edificios, por qué estaban todos muertos o condenados. Miró su antebrazo y vio, con horror, cómo sus venas se tornaban negras y comenzaban a tener una forma similar a circuitos eléctricos. Sus brazos se quedaron dormidos. Trató de correr hacia una de las salidas, pero sus piernas no le respondieron. Vio con horror cómo uno de los robots comenzaba a caminar hacia a él apuntándolo con una de sus armas. Lo último que vio Alberto fue el brillo de un disparo y la mitad de su cuerpo quemado en el suelo.

Ellos habían ganado.

Vahos

J. M. Fernández Gutiérrez

El crujir de las pisadas sobre la nieve les hace creer que el suelo se partirá en cualquier momento y, aun sabiendo que hay kilómetros de maciza tierra debajo de ellos, sus pies se mueven lánguidos sobre el yermo blanquecino.

—Dios, me cago del frío —comenta Collins, el más joven del grupo.

—Cállate, Colls —demanda Phillips, nombrándolo con aquel sobrenombre que tanto odia—, todos tenemos frío. Hay menos sesenta y cinco grados.

Douglass los mira con sorna y larga una risa que se reproduce saturada por la radio del casco. Todos la oyen, todos la odian; todos odian la risa de Douglass, una risa que suena muy infantil para lo que demuestra su apariencia.

—Cállense ambos —exige Barlowe, el capitán—. Agradézcan que tenemos los trajes térmicos y terminemos esto rápido.

—Vaya trajecitos —reprocha Collins nuevamente—. Cuestan millón y medio de dólares y dan calor patético. Además de cáncer.

—No lo repetiré otra vez.

—¡Sí, señor! —mascullan todos a través de la radio.

El sol brilla intensamente naranja, incluso a través de las negras nubes que surcaban el cielo de Keppler-62f. Sin embargo, no da para nada el calor necesario. Los sesenta y cinco grados Celsius bajo cero hacen difícil el trayecto. Cala fuerte en los huesos, como clavos profundos que los atan a cruces de culpa ajena que deben cargar. Precisamente para cargar con el frío era que se habían desarrollado los trajes RTG, elaborados instrumentos tecnológicos que hacían de armadura y traje de retención de calor, con una pila de plutonio que proveía de calor y la energía suficiente para accionar la servo-armadura. El RTG (generador termoeléctrico de radioisótopos) era, en esencia, una bomba nuclear andante. Usaba plutonio-238, un isótopo tan inestable que, antes, en la primera época espacial, se tenía la orden de alejarlo de las estaciones HAB para evitar envenenamientos por radiación; hasta había rumores de que se podía hervir un paquete de vienasas con el calor generado. Pero ahora las cosas habían mejorado. La tecnología era de punta y los materiales de que estaba hecho el traje RTG impedían la expansión de la radiación, según decía el manual de instrucciones. Nadie creía que realmente fuera así.

Llevaban ya más de una semana de misión. Todos cansados. En la nieve nunca fue fácil caminar, menos con un metro de lluvia semi congelada sobre el suelo.

Al tercer día del descenso, su vehículo de superficie queda atascado en la nieve, la que se solidifica a su alrededor tras una baja de temperatura drástica. De sesenta y cinco bajo cero, la temperatura pasa a menos ciento veinte y luego a menos doscientos veinte y tres en tan solo trece segundos. Tienen que dismantelar la RTG original del vehículo para mantenerse con vida y, aun así, piensan que morirían de hipotermia.

—¿Cuánto queda para el descanso? —pregunta Robins, jadeando exhaustivamente.

—Si esta máquina no miente, quedan tres horas —contesta Phillips, mirando la pantalla de su visor. Siendo el cartógrafo, debe revisar constantemente su posición—. Hay una cueva aproximadamente a diez kilómetros de aquí.

—Mierda, ¿tanto? ¡Tengo hambre! —exclama Collins, con un tono de voz lamentable.

Douglass se larga a reír nuevamente. Phillips suspira. Barlowe le reprende.

—No es por ser abogado del diablo, pero sí deberíamos comer. Este frío y la radiación nos debilitará en extremo —comenta Dickens, el biólogo.

Douglass comienza a jugar con su fusil de calor.

—Lamento estar del lado del muchacho, pero es cierto —agrega Robins, el médico del escuadrón. Detiene su marcha y comienza a buscar algo en sus bolsillos—. Estas raciones no nos servirán de mucho; deberíamos comer dos en vez de una.

—Pero solo tenemos seis —les contesta Barlowe—. Si crees que podrás volver al vehículo antes de tres días, anda; cómete dos de tus raciones. ¡Douglass, detente!

Douglass ríe por la radio, pero deja de mover su fusil como un infante.

—Vamos a morir —agregó Collins.

—Cállate, Colls —dice Phillips.

La caverna es un túnel extraño, la garganta de un ser desconocido, y ellos, las bacterias que entran para infectarlo. Douglass deja el trineo, que trae a rastras en el centro de la cavidad y activa el RTG del vehículo. Lo hace lento, pausado y algo forzado. El lugar es amplio, con estalagmitas de hielo que brillan ante el resplandeciente calor del generador, dando la impresión de estar dentro de la boca de una gargantuesca bestia.

Se sientan alrededor del calor y sueltan un poco sus cascos para poder comer. Robins se acerca al trineo y retira el conversor de oxígeno del lado del RTG, lo revisa y finalmente lo activa. Todos se retiran el casco. Comen. Todos menos Douglass.

—Oye imbécil —comenta Phillips—, deja de jugar. Si no comes, te mueres.

Mas Douglass no contesta.

—¡Oye! —Phillips se enoja. Enajenado, se levanta de su puesto y comienza a caminar hacia Douglass—. ¡Te dije que dejaras de jugar! ¡Quítate el puto casco!

—Phillips, cálmate —ordena Barlowe—. Déjalo. Que haga lo que quiera.

—Hey, esperen —Robins se levanta—, hay algo raro aquí.

—No hay nada de raro. Este sujeto es tonto, nada más.

Ambos se acercan y tocan a Douglass. Este se cae. Su cuerpo resuena como tronco al tocar el suelo. Le quitan el casco apurados. Todos se levantan. El capitán corre.

La piel azul de Douglass resalta en el suelo de hielo esmeralda. Los labios zafiros parecen gemas incrustadas en su carne congelada y sus ojos son bellas perlas con tintes negros y sangre coagulada.

Robins acerca su mano al cuello. No hay pulso.

—Está muerto —comenta Robins.

—¡Claro que lo está! —agrega Collins, agitado. Su respiración se escucha rara; hay ciertos silbidos detrás de ella.

—Ahora que lo pienso, su risa sonaba rara...

—Sus pulmones estaban en las últimas —agrega Dickens—. Mira tú, él desgraciado no dio atisbos de estar mal.

—¿Estará infectado? —habla nuevamente Collins y se lleva la mano a la frente—. ¡Creo que tengo fiebre!

—No, Collins, no tienes fiebre —responde Barlowe—. Y no, no estaba infectado con nada.

—Pero...

—No, Colls —agregó lánguidamente Robins—, no hay ninguna posibilidad de que estuviera infectado y, si lo estuviera, ¿de qué?

—¿Un virus originario del planeta? —responde—. Nos quitamos los cascos para comer, perfectamente puede que...

—Cállate, Collins, por el amor de Dios —interrumpió Phillips.

Comen, pero las raciones no saben a nada.

Dejan ahí el cuerpo, ya que no se va a descomponer. No cavan una tumba, porque no se permiten perder calor. Avanzan por la gruta, camino intrincado de forma sinuosa. La oscuridad retrocede ante el calor y la luz de los cascos y el trineo, que ahora lleva Phillips atado a la cintura. Extrañas formas crean las tinieblas al paso de las luminarias, funestas siluetas que amedrentan la mente del débil Collins. Apunta su rifle de calor a la primera imagen que pasa por sus ojos y lleva el dedo al gatillo constantemente.

—Colls, por favor, cálmate —comenta el capitán.

—¿No los ven? —responde.

—¿Ver qué? —contesta Dickens. Su voz se sentía cansada y un poco airada.

—¡Las criaturas!

—Sabes, creo que tal vez sí tienes fiebre...

—Déjalo, Dickens —contesta Barlowe y por detrás se acerca a Collins. Forcejea con él y le termina quitando su arma.

—¡No! ¡Devuélvemelo! ¡sin él estoy indefenso!

—Te lo devolveré cuando dejes de ser un idiota.

Collins se cruza de brazos y camina trémulo detrás de ellos, tiritando dentro y fuera de su traje. Un rifle así es peligroso en las manos equivocadas. Un disparo puede fundir metal en menos de un segundo. Atravesar una pila de plutonio-238 sería como untar un cuchillo en crema.

De todos los planetas destino, Kepler-62f era el menos agradable. Más que a la Tierra, se parecía a Marte. Helado, frío y con una atmósfera muy débil, aunque ahí sí había nubes, maldita y gélidas nubes. Nubes negras, nubes plomas, nubes grises, nubes blancas, nubes azules y nubes que no eran nubes, pero eso ellos no lo saben. Lo que saben es que les tocó el peor objetivo. Este es el destino más lejano que podía tocarles: mil doscientos años luz de distancia y, aunque la estrella es una enana naranja, parecida a la nuestra, la bola rocosa del planeta es la más lejana de su sol. Es, sin duda, un lugar de mierda, y cada uno de los expedicionarios lo sabe. Douglass lo sabía mejor que nadie, pero él ya no puede dar su testimonio.

La tos de Dickens salta a través de la radio, seguida por un estruendo agudo.

Collins se agita.

—¡Se los dije! —grita.

Phillips se adelanta, con pasos airados, profundos, ruidosos. Toma de la manga a Collins, lo sacude violentamente y lo tira contra pared. Los demás tratan de detenerlo. Los separan.

—¡Phillips! —grita Dickens. Tose—. ¡Puedes reventar la pila!

—¡Cualquier cosa es mejor que esta mierda!

—¡Piensa en tu familia! —grita Barlowe.

—¡Mi familia debe estar muerta hace más de mil y ciento y pico años! —gime—. ¡Estoy harto de esto! De esta misión, de este planeta, de esta escuadra, ¡de este maldito quejica desgraciado!

Phillips se suelta de ellos, toma el arma en su cintura, la carga y apunta al casco de Collins. Collins gime y chilla, como un animal. Su dedo llega al gatillo. Se escucha un disparo. Un cuerpo cae al suelo y la presión del aire se escapa por el visor roto.

—¡Santo Dios! —grita Robins.

El cuerpo de Phillips comienza a perder color. Su piel rosa se torna pálida con el pasar de los segundos.

Dickens tose.

—¡Si no lo hacía, iba a matar a Collins! —exclama Barlowe.

—¡La pila! —grita Robins.

—¡Mierda!

El grupo comienza a correr. Collins se queda atrás, abraza sus piernas y su espalda llega a la pared; aterrado, llorando, sus llantos saturan la radio. Dickens resbala y comienza a toser de manera descontrolada

—¡No puedo respirar! —grita.

Lo dejan ahí. Siguen corriendo. Barlowe y Robins, sobresaltados, dan pasos desesperados y abruptos contra el suelo. Más arriba se ve la luz. Una salida, una escapatoria.

Collins grita. Todo se sacude. Una luz proviene desde atrás. Las sombras de ellos se proyectan y les van ganando la carrera. El viento, el ruido, la furia, todos juntos llega al unísono. Un estruendo sordo: se siente, pero no se escucha. Barlowe y Robins se separan del suelo. Vuelan, ruedan, chocan con las paredes. El hielo se derrumba. Se oye el alarido de Dickens. Luego viene la estática.

La misión era sencilla: encontrar algún lugar donde la vida pudiese prosperar. Pero qué se le puede pedir a un mundo así, tan muerto, tan estéril. ¿Posibilidades de retorno? Casi nulas. Las había, pero solo para quienes o bien no saben de matemáticas, o bien creen en milagros; todos ellos expedicionarios comunes. Pero la intención no era volver, era dar la información y después, si es que era posible, ahí recién pensar en retornar a casa. Posibilidades que habían dejado de ser plausibles luego de la pérdida del vehículo de superficie. Ahora, sin biólogo, sin cartógrafo, sin demoledor y sin tirador, cada segundo se transformaba en los clavos de un ataúd, que más cercanía tenía a un refrigerador que a un descanso digno.

Los ojos de Barlowe se abren agitados. Sus pupilas trémulas pululan por toda la cuenca y examinan el visor del casco con vehemencia: trizado y magullado, luces rojas parpadean en su interior. Un cuadro se abre en su visión: «Nivel de oxígeno bajo». Intenta mover su brazo. Sin embargo, solo se libera el izquierdo. El otro está demasiado adentro en la nieve. Lo logra liberar con su otra mano. Excava con presteza para liberar sus piernas. Lo hace y se levanta. Se siente mal. Abre su casco y vomita. Siente cómo se le va el aire; lo cierra. Siente frío. Su respiración es lánguida, dificultosa, pesada y adolorida. Mira en todas las direcciones y descubre un bulto negro a unos metros. Camina. Siente dolor. Se palpa todo el cuerpo y se percata de que su pierna derecha está rota. Grita sordamente dentro de su casco. Se ahoga.

—Robins... —dice, o al menos lo intenta. El poco aire presente en su traje comienza a afectarle la mente. Empieza a mirar manchas negras en el visor—. Robins...

No hay respuesta. Se desmaya.

Despierta jadeando, exaltado. Su respiración es profunda. Inhala hasta llenarse, repetidas y desesperadas veces. Su casco está casi todo negro, pero no manchado. Lleva cinta aislante en un bolsillo. Tiene la sensación de estar en movimiento.

—Por fin despierta, capitán —la voz de Robins llega por la radio.

Barlowe suspira.

—¿Cómo?

—Mi traje trae un ventilador mecánico portátil.

El capitán se tantea el cuerpo y ahí está, un rectángulo no mayor al de quince centímetros, conectado a su costado.

—Oh ...

Su trayecto quedó marcado sobre la nieve blanca, una línea recta desde un cráter extraño poco natural en el paisaje. El bruxismo de los dientes de Barlowe, intentando hacer pasar el dolor,

se traduce en la radio como el sonido de una hélice que engaña la mente, creando falsas ilusiones de un vehículo de rescate.

De repente se detienen. Un punto rojo marca un lugar en el telemapa, a solo unos metros.

—¿Robins? —pregunta Barlowe—. ¿Qué sucede, por qué te detienes?

—No me siento bien —contesta y suelta el cuerpo de Barlowe. Este se queja, pero al escuchar las rodillas de Robins tocar la nieve, se preocupa—. No puedo respirar...

Barlowe suspira conteniendo sus ganas de gritar por el dolor.

—¿El virus? —pregunta.

—Posiblemente.

—Detesto que Collins haya tenido razón.

—Yo aún más. No debimos quitarnos los cascos.

Robins se deja caer suavemente sobre la nieve, mientras un coro de sus respiraciones irregulares crea la sinfonía que suena en la radio.

—Creo que yo llego hasta aquí...

—Vamos, Robins, yo sé que tú puedes.

Pero su radio deja de transmitir.

Barlowe queda allí tirado, esperando mientras la nieve lo cubre. Mira el cielo oscuro y ve lo que parecen los satélites naturales del planeta. Dos ojos amarillentos como perlas brillaban en el firmamento, tan intensos que atravesaban las nubes. Lo miraban fijamente, como si tuvieran lástima de él. La nieve era el llanto débil del cielo, manchando su tierra con la melancolía por el hombre olvidado. Así lo fue cubriendo, con sus pulcras y suaves manos, con ternura llevándolo al sueño, solo interrumpido por ciertos estornudos y tos repentina, que llegan con pequeñas dosis de adrenalina a sus venas.

Barlowe sonríe y siente el sabor del café moreno que tanto le gusta. Saborea la espuma y su agrio gusto. Perfecto. Dos de café, cero de azúcar, agua hasta el final de la tasa. Deja sus ojos cerrarse para por fin descansar y entregarse al sueño de una ilusión.

La alarma de baja temperatura suena estridente, despertándolo, y un golpe de realidad lo azota. Abre sus ojos con furia, toma su fusil de calor, le quita la batería térmica, se la engancha en uno de sus bolsillos, siente su calor débilmente y se voltea sobre la nieve. La pierna le duele. Blasfema, grita e insulta, pero no se detiene. Con todas sus fuerzas, a punta y codo se arrastra. Avanza, con ritmo constante, con sus codos sangrando por dentro, con los recodos y puntas del traje RTG.

Ve algo a la distancia, se apresura. Tose, una tos seca que le hiere la garganta y siente frío en todo el cuerpo, menos en su cabeza, que le arde, le duele por completo. La batería no ayuda. Estira su mano. Puede ver la línea que separa la hierba de la nieve. Puede observar las texturas del pasto y sus gráciles movimientos al viento. Solo unos centímetros.

Su brazo cae. No le responde. No puede respirar. Siente un dolor en el pecho. Se contraen sus pulmones. Su corazón se estruja. Su visión se va a blanco.

Lost connection.

—¡Qué!

—¡No!

—Por la chucha, no quedaba nada...

—¡Ah! ¡Qué rabia!

Luis miró la pantalla de su holovisor, donde un cuadro negro con letras blancas mostraba: «User: Barlowe- disconnected. Trying to join the server».

—Literalmente —agregó Pedro—, el médico carrea partidas.

—¿Qué fue eso, Ricardo? —preguntó Luis, quitándose el casco holovisor, enfadado—. ¿Por qué no parabas de gritar?

—La clase tirador tiene baja *psique*, ¿qué querías que hiciera? Definitivamente, no vale la pena usar al tirador en misiones como estas. Pega mucho, pero es un inútil. Además, fuiste tú quien le disparó al Carlos.

—No sabía que el *friendly fire* estaba permitido...

—Pero ¿cómo chucha se cae el servidor? ¿Qué se supone que hagamos en cuarentena?

The Last Hope era un videojuego bastante popular y, en épocas de cuarentena, en plena pandemia, era difícil mantener arriba los servidores.

La maleta

Ignacio Domínguez

En ese momento decidió mirar con ojos de recuerdo. Llevaba largo rato caminando y cuando se acercaba a la plazoleta divisó un gran contingente de personas. No era nada inusual, solo el ruido habitual de la vida de la ciudad. Mientras caminaba sentía el murmullo constante de lo cotidiano. Los ojos del recuerdo son generosos para recordar. Veía la vida florecer. En una esquina algún tipo de artista. Allá un hombre-estatua. Por allá alguna pareja discutiendo alguna cosa que habría parecido muy importante en ese momento.

¿Cuántos muertos irán ya? ¿Cien? ¿Mil? ¿Cien mil?

Mientras se preguntaba esto, se concentró en una persona en especial, una persona que, para sus ojos de hoy, vestía nada más que trapos harapientos. Tenía en sus manos un acordeón viejo y roñoso y recitaba canciones que ya no sabía bien si estaban saliendo de su memoria o las estaba inventado. Aquello le provocó añoranza, aunque no podría decir a qué exactamente. Cuántos muertos había dejado la epidemia ya no lo sabía a ciencia cierta. A diario se oían reportes confusos, dispersos y desorganizados de cifras. Quizás ya no sabían contar... qué importaba. Los días del caos habían llegado ya hace tiempo.

¿Cuántos días irán ya?... ¿Un mes? ¿Un año? ¿Cien años?

Mientras se preguntaba cuánto tiempo había pasado, lo invadía esa melancolía infantil, aquella que le producía sospecha. Aquellas ideas infantiles que inventan canciones para rellenar recuerdos que los recuerdos mismos decidieron perder.

Entonces decidió mirar con los ojos de la realidad.

Frente a él, mientras caminaba, se desenvolvía solitaria la plazoleta. Suelo de adoquines, algunos de color cemento, otros cubiertos de tierra entrelazados en el patrón geométrico de los adoquines. Reinaba el silencio, el silencio que solo podía construir la ausencia de humanos constructores.

No es silencio...

No era silencio. Era el intenso repiquetear de cientos de aves en busca de granos y lombrices. Los constructores (destruidores) habían dado paso a un espectáculo diverso y abundante de picoteadoras. Por ahí rojo —*loicas*—, pensó. Por allá verde —*choroy*—, pensó. Palomas las reconocía sin problemas. Otras de ellas no las había visto antes. Desde los árboles se escuchaba su canto. No era silencio, no había nada de silencioso en este escenario. Bello espectáculo le había preparado la naturaleza.

¿Qué buscas de mí, irritable melancolía?, se preguntaba mientras volvían a él recuerdos de una plaza por donde había caminado tantas veces antes.

—¿Había visto algo así ante? —le preguntaba una voz por detrás. Obligado a salir del trance se dio la vuelta. Un hombre joven, desaseado, ropa larga con agujeros y llena de tierra. En la mano granos para alimentar a las aves. Se tomó un minuto para mirarlo y le respondió.

—No pasaba por aquí hace tiempo.

No era una persona de muchas palabras y sin duda esta conversación lo había tomado por sorpresa. Pensó que quizás había sido algo cortante, pero se dio cuenta que estaría agradecido si su respuesta provocará ese efecto en su interlocutor... No lo hizo.

—'uta yo vivo que tiempo. Me que' o en la calle ahora to'as las noches y me dedico a puro darle comi'a a los pajarito', y hasta me que' o acá en las noche'. Si se fija, ya no hace na'a tanto frío.

Asintió con un ruido y fue todo lo que pudo hacer. Quería volver al ensimismamiento.

El invitado siguió hablando, realmente parecía que no le importaba tener o no interlocutor. A la distancia escuchaba su monólogo. Primero habló de las noticias del día, discursos, cifras de muertos, cifras de contagiados, presagios de fin de la historia.

Mezquinos...

Ignorantes...

«Destruidores», les gustaba llamarlos. Le parecía interesante el juego de palabras.

De nuevo la melancolía, pero no quería seguir viendo recuerdos. ¿Sería acaso su madre?

Victima. ¿Victimarios? No podía decidirse.

¿*Qué buscas de mí, irritable melancolía?*, pensaba mientras el hombre continuaba hablando. De vez en cuando soltaba alguna sílaba para mostrar que estaba atento.

Entonces lo escuchó. Aquel nombre que no quería seguir escuchando. Aquel prostituido nombre que se había convertido en sinónimo primero de enfermedad, luego de muerte, luego de caos. Ahora melancolía. Repugnante melancolía.

—¿Tiene fuego? —preguntó su interlocutor. Y una vez más tuvo que reconectarse con la realidad.

—¿Cómo?

—Fuego. Le pregunto si tiene fuego caballero...

—Sí, por supuesto. —*Qué irritación.* Tendría que comprar otro probablemente.

—Oiga y... ¿cigarro' me convida?

Algo dentro de él lo esperaba así que sin mucho esperar saco la cajetilla de su bolsillo y le ofreció un cigarro. No eran fáciles de conseguir, pero ya que iba a soportar esta conversación mejor hacerlo compartiendo un cigarro. Él mismo sacó uno para sí y lo prendió. Algo de brisa corría, por lo que tuvo que cubrir la llama con ambas manos. Entonces, mientras aspiraba para encender el cigarrillo, medio encorvado para acercarlo a la llama, miró hacia adelante. Al frente de él, este hombre de la calle. Lo miró en sus ojos cafés, mientras él miraba a las aves de la plaza con admiración.

Ojos que sienten, pensó. ¿Valdrían acaso la pena los ojos que sienten?

Entonces aquel hombre se lanzó de nuevo al diálogo. Se dedicaba a mirarlo. Yo me dediqué a mirarlo. Admirarlo. Incluso decidí yo mismo hacer algunas acotaciones en su prolífico discurso, del cual, debo decirlo, no entendía todas las palabras.

¿*Melancolía?* ¿*Resignación?*

Se agotaron los cigarrillos, el hombre apagó el suyo y se despidió retirándose a una esquina distinta de la plaza que era su hogar. Decidí retomar mi rumbo.

Habría caminado unos quince pasos y me detuve.

Tomé de nuevo el encendedor de mi bolsillo. Esta vez no prendería un cigarro.

En mi mano derecha tenía un maletín que llevaba cargando desde hacía horas. En él las primeras veinte vacunas, la muestra del antígeno para fabricar la vacuna en masa y un disco duro portátil con el único respaldo de toda la investigación. Era la solución y era secreta. Nadie debía saberlo, yo era el mensajero y, ahora, iba a quemarlo todo.

La marcha sin fin

J.P. Cifuentes Palma

Al inicio, las personas no le tomaron el peso a los indicios que estaban ocurriendo a fines de la década. En ese sentido, las voces que mencionaban de eventos postapocalípticos seguían siendo consideradas como confabulaciones históricas que no merecían mayor atención. La humanidad seguía en su propio periplo por la decadencia, juegos de guerra y poder, hambre y dolor, egoísmo y torturas, marcha y revoluciones, catástrofes y tragedias, mientras la hora seguía en su tenue avance a lo inevitable.

La historia oficial menciona que el origen del COVID-19 fue en una milenaria ciudad china y que, desde ahí, se esparció por la Tierra. Se hablaba de la presencia de insalubridad en los mercados, murciélagos y animales salvajes en platos gourmet, experimentos científicos y otras patrañas para explicar el origen de la pandemia que a esta altura de la vida importan muy poco. Nadie recuerda el pasado, un pasado cuyos errores mostraron nuestra fragilidad. Eso sí, hay que decirlo, lo intentamos; no te burles, las naciones lo intentaron. Buscaron incansablemente las vacunas, nos sometieron a toques de queda, cuarentenas y un miedo, un miedo que como androide no entenderías, un miedo extendido por las redes sociales, un miedo a tocarnos, al contagio, a vivir, a continuar adelante. Nos aferramos a la tecnología. Nos dijeron «quédate en casa» y obedecimos, vimos morir a empresarios, a políticos, a gente famosa y también a los pobres, a los ancianos, perdimos la cuenta de los contagiados a nivel mundial, de los sobrevivientes y de los muertos, de los incinerados, de los no llorados por miedo a ser portadores. Lo intentamos, muchacho, que te quede claro; eres superior a mí, pero aun así debes comprender que no tuvimos oportunidad, muchacho, nunca la tuvimos. Habíamos fracasado mucho antes del inicio de esta pandemia.

El inicio fue caótico; el miedo nos obligó a enclaustrarnos, encerrados, nos dedicamos a la televisión, al *streaming*, a las redes sociales, al universo tecnológico a nuestro alcance, engordamos, hicimos el amor, educamos a nuestros hijos, dormimos tarde, fuimos egoístas y fuimos solidarios y en algún momento dejó de importarnos la pandemia. El mundo era perfecto para nosotros en nuestro propio metro cuadrado; el hogar fue el mejor universo que tuvimos. La tecnología la abrazamos como nuestra bandera de lucha. Pasaron los días, las semanas, los meses, las vacunas llegaron, los contagiados se detuvieron, los muertos comenzaron a disminuir, triunfamos, eso creíamos. Celebramos desde nuestros hogares, compramos por *delivery* la felicidad, nos llamaron a volver a las calles, pero no lo hicimos, nos quedamos. Los gobiernos decretaron la reintegración social, una economía que se llevó nuestros ahorros, nuestras pensiones, nuestro futuro y, aun así, nos aferramos a la tecnología. Nos equivocamos, creímos que era lo correcto, si no hay dinero no trabajaremos, si no hay recursos no hay obligaciones. Se propuso salir a marchar, muchacho, pero otra vez estuvimos equivocados. Nos llegaron reportes de una mutación del virus. Pero todo era una mentira. Los gobiernos, esos malditos idiotas, encontraron plausible que la mejor forma de repuntar la economía era continuar con el caos. Mientras más pobres mueran más recursos habrá para los de siempre, murmuramos, pero obedecimos. Mientras existiera la tecnología a nuestro alcance no nos importó nada más.

Fue entonces cuando comenzó la debacle. Se detectaron las primeras víctimas debido a la tecnología. La gente dejó de vivir el mundo real para ser parte del virtual. Comenzaron los

cazarrecompensas tecnológicos a propagarse por las naciones. Muchacho, no te mentiré, yo fui uno de ellos. Salíamos por las noches a apresarse a los líderes de la revolución cibernética, aunque para ser sincero los admiraba, pero la necesidad tiene cara de hereje, muchacho. Ellos comenzaron a hackear a la banca financiera, le quitaron a los de siempre sus recursos, pero no lo repartieron con los de nunca; simplemente, destruyeron los recursos. Los ecoterroristas cibernéticos mostraron por las redes sociales sus manifiestos. Uno pensaba que lo ecológico sería el eje central, pero fue el terrorismo. Se apoderaron de los laboratorios y esparcieron virus a diestra y siniestra. El mundo se hizo un completo caos. La consigna fue el exterminio de la especie. El hombre fue el enemigo del hombre. Controlaron cibernéticamente los misiles, las bombas, los satélites y cualquier sistema de defensa o ataque armamentístico se redujo a la nada. La guerra entre naciones se redujo a eso, un intento. La diversidad de virus y bacterias esparcidas fueron nuestros verdugos. Los sobrevivientes al contagio, los sobrevivientes al infierno nuclear se enfrentaron a la crueldad de los agonizantes. Ya nadie estaba seguro en sus hogares. Comenzó la cacería. Apuñalaron a los ancianos, esclavizaron a los niños, violaron a las mujeres. Eso fue al inicio, muchacho, antes de que se agotaran los recursos.

Yo me escondí, dejé de cazar a las personas cuando decidieron que se alimentarían de ellas. Hui muy lejos, al campo, a la montaña, a las cavernas, a mi refugio. Me dediqué a construirte con el conocimiento acumulado en mis años de juventud, ¿cuántos años desde aquello?, ni idea y no importa, ya nada importa, muchacho. Supe que las bombas atómicas se tiraron de lado a lado porque de un momento a otro el sol se ocultó y ya no salió a la luz. Cómo me encantaría enseñarte el color verde, pero ya estoy viejo, ya no recuerdo cómo era. Ahora mis ojos solo ven la oscuridad, la niebla, el gris de nuestra agonía, el rojo de nuestra sangre en las calles. Llámame un nostálgico, tal vez esta sea la razón de nuestro fin, ser sentimentales y no racionales. Muchacho, he sobrevivido al COVID-19, a los otros virus, a las otras bacterias, al infierno nuclear, a la caza de humanos, he cometido muchos errores, muchacho, ¡muchos!, he vivido más de lo que vivieron mis padres y los de mi generación. Ahora quiero que camines, que te vayas, que marches por la tierra, tu tierra, asesina a los sobrevivientes, ayuda a reconstruir las ruinas, careces de sentimientos, no necesitas de descanso, ni de comida ni de bebida, únete a los animales, sé uno con la naturaleza, devuelve la gloria a la tierra, mira, no me critiques, te hice una compañera, juntos serán la nueva pareja del edén, Adán y Eva andróides, muchacho, ve por tu destino, conquista al mundo y no cometas los errores nuestros hazlo, pon fin a esto, haz lo que debieron hacer las grandes civilizaciones, mata a tu dios y comienza a marchar sin fin, sin preocupaciones por nuestras plegarias, hazlo y vete muchacho, váyanse y sobrevivan.

Tramoyas

Carlos Gómez Salinas

Luz, chirrido, blanco, luz, chirrido, blanco, luz, chirrido, párpados, chirrido, párpados, luz, chirrido, párpados, chirrido, párpados, oscuridad.

Recordar era sencillo pero nuboso, como desenfocado, como anteojos manoseados.

No sabía si era por la fiebre o el tubo en la garganta.

La publicidad se abre paso en la tv con los videos grabados en los celulares de los rostros de moda, empatía forzada en macabra colusión para seguir vendiendo placebos de tranquilidad envasados en artículos de última necesidad. Lo invade la rabia por la indolencia corporativa mientras la muerte da alcance al contagio en los recuentos diarios... Camina enfundado el rostro, cubierta las manos, ojos alerta, distancia segura. Temprano no hay fila, tampoco las jaurías callejeras asilvestradas, solo la basura en las soleras. Latas de cervezas, colillas de cigarrillos, cajas de vino y meados trasnochados delatando a los dizques rebeldes que se niegan a tomar las medidas impuestas para la crisis sanitaria. Molesto, camina de vuelta al hogar con la bolsa llena a medias, no por avaricia ni austeridad. Más que los eufemismos gubernamentales, le molesta la gente, le sobra esa gente irresponsable. Lo asusta pensar así, lo asustaba pensar así, hoy aparecen en su mente los castigos más terribles cuando escucha a los irresponsables nocturnos... Radio, tele, diario, web, miedo; todo le transmite miedo. Apaga todo menos la presión en la mandíbula, menos la de la frente. Ya no hay rabia, ni siquiera por la incompetencia del Gobierno, el Estado, la Humanidad... El caldo aguado, como la comunicación con sus familiares, no le ayuda con el hambre; menos con el picor de garganta producto de la tos... Mañana fría de junio y deambula por la casa en ropa interior mientras la humedad se cuele por el decomural, la calentura le asegura que no necesita abrigo, las piernas huesudas intentan moverse pese a la falta de aire... desplome...

Luz, ajeteo, voces, blanco, luz, ajeteo, voces, celeste, luz, ajeteo, voces, azul, luz, ajeteo, silencio. Enfoca la habitación con dificultad en ese cuerpo entumecido o henchido o ajeno, no sabe bien. Logra el encuadre de las paredes asépticas, luego los cuerpos del personal, finalmente un rostro con la textura de una arpillera... *extrañado...* pupilas angulosas... *el fin...* cuadrados diminutos desdibujan el rostro... *el fi...*

ERROR 6001-689 (EPERM)

ERROR 5041-285 (ESRCH)

ERROR 4501-240 (E2BIG)

ERROR 1253-987 (EINVAL)

ERROR 6001-689 (EPERM)

ERROR 5041-285 (ESRCH)

ERROR 4501-240 (E2BIG)

ERROR 1253-987 (EINVAL)

ERROR 6001-689 (EPERM)

ERROR 5041-285 (ESRCH)

ERROR 4501-240 (E2BIG)

ERROR 1253-987 (EINVAL)

Respira hondo un par de veces mientras teclea algunos comandos sabiendo que saldrá el mensaje de error una y otra vez. Mira a su asistente quien se limita a encogerse de hombros con cara de resignación.

—¡Chesumadre! De nuevo se pega esta lesera. Ya, mejor reiniciamos y vemos si se salvó algo. ¿Cuándo guardamos la última vez?

—Ehhh, cuando lo encontraron en la calle. A ver, espera que está reiniciando.

—Güena, tío. ¿Todavía ganando plata? Oiga que es güeno pa la pega usted. —A la voz le siguió un carro gris cargado de útiles de aseo empujado por un ser enjuto, bajo, curtido, moreno de ojos inocentes.

—Hola, tío Jose... pa que vea, es que uno que no es jefe como usted tiene que trabajar como los pobres jajaja —risas y complicidad.

—¡Chist! Ni que tuviera gente a cargo yo poh. —Se mira con el asistente intercambiando una sonrisa y un saludo con la cabeza—. Oiga, tío, ¿y cómo va la película?

—No me diga nah. Todavía estamos pegados en el mismo error y la gente de programación no hace ni una lesera.

—¡Chuta! Ojalá lo arregle luego antes de que se les ponga más fiambre el finao que tienen en esa mesa.

—No está muerto —dijo el asistente mientras revisa los archivos—. Está en una especie de estasis, un estado de conservación que permite a su cerebro trabajar en un estado de consciencia virtual mientras...

—Oye, deja de dar la lata mejor y revisa los equipos antes de irnos —mandó el diseñador.

—Oiga, tío, pero harto enredada la película esa que le meten en la cabeza al muertito. —El asistente lo mira negando ligeramente con la cabeza—. Harta imaginación tiene usted pa inventar tanta cosa.

—Nah, tío Jose, yo solo me encargo de hacer el decorado de la animación para que se vea convincente. Al Doc de arriba se le ocurren las ideas.

—¿A cuál? ¿Al colorín?

—No, al otro, al de rulos con lentes. Está medio rayado, pasa todo el día hablando de las películas de Tartakovsky.

—¡Tarkovsky! —interrumpió el asistente—. Tartakovsky es el que hizo *Samurái Jack*, *El Laboratorio de Dexter*, *Las Chicas Superpoderosas* y las películas de *Hotel Transilvania*; además de...

—Bueno, bueno, el tipo ese que dices. ¿Qué me voy a acordar de esas cosas tan viejas? Soy animador, no historiador... además que ni me acuerdo de cuando quedó la Gran Cagá y nos fuimos a la cresta.

—Oiga, tío, ¿y pa qué tanto jaleo con el muertito ese? —pregunta el auxiliar sin dejar de limpiar la habitación.

—Ni idea, oiga, mejor no preguntar mucho o vamos a terminar como el joven de la mesa número uno, jeje... Usted sabe cómo son las cosas en el Nuevo Wallmapu...

—Es para reeducar y ordenar las prioridades de manera subliminal a los sobrevivientes de la gran catástrofe que siguen creyendo en la paraciencia, el esoterismo y el misti...

—¡Callado, hombre! ¡Hasta cuando la misma tontera! Te dije que fueras más discreto. Agradece que el tío Jose es derecho, sino te acusa de una.

En medio de un silencio incómodo terminan de respaldar la información, ordenar los equipos, finalizar el informe diario y revisar el soporte vital del sujeto de pruebas. Mientras el auxiliar de aseo se mueve silencioso en la humildad de su labor.

—Oiga, tío, si yo no voy a sapear a nadie, oiga —dice el hombre sosteniendo su mirada.

—Si lo sé, tío Jose, si es este otro que no se calla nunca. ¿Va saliendo?

—Sí, me falta la mitad del piso todavía.

—Ya, nosotros también nos vamos —le abre la puerta al auxiliar— y tenga cuidado mire que los jefes del Centro de Ordenamiento Virtual Intelecto Delusional son bravos —sentenció irónico.

—Sede 19 —balbuceó el asistente.

—¿Qué dijiste? —preguntó el diseñador mientras salían por la puerta.

—Que es Centro de Ordenamiento Virtual Intelecto Delusional sede 19. Te faltó la sede —dijo cerrando la puerta.

—Oiga, tío, ¿y al muertito no le pasará nada?

—Nah, debe estar soñando ahora.

Sombras, chirrido, voces, oscuridad.

Anticuerpos

Diego Escobedo

La sensación era similar a estar buceando, pero con un poco más de control sobre sus movimientos. Tras cada pisada, el cabo Nicolás Céspedes sentía que plantaba su pie sobre algodón. El ambiente era oscuro. No se veía mucho a la redonda, solo el sideral escenario de una superficie carnosa y amarillenta (por la luz de sus cascos, que los iluminaba) y algunas formas geométricas, bastante llamativas vistas a lo lejos.

—¡Tras la pared! —les gritó el teniente Summers, líder del grupo, un hombre de mentón cuadrado, lentes oscuros y cabello muy corto y canoso.

Dicho esto, los uniformados, diez en total, se ubicaron tras una especie de muralla que brotaba del piso. Su diseño, de rayas horizontales y rojizas, recordaba la superficie de Júpiter o de Marte. Su forma se erguía cerca de cinco metros por sobre sus cabezas y en lo alto se veían algunos boquetes irregulares, como los agujeros en las rocas que se forman en las quebradas y roqueríos playeros.

El superior hizo un gesto y todos los militares, todos de dieciocho años como Nicolás, prepararon sus rifles. Acto seguido, el teniente se dirigió tras la pared y sus primeros tres disparos fueron sucedidos por un grito de guerra.

La joven milicia corrió en ayuda de su líder. Este estaba siendo aplastado por una criatura similar a una esfera gigantesca, con una superficie gris membranosa y docenas de espigas cortas, similares a una corona. Era el temido coronavirus, o COVID-19, la pandemia que llevaba décadas atormentando a la humanidad. Sus cortos tentáculos, compuestos por glicoproteínas, forcejeaban contra el cuerpo aplastado del oficial, luchando por romper su traje herméticamente sellado.

El grupo disparó toda su artillería y, tras acribillar por un buen rato a la esfera de cerca de cinco metros de alto, esta explotó. El citoplasma y las enredaderas de ARN cortado volaron por los aires, al tiempo que el uniformado se ponía de pie.

—Bien hecho —dijo Summers, secamente—. Sigamos.

Al poco andar fueron pillando más bicharracos. Y no solo del tipo coronavirus. También células buenas, por lo que Summers aprovechaba de enseñarles las partes de su estructura. Tras caminar un rato sin novedades, Nicolás vio cómo una célula procariota flotaba a su lado, con su forma ovalada, una cola y también pequeños tentáculos que brotaban de su membrana plasmática, confiriéndole un aspecto similar a una criatura marina. Se adelantó hacia la vanguardia del grupo y conversó con el teniente.

—Este tipo no se mejora nunca. Ya hemos venido como siete veces a este cuerpo, ¡como si no tuviésemos más pacientes donde luchar! —criticó Céspedes.

—Piensa que es un obrero que estuvo en el accidente de la planta nuclear, de Ventanas. Sus defensas están muy débiles —le explicó Summers.

—¿Por qué no cierran esa maldita planta de una vez? Solo nos causa problemas.

—¿Estás loco? Es parte del esfuerzo bélico. Necesitamos electricidad para luchar contra el enemigo. Lo demás es daño colateral. Además, reconoce que igual te estás divirtiendo, Céspedes —le respondió su superior.

Era verdad. Sus dos padres habían muerto, víctimas del COVID-19, al igual que millones de personas a lo largo del planeta. Eso fue cuando él tenía diez años. Desde entonces que había sido criado en uno de los orfanatos del Gobierno, que no eran otra cosa que escuelas premilitares. De ahí que sintiera tanta alegría cada vez que exterminaba a uno de esos bicharracos.

Pasada una hora, terminó la sesión con el paciente y los uniformados volvieron a la nave. Minutos después, habían recuperado su tamaño normal y reaparecieron en una cabina impecablemente blanca y, sobre sus cabezas, el rayo épsilon que había hecho posible su epopeya. Separados por una pared de vidrio, se veía al paciente por el que acababan de circular, acostado en la camilla de hospital, entubado y con una mascarilla de oxígeno. No tenía nombre, era simplemente «el paciente de Ventanas». El Gobierno era muy cauto con la información en torno al tema. Oficialmente, había sido un accidente menor y los heridos estaban todos recuperándose en sus casas.

Una vez que fueron descontaminados (quince minutos de un baño de luz ultravioleta eran imprescindibles para limpiarlos de la radiación épsilon), se abrieron las puertas y les permitieron salir.

Apenas Nicolás estuvo afuera, se le acercó el médico a cargo del procedimiento, un hombre sonriente, de estatura más bien baja, más de sesenta años y sin cabello. Era el doctor Palacios, como se podía leer en el bolsillo superior izquierdo de su bata blanca, lugar donde también estaban escritas las palabras «Hospital Barros Luco».

—Muy bien hecho, chico. Gracias a ustedes, este paciente pronto se recuperará. Sigue así y algún día llegarás a ligas mayores.

—Gracias, pero no pienso ser militar toda la vida. Quiero ser médico, algún día. Como usted, doctor.

—Sigue soñando, chico. Primero hay que reabrir las universidades. Y para eso hay que ganar la guerra —le recordó, con una mezcla de melancolía y pragmatismo, sin sacar las manos de su delantal.

Nicolás se retiró el casco y el equipamiento más pesado de su uniforme. Acto seguido, le pidió prestado un cigarrillo a uno de sus compañeros y salió a fumarlo al balcón. Si bien, oficialmente, no podían salir, sí les permitían asomarse por allí a tomar aire.

La vista, eso sí, no era de lo más acogedora. Con poca gente en la calle y cada día más edificios en ruinas, la Gran Avenida ya no era la transitada arteria de antes. El cielo del atardecer estaba rojizo, del horizonte brotaba una que otra columna de humo y no se veía ningún área verde en kilómetros a la redonda. Sobre los pocos árboles, secos y muertos, que quedaban en el bandejón central en torno a unos oxidados juegos infantiles, se habían pegado afiches llamando a la juventud a enlistarse en el Ejército —aceptaban desde los trece años en adelante— para luchar contra el coronavirus.

Parecía ser una verdad literal y no solo una metáfora, aquel cartel propagandístico del Gobierno que estaba pegado, por docenas, en una pared de la vereda oriente: «Estamos en guerra —esas tres palabras con letras mayúsculas— contra un enemigo poderoso e invisible».

«Y pensar que, cuando empezó la pandemia, no faltó el idiota que dijo que estábamos gastando demasiado en el Ejército, en vez de la salud», meditó Nicolás. Una vez que se inventó el rayo reductor, ciencia y Fuerzas Armadas se complementaron como uña y mugre. La guerra estaba desatada y había que combatir al enemigo en su propio campo de batalla. Y una vez que ganaran la guerra, porque no podía ser de otra forma, Nicolás tenía fija la idea de entrar a estudiar lo que quería y hacer una vida normal. O tan normal como se pudiera, al menos.

Tiró su consumido cigarrillo al piso y lo apagó con su bota. Regresó al interior del hospital, donde le llamó la atención un grupo de cerca de quince personas, entre médicos y uniformados,

congregados en torno a la pantalla de un computador. Sentado frente al equipo estaba el doctor Palacios, quien tenía una cara de malas noticias.

—No puedo creerlo —dijo el médico.

—¿Qué sucede? —preguntó Nicolás.

—El paciente de Ventanas... La radiación parece haber acelerado la mutación del virus.

—No hay problema —intervino, confiado—. Solo mándeme a mí y a un par de escuadrones y lo combatimos.

—No, esta vez no es tan sencillo, hijo. El virus parece haber... *notado* que los anticuerpos, o sea, nosotros, somos mucho más grandes. Ha logrado fagocitar las partículas épsilon dejadas por el rayo y alterado su ARN en función de estas...

—¿Es decir?

El joven se asomó a la pantalla y comprendió por qué todos estaban tan espantados. Un grupo de cinco círculos destacaba en tamaño por sobre el resto de la muestra microscópica que mostraba la pantalla. Se trataba de cinco ejemplares de coronavirus, de distintos tamaños; el primero, por lo menos diez veces más grande que el resto, crecía constantemente. A medida que se agrandaba, el microscopio fue ajustando las escalas y mostrando su evolución en tiempo real. Poco después, la pantalla mostró el mensaje «error de sistema», con letras rojas.

—¡Cierren la puerta! ¡Ahora! —ordenó el teniente Summers.

Tres soldados se plantaron, con sus rifles, apuntando hacia la habitación en donde se encontraba el paciente. No duraron mucho allí. Repentinamente, la puerta voló y del umbral brotó un germen de dos metros de alto, que reptó agitando sus espigas, emitiendo un sonido tentacular al hacerlo. El caos sobrevino. Médicos huían en la dirección contraria, mientras los uniformados se volcaban contra la alucinante criatura. Debieron repartir sus fuerzas, al ver que otras paredes eran derrumbadas por cuatro seres de similares características.

—Cielo santo —exclamó el doctor, paralizado, en su asiento.

—No se preocupe —lo tranquilizó Nicolás, mientras cargaba su rifle y se agazapaba contra el escritorio, apuntando a la primera criatura—, son solo cinco.

—Esto no es nada, muchacho. El Gobierno no quería dar a conocer la noticia, pero desde ayer que perdimos comunicación con Ventanas. Al parecer, ellos ya vienen marchando hasta aquí.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Un... ejército invasor —espetó el hombre en bata.

Sin entender mucho, Nicolás regresó al balcón y observó el horizonte. En lontananza, se apreciaban las millones de esferas de tentáculos cortos, reptando lento, pero constantemente, en dirección al hospital. Sus sueños de estudiar tendrían que esperar.

La playa

Yamila Huerta Serrano

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que apareciera la Mamba Negra. Solo sabía que debía alejarse lo más posible de las grandes ciudades y otros focos habitados. Le sugirieron que viajara a la costa, pero a esas playas secretas que alguna vez visitara junto a sus primos. Y había hecho caso.

Los alimentos que llevaba quizás le alcanzarían para una semana más. Si no encontraba pronto un almacén o algo parecido, la opción de entrar a una casa le rondaba en la cabeza. Pero su conciencia aún le acosaba... Los recuerdos del rostro de la mujer de la camioneta volcada en la carretera, el llanto del bebé, los ruegos de ella, «¡Salva a mi bebé, por favor!», le despertaban en medio de la noche, llorando.

Estaba ya a pocos kilómetros de la costa; eso al menos le indicaba el letrero de la bifurcación de caminos. Suspiró profundo. Pronto estaría a salvo. Eso esperaba.

Al poco de caminar, se encontró con algunas casas, las que se veían cerradas, solitarias. Sacó una libreta y dibujó un mapa, donde marcó la ubicación de cada una de ellas..., solo por si acaso necesitara algo si no lograba llegar a su meta. Siguió caminando.

Llegó al fin a la playa secreta. La descubrió con sus primos por casualidad, luego de una larga caminata por los bosquecillos que bordeaban la costa. Y ahí estaba, una profunda quebrada por la que estuvieron dando tumbos, pero una vez abajo rieron felices al ver la amplia extensión de arena que se desplegaba ante sus ojos. Arena blanca, fina, que era bañada por agua cristalina, casi como una playa caribeña. Y la hicieron suya... Al menos por un tiempo.

Los padres de los chicos compraron terrenos en la quebrada e instalaron casas equipadas por completo, con electricidad, agua, gas y una despensa con reservas para todo el año. Las ocupaban apenas un par de meses, durante el verano, pero todos tenían llaves para ir cuando quisieran. Como si hubiesen previsto lo que sucedería.

Bajó lo más rápido que pudo por las escaleras que instalaron en la quebrada. Su casa era la más cercana al mar y la más apartada. Eso le ofrecía un lugar cómodo y seguro. Nadie molestaría... Qué pensamiento más estúpido, se dijo, era obvio. Nadie...

Pasaron los días. Las escasas noticias que recibió en su teléfono le deprimían a cada minuto. La cuarentena solo estaba sirviendo para mantener a la población controlada en sus casas. Las libertades se habían reducido al mínimo. Ni siquiera podían asomarse a la ventana a mirar, ya que los militares disparaban a matar. Tomó un sorbo del café que se había preparado y se sumió en sus pensamientos.

Recordaba cómo había logrado burlar la aduana sanitaria..., a costa del sacrificio de los demás del grupo con el que escaparan de la capital. Fue una suerte, era de noche y pudo escabullirse entre las sombras y la caletera en desnivel, donde se escondió. Mientras los militares

revisaban los vehículos de su grupo, se arrastró muy lento, casi sin hacer ruido. Pero los gritos desesperados de sus compañeros sobresaltaron sus sentidos, sobre todo cuando escuchó que algunos corrían, seguido del sonido asesino de ráfagas de balas que de un segundo a otro se volvieron un silencio sepulcral. Y esperó. Esperó horas a salvo en un agujero que encontró, temiendo que en cualquier momento los militares descubrieran su refugio.

Se había dormido. El silencio tocó sus oídos, obligando a sus ojos a abrirse. Ya era de día. Se asomó con cautela, sin prisas, pero pronto se dio cuenta de que no era necesaria tanta precaución. Los militares se habían ido, aunque dejando atrás la masacre de su grupo. Miró hacia todos lados. No se veía un alma... Ni humana ni animal. Se dirigió a los vehículos. Lo único que le quedaba era recolectar todo lo que pudiera cargar y continuar su escape a la costa. Vio a sus compañeros y compañeras tirados en el asfalto; la sangre formaba enormes charcos que debió sortear para sacar víveres, agua y otras cosas que pudieran servirle. Miró por última vez a los muertos y siguió su camino.

Terminó de beber su café, mientras observaba el mar desde el ventanal de la sala de estar. Las gaviotas volaban en bandada, había muchas. Bien decían los ecologistas que la Mamba Negra era la vacuna que Gaia se había inoculado para acabar con ese maldito virus llamado Humanidad. Suspiró. Ser un virus no era su ideal de vida, pero ¿qué más podía hacer? Esperar la muerte, quizás... Lo más seguro era que ningún sobreviviente estuviese cerca, menos en esa playa secreta. Lástima, sentía que le hacía falta tener a alguien con quien conversar, solo conversar. Y las malditas gaviotas seguían al acecho.

Las redes sociales habían dejado de actualizarse desde al menos tres semanas. Ni siquiera alguna noticia en los canales públicos de los militares. La televisión abierta solo presentaba una eterna carta de ajuste, mientras la radio permanecía en absoluta estática. El café ya se estaba acabando. Y las gaviotas afuera, a la espera.

El invierno llegó con tormentas que amenazaban con volar el techo de su refugio, pero la casa estaba tan bien construida que no le preocupaba. Solo el bendito café que ya casi no quedaba. Tendría que ir a las casas de sus parientes a sacar de las despensas y racionarlo..., con lo que le gustaba el café, porque era la única compañía que tenía.

De vez en cuando salía a recorrer la playa, pero solo cuando las gaviotas se habían ido. Les temía. Les temía mucho. Lo atacaron el segundo día de su llegada al refugio, con rabia. Aún tenía algunas cicatrices visibles de ese encuentro. Sus brazos le dolieron varios días. La fiebre lo mantuvo en vilo durante un tiempo. Temió que la Mamba Negra lo hubiese infectado, pero no... Por fortuna.

En sus recorridos por la playa, encontró muchas botellas con mensajes fechados después de la pandemia. Raro le pareció que tanta gente recurriera a tan antigua práctica, pero el mundo se había vuelto loco de pronto, por lo que ya casi no cuestionaba nada de lo que pasara o dejara de pasar. Solo vivía el momento. Recogió muchas de las botellas. Leyó todos esos mensajes y los respondió. Con vacía esperanza las arrojó al mar otra vez. Quizás en otros países habría sobrevivientes y responderían. Quizás...

Despertó con la angustia apretándole el pecho. «Parálisis del sueño», le decían, pero en esos momentos de total incertidumbre era solo el resultado de meses de soledad. Se dio cuenta de que no había llorado en todo ese tiempo y, como una cascada, las lágrimas comenzaron a salir, acompañadas de gritos estertóreos y una violencia que descargó contra todo lo que estaba a su alcance. Después de un rato, se relajó y cayó al suelo, donde durmió por el resto de la mañana.

Se levantó para comer. El hambre le obligó a abrir los ojos y el solo imaginar una taza de café fue el aliciente necesario para caminar hacia la cocina.

Suspiró frente a la ventana. El almuerzo estuvo perfecto. Los sabores de la comida enlatada resultaron deliciosos. Incluso el agua parecía más sabrosa. Aunque el café tenía un sabor raro. Quizás ya era hora de tomar té.

Salió a caminar. Las gaviotas no estaban; ni siquiera se escuchaban sus gritos a lo lejos. Se encogió de hombros. Era lo ideal. Así podría pasear sin temor, tal vez tocar el agua. Sonrió.

Se sentó un rato en la arena. Se sentía bien al tacto... Demasiado bien. Lo mismo el aire marino. Qué delicioso era. Nunca había sentido su sabor en la boca, ese sabor salado que antes odiaba tanto, sobre todo cuando la mar, como decían los viejos pescadores de una caleta ubicada hacia el norte de la playa secreta, estaba enferma. Ese olor nauseabundo había desaparecido por completo y eso le gustó. Incluso la brisa parecía tibia... y era pleno invierno. Qué raro era, pero agradable. Decidió volver a casa.

Se despertó de madrugada. La angustia en su pecho le produjo un nuevo arrebato de llanto. Había soñado con la mujer de la camioneta. Ella le tendía los brazos con el bebé... Un bebé muerto, hinchado, manchado de sangre. Ella le suplicaba que se lo llevara, que lo salvara. «¡Salva a mi bebé, por favor! ¡Salva a mi bebé!». La voz de ella era un verdadero tormento.

Se levantó y, mientras caminaba a pies descalzos, notó que el suelo parecía mojado. Buscó a tientas una luz, aún era de noche, mientras se escuchaba el sonido del viento y la lluvia que arreciaban afuera. Hacía semanas que su teléfono estaba perdido y no le importaba, pero en ese momento lo echó de menos, porque siempre lo usaba como linterna cuando iba al baño... Cuando aún vivía en la gran ciudad y llevaba una vida normal, antes de la pandemia.

Al fin dio con la luz. Miró al suelo. Había sangre, mucha sangre. Parpadeó por la sorpresa. ¿Qué había pasado? Miró su ropa y cama. Todo estaba rojo. Miró sus manos: trozos de piel colgaban de ella. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba pasando!

Corrió hacia el baño a tropezones. Encendió la luz, cerró los ojos y rezó una letanía pidiendo al cielo que nada estuviera pasando, que solo fuera una pesadilla, una alucinación. Se puso frente al espejo, con los ojos aún cerrados y llenos de lágrimas. Sus palabras eran susurros ininteligibles, desesperados. Abrió los ojos. En el espejo vio una mancha negra y sanguinolenta, que se parecía al rostro de la mujer, al rostro del bebé, era el rostro de todos aquellos que había dejado atrás, a todos los muertos a los que la Mamba Negra había alcanzado. Y ahora también le había alcanzado.

Salió gritando desde su refugio rumbo al mar, dejando regados por la arena partes de su piel, su carne, su sangre. Las olas recibieron su ofrenda con ávida fuerza.

Una soleada mañana saludó a las gaviotas, las que se dieron un festín con los regalos que encontraron en la arena. Pronto invadieron la casa, siguiendo los rastros, los últimos rastros que dejara el virus.

A lo lejos solo se escuchaba el romper de las olas...

Vampiros

Felipe Tapia Marín

Como siempre, debemos esperar hasta la noche para salir. De otro modo, nuestra presencia llamaría la atención de todos. La gente sabe de nosotros y permanece en sus casas, pero siempre encontramos algún incauto para convertir y sumar a nuestras filas.

Así empezamos todos. Recuerdo cuando todavía era como ellos, antes de ser convertido. Por aquella época, no éramos tan precavidos y salíamos sin pensar que estábamos en peligro. La ciudad nos llamaba con tanta fuerza y la conciencia sobre el mal que nos acechaba no era tomada tan en serio. Sí, definitivamente nosotros la tenemos mucho más difícil que los que rondaban por aquel entonces.

Noche tras noche buscamos nuevas víctimas. Martina siempre va en busca de presas jóvenes para convertir, pero yo prefiero a las de más edad. Son más fáciles, más seguras de atrapar. Cierto es que no representan un desafío como los otros, pero yo no soy una persona en busca de emociones.

Nos movemos de manera furtiva, casi ingrátida, arrastrándonos con cautela por una ciudad vacía, poblada por habitantes temerosos de salir y encontrarse con nosotros. Pero siempre hay alguien lo bastante estúpido o desesperado para exponerse.

Está todo sucio, todo lleno de basura. Nunca fue una ciudad bonita, pero el abandono es notorio. Bastaron unos meses para que la orgullosa urbe llena de edificios y supermercados se transformara en un vertedero. Pocos negocios se sostienen. Solo los más valientes se aventuran durante el día, para abastecerse o abastecer a otros de lo indispensable.

Al final, damos con una pareja de mediana edad. Ni muy viejos ni muy jóvenes, pero no cabe duda de que constituían un suculento trofeo. Lo más seguro es que salieron para conseguir comida, conscientes del riesgo que corrían, por lo que debieron estar más que desesperados. Cuando sales, es porque de verdad lo necesitas. Nadie se arriesga por un capricho, como yo sí lo hice antes de que me agarraran y convirtieran.

A veces me pregunto por qué lo hacemos. Lo lógico sería enfurecernos con este estilo de vida, que con mayor razón deberíamos evitar dañar a más gente como lo hicieron alguna vez con nosotros. Supongo que así nos sentimos menos solos. Saber que no somos los únicos condenados y que podemos arrastrar a más desgraciados a esta muerte en vida nos reconforta de algún modo, uno muy retorcido. Es un placer el verlos doblegarse como me doblegaron a mí.

¿Por qué deberíamos ser distintos? ¿Por qué nos debería importar lo que les pase a los demás? Nadie lo hizo por nosotros, así que es bastante justo lo que hacemos. Además, son unos completos extraños, no los hemos visto nunca. Pero dejarán de serlo cuando se nos unan. Entonces tampoco les importará nada. También serán muertos. Nada más agobiante que la constante preocupación por que te infecten con el virus.

Recuerdo cómo era la vida antes de convertirnos. El insistente temor de contagiarse, de tocar algo contaminado, de saludar a alguien de forma instintiva, el evaluar si valía o no la pena salir a comprar comida o morir de hambre; aquello no podía ser llamado vida. Renunciar a todas esas precauciones fue una experiencia liberadora y me di cuenta de lo castrador que era estar preocupado todo el tiempo. Jamás experimenté una lucidez tan clara.

Como era de esperarse, la pareja nos evitó como la peste apenas nos vio. No puedo culparlos, yo también me porté de la misma forma la noche en que fui convertido. Debe ser horrible, para una especie intrínsecamente social, que la amenaza más peligrosa sea el mero contacto humano. Es como si fueras un mono y un día te dijeran que los plátanos son mortales. ¿Qué haces? ¿Te resistes a tu propia naturaleza o la aceptas y te abandonas?

Dan media vuelta y corren asustados hasta una esquina, por la que tuercen. Nos miramos con Martina. De seguro viven cerca y buscan regresar a su hogar para ponerse a salvo. Ellos lo saben. No podemos entrar en sus casas a menos que nos inviten. Pero no los dejamos. Son nuestras presas. Esperamos horas para salir a convertir nuevas víctimas y no pueden escaparse tan fácilmente de lo inexorable

Somos más jóvenes. Somos más fuertes. Somos más rápidos. Ellos son mucho más vulnerables al virus y por eso los contagiamos.

Han pasado meses desde que me infectaron y me siento invulnerable, mucho más vivo que cuando gozábamos de perfecta salud. Ellos son los que en verdad están muertos, temiendo tomar la manilla de una puerta, visitar un lugar muy concurrido o parar cerca de un extraño y que este les tosa por accidente.

No tuvimos que esforzarnos mucho. Martina iba delante y cogió al pobre hombre, que gimoteaba trémulo. La mujer intentó forcejear y llevárselo consigo a la entrada de su morada, pero ahí estaba yo para impedirlo. Palpo su piel con mi áspera mano. Disfrutamos el momento todo lo que podemos, hasta que los dejamos en paz y se encierran. Contemplo sus rostros llenos de pánico, con lágrimas en sus ojos y miradas de odio hacia nosotros. La mujer nos grita que por qué les hacemos esto, que ellos jamás nos hicieron nada. Ella no entiende, no comprende que no se trata de eso.

No lo hacemos por venganza. Simplemente no queremos estar solos. Y, además, lo hacemos simplemente porque podemos. Porque ellos están expuestos y nosotros no.

Solo resta esperar. A veces son dos semanas para que nuestras víctimas se conviertan, a veces un poco más. Con este virus, nunca se sabe muy bien. A veces mueren y no alcanzan a convertirse, pero la mayoría de los casos sobrevive a su victimario.

Los viejos son más fáciles de contaminar, pero suelen ser los que mueren en un hospital, sin alcanzar a recibir los recursos destinados a los más jóvenes, los predilectos por ese padre monstruoso y favoritista que es la civilización.

La ciudad funciona al mínimo desde hace meses. Los doctores, enfermeros, todos los que operan los servicios básicos, ellos son los más expuestos a nuestro reclutamiento. Desearía alguna vez atrapar a alguien importante, a uno de esos a quienes la crisis de salud no debe representar ningún problema y que con certeza disponen de otros para apostar sus vidas por ellos. Pero sé que eso no va a pasar y debo conformarme con infectar a parejas como la que convertimos hoy y esperar a que resistan la conversión.

Pero ellos no eran tan viejos. Seguramente sobrevivirán, para convertirse en el mismo tipo de criaturas que nosotros. Entonces se nos unirán. Cazarán en las noches, buscando personas sanas, que son en realidad los verdaderos enfermos. Somos nosotros los que estamos mejor. Somos fuertes, somos jóvenes, no le tememos a nada, nos hemos despojado del angustiante temor a que alguien nos contagie o nosotros hacerlo con ellos. Porque ya estamos contagiados, así que nada nos importa.

Pronto seremos muchos más. Seremos muchos más que ellos. Nuestra especie dejará de ser paria. Mientras más seamos, más rápidamente los contagiaremos a todos. Entonces todos seremos libres, ya nadie temerá salir de su casa, abrazar a alguien o viajar en metro.

La ciudad se ve inmensa sin su gente. Será una ardua tarea sacarlos a todos, arrastrarlos a la muerte, liberarlos, forzarlos a recuperar sus vidas, como hicieron alguna vez conmigo.

La ciudad

Romy Riq

Vivir en una ciudad hecha de huesos grises, como si gigantes prehistóricos hubieran muertos dejándonos sus formas y que de ellas nacieran palpitantes los edificios, volvería loco a cualquiera; cadavérica y exangüe, la ciudad Beta fue alguna vez una gran polis llena de vida, pero el virus fue despiadado y se llevó el color, el ruido, la música y las personas.

Al principio, los muertos eran quemados en grandes fosas, pero pronto los sobrevivientes se vieron abrumados con el rápido aumento de las defunciones y los cuerpos comenzaron a acumularse en calles y tiendas, sin ninguna protección, sin ninguna cura, sin nadie que pudiera llorarlos. Para preservar la poca vida que quedaba se tomó la decisión de abandonarla, dejando todo recuerdo en la ciudad de huesos grises y de silencios lúgubres.

Por mucho tiempo la ciudad permaneció en estado de coma, los sobrevivientes reconstruyeron sus vidas en otras ciudades, crearon nuevas vacunas y la muerte, poco a poco, fue desapareciendo.

Sin embargo, la naturaleza del virus nuevamente cambió. Sus años de aislamiento y su gran capacidad de adaptación a diferentes condiciones permitió que su genoma evolucionara a tal punto de que fue capaz de reanimar el tronco encefálico y el hipotálamo, permitiendo al cadáver levantarse y moverse.

La ciudad Beta de pronto se convirtió en madre y en sus calles sus esperpentos caminaban o dormían por inercia. No había mucho que hacer, el virus se estaba perfeccionando y sus huéspedes parecían niños sin voluntad. Y entonces volvieron los supervivientes armados, convirtieron la ciudad en un safari: día y noche llegaban convoyes provenientes de todas partes, día y noche las criaturas ignorantes de todo raciocinio solo se movían por la terrible necesidad de alimentarse; se abalanzaban en masas sobre sus cazadores, quienes —provistos de armas— los repelían, miembros cercenados, masa encefálica en el asfalto. Algunos tenían la suerte de quedar en nada; otros, los que quedaban enteros, eran arrastrados y colgados de los postes de luz como trofeos. Los cazadores neófitos siempre terminan vomitando por culpa del olor fétido y podrido de las criaturas.

Año tras año la ciudad engendraba más criaturas y año tras años los cazadores volvían con armas más letales. Sin embargo, hubo un nuevo salto en la evolución del virus. Las criaturas que otrora se arrastraban y gemían ahora comenzaban a caminar erguidos, a realizar movimientos más complejos; el virus había convertido el cerebro de un muerto en un cerebro reptiliano. Esta nueva capacidad añadía cierta dificultad al cazarlos, y solo bastó con un par de años para que entre ellos mismos comenzaran a haber más diferencias. Algunos cambiaron los sonidos guturales por algunas palabras audibles, otros volvieron a tener un aspecto más humanizado. Desarrollaron mayor agilidad y fuerza y, de pronto, los cazadores comenzaron a ser cazados. Las armas ya no eran efectivas. Los cazadores volvieron a esconderse.

La ciudad Beta había creado a sus propios humanos.

El coronavirus solo fue su intermediario.

Víctor Whiskey: Quebec

A. Sierra

Con un delta-v de veinte km/s, el *Modesto Torres* era uno de los cargueros con mayor capacidad en la flota interplanetaria, logrando órbitas de transferencia Tierra-Júpiter de menos de un año durante la ventana óptima. Su motor de hidrógeno metálico le daba, además, una aceleración extraordinaria y garantizaba, hasta donde se puede garantizar algo así, no fallar jamás. Una garantía respaldada por cuatro viajes de ida y vuelta al gigante joviano sin ninguna clase de desperfecto grave; tanto así, que los trajes espaciales de la tripulación no habían sido usados sino en ensayos. En su quinto viaje al sistema solar exterior, la nave llevaba un cargamento de cabezales para bioimpresora y tres pasajeros.

Para la comandante, este sería el segundo viaje a Júpiter al mando de la nave. La doctora de a bordo, en cambio, se había subido al «Mody» prácticamente el mismo día en que la nave salió del astillero y no se había bajado más: el rudo estilo de vida, quizás, le parecía difícil de mejorar. Los dos grumetes eran novatos sin más experiencia que un par de transferencias cortas a Mercurio. Tenían suerte de haber sido asignados a una nave con el prestigio del *Modesto Torres* para su primera incursión más allá del cinturón de asteroides. O, tal vez, más que suerte, tendrían contactos entre la aristocracia orbiteña. En cuanto a los pasajeros, eran terrícolas que nunca habían salido del espacio cislunar, colonos con más entusiasmo que tripa para el viaje a Europa.

De la estación Luna 2, donde la nave recogió su cargamento, el *Modesto* cayó hacia la Tierra ganando velocidad lenta pero perceptiblemente. Cuando el Planeta Madre dejó de ser una bolita azul suspendida en la oscuridad y se convirtió en un disco enorme, la comandante encendió motores, aprovechando el efecto Oberth. Por última vez en trescientos ochenta y dos días, los pasajeros sintieron su propio peso, mientras la nave aceleraba con furia.

El motor de hidrógeno metálico minimizaba las vibraciones, de modo que no había sonido asociado al enorme empuje impuesto sobre la estructura de la nave, pero no por eso desaparecía el nerviosismo durante la maniobra. En las ventanas —pantallas proyectando la vista exterior, a decir verdad— la Tierra empezó a encogerse cada vez más rápido. Unas horas tras la inyección interplanetaria, el hogar no era más que un puntito brillando en el vacío.

Al séptimo día, uno de los grumetes presentó los primeros síntomas. Nada de qué preocuparse: «trastorno de transferencia», se lo llamaba, cuando los días de festejo antes del zarpe se convertían en cansancio. Normalmente, no duraba más de media semana. Cuando despuntó la fiebre, la doctora hizo una batería de pruebas. Las primeras dos veces no encontró nada inusual en la sangre y mucosas del grumete; a la tercera, un positivo.

—Ya no vale la pena ponernos en cuarentena —dijo la doctora a la comandante—. Todos hemos estado en contacto con Jiménez, más que suficiente para el contagio.

—¿Pero qué cresta tiene?

—COVID-19. De principios del siglo XXI. Se suponía que el virus estaba extinto, pero tenía que venir Jiménez a demostrar que está vivo y coleando.

La comandante se masajeó el cuello, torciendo los labios.

—Va a ser duro mantener la nave con un ingeniero menos. ¿Cuánto tiempo hasta que podamos volver a ponerlo de guardia?

—Comandante... No quiero causar un pánico, por eso estoy hablando con usted antes de que el otro grumete y los pasajeros se den cuenta de nada. Pero es importante que quede clara la gravedad de la cuestión. Jiménez está conectado a un respirador artificial. Le quedan unos días más o menos buenos, pero no veo razones para el optimismo. Si no mejora solo, entonces no hay nada que pueda hacer por él excepto darle morfina y dejar que se vaya tranquilo.

El papel del doctor en una nave interplanetaria era una mezcla de cien funciones especializadas sin conexión entre sí. Durante el viaje, las enfermedades infecciosas eran extremadamente raras, pero los casos de cáncer sí eran habituales y requerían tratamiento urgente. En ocasiones, algún accidente necesitaba los servicios de un traumatólogo. Suya era también la supervisión de los sistemas de mantención de vida en la nave. Principalmente, el doctor debía atender la salud mental de los pasajeros: un mal doctor significaba pasar meses encerrado en una lata de atún con gente insoportable, respirando una y otra vez el mismo aire rancio, sintiéndose cada vez más asfixiado. La causa de muerte más frecuente en el espacio no era descompresión ni intoxicación por CO₂, sino psicosis.

Sin embargo, cualquier astronauta experimentado habría dicho que su función crítica no tenía nada que ver con la salud, al menos no directamente: en todas las naves de la flota, el doctor se encargaba de la cocina. Seis meses comiendo caldo de proteínas tibio y la tripulación más estoica amenazaba con poner a su chef en la exclusiva de aire. Por fortuna, los pasajeros del *Modesto Torres* siempre bajaban con algunos kilos más que al comenzar el viaje. El ritual de la comida le daba a la doctora oportunidad de tomar la temperatura al ánimo de la tripulación, detectar fricciones y poner algo de alegría en los corazones.

En esta ocasión, lo único que parecía apropiado servir era una sopa bien espesa. Un plato de pasta o carne sintética —especialidades de la doctora— habría parecido fuera de lugar con un tripulante precipitándose hacia la muerte, pero la sopa aún les daba una excusa para reunirse en el comedor. Los pasajeros del «Mody» se aferraban a sus tazones como si dentro estuviera el remedio a sus angustias y, cada tanto, alguno tomaba un trago a través de la bombilla antiderrame, dejando salir vapor humeante por los labios después de tragar.

—No deberíamos estar todos aquí —dijo uno de los pasajeros—. ¿Por qué nos llamaron al comedor para darnos la noticia? Deberíamos estar en cuarentena, cada uno en su camarote.

—Esa hora ya pasó —explicó la doctora—. Todos hemos estado en contacto y tenemos menos de mil metros cúbicos habitables en esta nave, pueden estar seguros de que el virus ya está en todas partes. Hemos superado la etapa de contagio; ahora tenemos que decidir las medidas que tomaremos una vez que empecemos a presentar síntomas.

—Solo salimos de la órbita terrestre hace dieciocho días —dijo otro de los pasajeros—. ¿Por qué no nos devolvemos? Parece lo más sencillo. Dudo que en la Tierra no puedan darnos tratamiento.

La comandante, que se había encaramado en el marco de la puerta para no flotar libremente por el comedor, dio un suspiro casi imperceptible. Un siglo de colonización espacial todavía no bastaba para que los terrícolas entendieran algo de mecánica orbital básica.

—No tenemos suficiente combustible para volver —dijo, tratando de que no se notara su frustración—. Si ahora quemáramos todo nuestro hidrógeno metálico para desacelerar, lo único que conseguiríamos sería quedar en una órbita elíptica con un periodo de treinta años.

El pasajero frunció el ceño, como si la comandante hubiera dicho algo absurdo. Afortunadamente, no alcanzó a decir lo que pensaba: el grumete restante, un cabro crecido y criado en el espacio, intervino en la discusión.

—¿Cómo se puede haber contagiado Jiménez? La doc dice que el virus estaba extinto. Entonces, ¿cómo?

—A veces vuelven a aparecer bacterias y virus que se creían desaparecidos —contestó la doctora—. De vez en cuando siguen reportándose casos de peste bubónica, aunque parezca increíble.

—No este virus —dijo el tercero de los pasajeros.

Se produjo un silencio tenso, con todas las miradas clavadas en el que había hablado. Era un hombre menudo, enclenque y de apariencia inocua. Evidentemente, no se sentía a gusto en caída libre y se aferraba a un pasamanos como si se le fuera la vida en ello. Al notar que tenía la atención de los demás, se encogió sobre sí mismo, acercando su tazón de sopa al pecho.

—Lo siento, no quería...

—Por favor, explíquese.

—Hm. Yo... No quería. Es que soy biólogo. *Exobiólogo*, en realidad; sí. Virología, es mi... ¿Saben la historia de este virus, alguien? ¿La historia del COVID-19?

Nadie respondió.

—Hm. No me sorprende. Quiero decir, no es su culpa. ¡Hm! Y eso que, bueno... Sí, que el COVID-19..., bueno, ayudó a fundar el... Quizás no debería decir que ayudó, pero fue una de las causas, sí, de la creación..., ¡hm...! Una causa de la creación del Estado de Emergencia Permanente, nuestro..., eh..., ilustre y buen Gobierno en... la Tierra y las estaciones.

—Vaya al grano —espetó la comandante, claramente nerviosa de que la conversación hubiese dado un giro político.

—Bueno, sí, es que hubo varios brotes del virus. Fue un..., un proceso. El brote del diecinueve, claro; muy terrible. Tres años de pandemia, hasta que consiguieron darles la vacuna a suficientes personas y, bueno... Hm... Pero, en los años siguientes volvió a aparecer varias veces. Siempre en brotes aislados, nunca más de diez casos. Pero... Es que... Claro, para entonces, estaba todo el mundo tan paranoico que... la más pequeña sospecha de contagio con COVID-19, bueno... Los Estados se atribuyeron poderes de emergencia, ¿me entienden ahora? ¿Hm? Se tomaron medidas extremas, ¿hm? Discúlpenme, no quiero ser...

Al hombrecito se le cortó la voz. Estaba rojo y respiraba con evidente agitación, pestañeando entre cada palabra que decía como si apenas soportara la presión de hablar ante un público de cinco.

—Así que no volvió nunca a haber una..., eh..., una pandemia global, ¿no? Pero la cuestión es que el virus es extremadamente adaptable: salta de una especie a la otra como si no fueran más distintas que dos personas con diferente color de piel. Hm... Puede infectar prácticamente cualquier clase de tejido, en casi cualquier especie y con síntomas muy diversos.

—La enciclopedia dice que afecta a los pulmones —dijo la doctora.

El exobiólogo soltó una risita nerviosa, molesta de oír.

—Claro, porque es el primer tejido que encuentra. Y los síntomas respiratorios matan rápido, sobre todo en..., eh..., una situación de pandemia, cuando la atención médica es..., ah, deficiente. Pero en los pacientes que sobrevivían la neumonía inicial, bueno... ¡Hm! El virus produce también otros síntomas. Siempre hubo casos de encefalitis. Puede afectar los riñones, el hígado, la médula... COVID-19 es adaptable.

—¿Y por qué la enciclopedia no dice nada de eso?

—Porque no hace falta. Se notaría si no hubiera ninguna referencia al virus, mucha gente todavía se acuerda de él; sería sospechoso... Pero la verdadera sintomatología fue un secreto de Estado durante todo un siglo. Yo estudié virología, eso es todo. Cuando el virus desapareció, se relajó un poco la censura y pudimos estudiarlo.

Otro silencio, este bastante más pesado que el anterior. Finalmente, el biólogo entregó lo último de su explicación con un susurro casi inaudible.

—El COVID-19 nunca fue curado. No realmente. Algunas de sus variantes, claro; las más infecciosas y menos fatales. Pero hubo que dejar morir a millones. Décadas después del primer brote todavía no había manera de controlarlo, hm. Los síntomas se reportaban como otras cosas: fallo cardíaco, cáncer mal diagnosticado, infartos cerebrales... La expectativa de vida se desplomó durante medio siglo. La verdadera causa de muerte se mantenía en secreto, para evitar pánico en la población. ¡Huh! Hubo exterminio masivo de animales; eh..., perros, gatos, palomas... Cualquiera cosa que viviera en las ciudades, cerca de seres humanos. Todos potenciales portadores. Y, en algunos países, no solo exterminaron a las..., hm..., poblaciones animales. Así que cuando el virus realmente desapareció..., bueno..., fue porque los portadores estaban extintos o se habían vuelto inmunes al contagio por pura selección natural.

Al final, su discurso se confundía con el zumbido del aire acondicionado. En la quietud, los tubos de ventilación trajeron el sonido trabajoso del respirador mecánico en la enfermería. Todos lo oyeron, pero nadie se atrevió a decir algo.

—No entiendo —explotó el grumete, su voz media octava más alta de lo normal—. ¿Qué mierda significa todo eso?

—Significa —dijo la doctora— que el virus desapareció porque mató a todos los que podía matar. Incluyendo perros y gatos. Y la conclusión que podemos sacar es que, si reapareció en el «Mody», probablemente no fue por accidente.

—Hay tres cosas que me preocupan —le dijo después la comandante a la doctora—. La primera es saber por qué nuestro pasajero sabe lo que sabe. Bien por él haber estudiado virología, pero sus datos son bastante específicos y no me compro que sea una casualidad que haya estudiado precisamente este virus.

La doctora asintió, la mirada clavada en su taza de café.

—Es un personaje extraño —continuó la comandante—. Tiene ganas de hablar, pero está nervioso. Hay que tirarle la lengua.

—Yo me encargo.

La comandante se limitó a dar un gruñido de asentimiento. En una nave espacial no era necesario agradecer a alguien por hacer su trabajo cuando se trataba de la supervivencia de todos y, en cualquier caso, los años de camaradería entre las dos habrían vuelto superfluo un lenguaje más explícito.

—Lo segundo es cómo vamos a evitar morir durante los próximos meses. Yo no puedo responder a esa pregunta; a usted se le tienen que ocurrir soluciones. Quizás con ayuda de nuestro exobiólogo, ya que parece saberlo todo.

—¿Y lo tercero? Porque ahora mismo no tengo ni la menor idea de qué hacer.

—Lo tercero es decidir si contarle la verdad a Europa. El protocolo dice que deberíamos poner bandera Quebec en nuestro transpondedor, avisar que tenemos una enfermedad contagiosa a bordo. Pero Europa es una estación extremadamente profiláctica. Si confesamos lo que llevamos,

no importa que lleguemos vivos a Júpiter, nos van a freír con láser para estar seguros de evitar el contagio.

—Podríamos ir a otra luna —dijo la doctora.

—¿Qué estación va a aceptarnos? Que yo sepa, ninguna tripulación ha puesto Quebec en su transpondedor y vivido para contarla, si su estación de destino no le ofrecía refugio para hacer cuarentena. Pero ocultar la información tiene otros peligros.

Jiménez murió cuatro días después. En el fondo de su corazón, la doctora sabía que podría haber hecho más para mantenerlo con vida, pero no estaba claro que valiera la pena gastar insumos médicos en ello. Quizás si salían de esta, la doctora tendría ocasión de sentir remordimiento; por ahora, la culpa estaba sepultada bajo una montaña de preocupaciones más urgentes.

Lo primero era decidir qué hacer con el cuerpo. La muerte en el espacio profundo no era nunca algo bonito: ningún arquitecto naval había puesto morgue en una nave espacial; masa innecesaria, si es que alguna vez la hubo. Lo habitual era pasar un cable en torno a los hombros del fallecido y llevarlo en el exterior, dejando que el vacío preservara el cuerpo hasta que pudiera dársele una sepultura decente. En estas circunstancias, no parecía buena idea acarrear un cadáver infectado, pero tampoco era cuestión de darle una patada y olvidarse de él: la probabilidad de que siguiera en la misma órbita y acabara atrapado en el sistema joviano era demasiado alta.

Tendrían que ponerlo en la campana del motor e incinerarlo. Un plan con sus propias complicaciones, pues no era cosa simple añadir o quitar velocidad a la nave en mitad de una transferencia. Además, la familia no estaría nada feliz y —siendo peces gordos en la economía orbital— tendría el poder de castigar a la tripulación del *Modesto Torres* si es que alguna vez volvía a casa. La comandante estaba trabajando en los cálculos necesarios, tanto políticos como newtonianos. Mientras tanto, la doctora hacía lo posible por desinfectar la enfermería.

El exobiólogo tocó la puerta cuando ya no quedaba más que repasar los rincones profundos de la habitación con alcohol. Tenía puesta una mascarilla, como todos, aunque la doctora sabía perfectamente que las mascarillas a bordo del «Mody» eran contra humo o químicos y harían tanto por filtrar el virus como un pañuelo perfumado. El hombrecito también lo sabría, dada su especialidad, pero incluso una protección inútil brindaba cierta pizca de paz mental y era necesaria, en cualquier caso, para mantener tranquilos a los demás pasajeros.

La doctora le hizo una seña para que entrara.

—¿Doctora? Yo... Este...

—Estaba buscando una oportunidad para hablar con usted. Pase, por favor. Ahora que Jiménez... Ahora estoy más desocupada. Quiero preguntarle algo y necesito que sea completamente honesto conmigo.

El exobiólogo empalideció como si una bomba de vacío le hubiese succionado toda la sangre en un solo instante.

—No quiero dar la impresión de que no estoy agradecida por todo lo que dijo el otro día en el comedor. Tener más información siempre es lo mejor, en situaciones de crisis. Pero, entiéndame, dado lo peculiar de nuestras circunstancias... siento curiosidad por saber cómo llegó a tener esa información tan específica.

—Ah. Bueno, ya lo dije. Soy exobiólogo. Hm. Virología en particular, es mi especialidad.

—¿Y si le preguntara a cualquier virólogo de la Tierra, todos tendrían la misma información que usted?

—Eh... No, claro, no. Es que hay... Bueno, sigue habiendo. Censura, quiero decir. No es información pública, si me entiende. No quisiera criticar... al..., huh... No pienso que sea una mala medida, el Gobierno sabe lo que hace. ¿Hm?

—Sáquese la mascarilla, hombre; los dos sabemos que no funciona —interrumpió ella—. Hablemos de cara.

—Hay razones, ¿hm? —siguió hablando el otro, mientras se sacaba el trasto por sobre la cabeza. En realidad, por inútil que fuera, la doctora habría preferido que siguieran con las mascarillas puestas, pero era evidente que su interlocutor tenía ya suficientes dificultades para hablar con claridad—. Es peligroso. Yo lo estudié, hm, claro, porque es, ¡uf!, un potencial caso de contaminación para el... De esto venía a hablarle yo. ¡Hm! Pero está bien, digo, está muy bien que el Gobierno censure... Digo, controle...

«Este es un idiota», pensó la doctora. Decir cosas así donde pudiera oír las algún informante era la mejor manera de ganarse unas vacaciones permanentes en el gulag lunar. Por otra parte, ese mismo grado de ineptitud política significaba que el exobiólogo debía de tener cierto genio; de lo contrario, no habría razón para dejarlo sobrevivir las purgas. Mientras hablaba, el pobrecito se ponía cada vez más nervioso, retorciéndose las manos y metiendo cada vez más la pata, la cara roja y el aliento entrecortado.

—Mire —dijo ella—, lo que...

—¡Doctora! —chilló el hombrecito de repente—. Tiene que convencer a la capitana de desviar la nave. ¡Hm! ¡No podemos llegar a Europa!

—La *comandante* está considerando las medidas que...

—¡No entiende! El virus, el COVID-19, ¡se pasa de una especie a otra! ¡El ecosistema oceánico! Bajo el hielo... Europa... Tiene que entender, ¡es frágil! No puede permitir que...

La doctora lo miró con tal expresión que el exobiólogo se tragó sus palabras.

—Así que eso es lo que le preocupa. La vida nativa.

—Tienen las mismas bases en el ADN. Hm, panspermia... En teoría... ¿Me entiende? En teoría, el virus podría pasarse...

—¡Ah...!

El hombrecito no añadió nada, pero su mirada era la de un cachorrito huérfano bajo la lluvia. Constantemente trataba de arreglar su posición en caída libre, moviendo sus manos para afirmarse de pasamanos, pero los bruscos movimientos no hacían más que darle aún mayor violencia a las fuerzas de torsión que lo zarandeaban.

—Quiero que me responda con la verdad: ¿cree usted que el virus puede haber sido introducido intencionalmente en la nave como arma biológica contra el ecosistema europeo?

En cualquier otra parte del sistema solar, la doctora no se habría atrevido a preguntar algo así. La mera insinuación recibiría la pena capital. Pero, en una nave espacial entre la nada y el vacío, sus palabras no tendrían por qué llegar a oídos sensibles. A no ser que el exobiólogo fuera un espía, cosa enteramente posible —los había con actuaciones más estrambóticas que este, quienes de pronto se convertían en témpanos humanos al revelar sus verdaderas personas—. Con todo, si el hombrecito era un espía, su performance era tan buena que no valía la pena resistirla. Ahora mismo tenía la cara completamente roja, su pecho subía y bajaba a un ritmo alarmante y sus manos no cesaban de retorcerse como lombrices.

—Doctora, yo... ¡Hm! ¡Hm! No sé, yo...

El resto de la frase no llegó nunca a decirse: el exobiólogo estalló en toses convulsivas, cubriendo a la doctora con partículas de saliva y mucosa en el proceso. Mientras intentaba sujetarlo, para que sus espasmos no lo mandaran a volar por toda la enfermería, la doctora llamó a la comandante del «Mody».

—Comandante, ¿oyó esa conversación, me imagino?
—Sí, doctora —llegó la respuesta, transmitida directamente al implante de radio en el oído de la aludida—. Y tengo otra noticia: yo también estoy presentando síntomas.

Veinticuatro días bastaron para que se supiera el destino de todos a bordo del *Modesto Torres*. El exobiólogo, tras un periodo de gravedad, se estaba recuperando rápidamente y ya no necesitaba el respirador mecánico. El grumete y uno de los pasajeros pasaron por síntomas similares a los de una gripe, pero ya no estaban enfermos. El otro pasajero y la doctora, aunque evidentemente habían estado en contacto directo con el virus, fueron casos asintomáticos. Por supuesto, esto no quería decir nada sobre los efectos a largo plazo que pudiera causar el COVID-19. En cuanto a la comandante, no había que ser médico para saber que le quedaba poco tiempo de vida.

Estaban todos reunidos en la enfermería. Ya no usaban mascarillas: el virus lo tenían metido dentro; la conclusión obvia era que no todo el mundo padecía la enfermedad con la misma intensidad. Cuestión de suerte, cabía suponer. Los afortunados miraban hincharse y desinflarse el pecho de la comandante mientras intentaban decidir los siguientes pasos a tomar. La doctora le había inyectado naloxona a la enferma, para comenzar a sacarla de la sedación: un procedimiento peligroso, pero necesario, puesto que la comandante del *Modesto Torres* debía oír la conversación para poder tomar decisiones.

—Es el cargamento —estaba diciendo uno de los pasajeros—. Cabezales de bioimpresora... De segunda mano. ¿Quién dice que no se usaron para imprimir el virus, antes de venderse?

—Eso ya no importa —dijo el grumete, quien evidentemente se había convertido en comandante *de facto* mientras sus superiores no podían ejercer la función—. Tenemos que mirar adelante y tomar medidas para llegar a Europa sin que nos achicharren. Y yo digo que purguemos el aire de la sección habitable. Hay que dejar entrar al vacío y limpiar toda la nave.

La doctora se encogió de hombros, un gesto de cuerpo completo en caída libre.

—No serviría de nada. Es posible que la exposición al frío mate al virus, pero ahora nosotros somos portadores. Si nosotros vivimos, el virus también.

—Lo vamos a intentar igual —contestó el grumete—. Es mejor que quedarse de brazos cruzados.

Otro encogimiento de hombros: no parecía que valiera la pena discutir la cuestión.

—El problema es que solo tenemos cuatro trajes espaciales —dijo él, ahora con una inconfundible nota de desafío en la voz.

—¿Qué?

—Son para hacer reparaciones externas en el reactor. Eso es trabajo de la tripulación; a nadie se le ocurriría pedirle a un pasajero que salga a dar una caminata espacial. Así que el «Mody» solo tiene cuatro trajes.

—¿Y para emergencias?

El grumete se rio, con la risa pedante y carente de humor de quien tiene la sartén por el mango.

—Cualquier tipo de emergencia que requiera trajes espaciales para todos los pasajeros significaría que la nave no está en condiciones de llegar lejos. Excepto una emergencia como esta, supongo, pero debe ser primera vez en la historia que aparece una pandemia en una nave espacial.

—Somos seis: usted, la comandante, yo y tres pasajeros. ¿Vamos a compartir traje mientras ventila la nave, o qué?

Los pasajeros, exceptuando al exobiólogo —quien no daba muestra alguna de seguir la conversación—, dirigieron sus miradas a los rincones. La doctora se quería dar cabezazos contra la pared: el grumete se les había metido en el cerebro. Como buen niño mimado de la élite orbiteña, los habría convencido de entender mejor que nadie los riesgos de la situación y de ser el único capaz de salvarlos a todos. «No, no a todos», pensó, «a los que vayan a seguirlo como si fuera un dios». El grumete chasqueó la lengua y los labios.

—Habrá que hacer sacrificios. Estos dos —dijo, apuntando con el pulgar a los pasajeros— son ingenieros, y yo no voy a poder llevar la nave solo hasta Júpiter. Los necesito. La comandante... Es una lástima, pero hay que decirlo: no va a durar mucho más. Y usted, doctora, bueno... Vamos a necesitar a alguien que cocine. Parece que eso es lo único que sabe hacer, ya que no pudo prevenir que nos contagiáramos, ni pudo salvarle la vida a su propia comandante.

El aire en la enfermería adquirió un sabor metálico. El súbito cambio en el ambiente le dio una pista al exobiólogo de lo que estaba pasando: con la mirada vidriosa, levantó la cara y les regaló una tenue sonrisa.

—¿Hm?

—Además —siguió el grumete, mirando al exobiólogo pero dirigiéndose a la doctora—, apuesto a que fue este tipo el que subió el COVID a bordo del «Mody». No se merece el privilegio de un traje —y le guiñó un ojo sardónico a su presa. El exobiólogo, completamente alelado, le devolvió una sonrisa intensificada.

—Usted está loco.

La comandante, que tenía un tubo en la garganta y no podía hablar, soltó un gruñido profundo. Cuando la miraron, cerró los ojos con fuerza —lágrimas despuntando entre los párpados— e hizo un débil gesto de negación con la cabeza.

—Eso. La comandante no va a autorizar jamás una cosa así.

El grumete asintió, ahora con gravedad.

—Se necesita autorización de la comandante para purgar el aire de la nave, pero una vez que muera, esa parte del mando no pasa al segundo oficial, a usted, sino al ingeniero senior. Es decir, a mí. Es lo lógico: el doctor no tiene por qué saber cuándo hay que purgar aire. Así que el computador de la nave distribuye automáticamente las funciones en caso de que ya no detecte señal de vida del comandante.

La doctora se mordió los labios.

—Cobarde —dijo, al final.

—No, doctora. La situación requiere que tomemos decisiones difíciles, que no tomaríamos de otra manera. Estar dispuesto a aceptar esas decisiones y vivir con el peso en la consciencia, eso no es cobardía. Además, usted hizo lo mismo con Jiménez, cuando decidió dejar de gastar insumos médicos en él, ¿no es así?

Una gotita de sangre se desprendió de los labios de la doctora y empezó a volar a través del aire entre ellos; una perfecta y minúscula esfera roja en caída libre. Al verla, el grumete la corrió con la mano, haciendo un gesto de asco.

—Mientras tanto, necesitamos algunas respuestas. Porque cuando llegemos a Europa y descubran que estuvimos enfermos nos van a hacer preguntas, y más nos vale saber qué responderles.

Por un momento, la doctora no entendió a qué se refería.

—Necesitamos al exobiólogo —dijo el grumete, tomándose de un pasamanos para acercarse a la pared de la enfermería—. No trate de detenernos, doctora.

Lo intentó de todos modos, con uñas y dientes. Darse puñetes en micro-g no era nada fácil; normalmente, el combatiente en la mejor posición inicial ganaba la pelea sin que importaran nada

la agilidad y la fuerza. El grumete, sabiendo lo que venía, se había pegado a la pared para poder darse impulso con las piernas y lanzarse contra la doctora. Ella, en cambio, estaba flotando en mitad de la habitación, sin ningún momento con que imprimirle fuerza a sus golpes. Y ellos eran tres: los pasajeros no tenían ninguna experiencia controlando su masa sin gravedad, pero podían interponerse entre ella y los puntos de apoyo que necesitaba para contrarrestar los ataques del grumete. Los aliados de la doctora, por el contrario, eran inútiles. El hombrecito al que intentaba defender estaba tan débil y aterrorizado que no hizo nada por salvarse y la doctora, por sí sola, no podía contra la manía colectiva.

Cuando un golpe contra la pared le rajó el cuero cabelludo y la sangre empezó a salir a chorros, con el estómago acalambrado por un puñetazo y quizás un pómulo trizado, la doctora tuvo que rendirse y dejarles su víctima. Lo que le harían al exobiólogo para obtener sus respuestas, prefería no saberlo.

—Venga conmigo, Dr. Walterson —oyó decir al grumete, dirigiéndose al pobre hombre que temblaba y gemía en un rincón—. Le prometo que no le vamos a hacer nada malo.

—Comandante —susurró la doctora en el oído de su paciente—. Comandante, ¿me escucha?

El respirador llenaba la enfermería con su ritmo mecánico, pero aún era posible oír el silbido de los pulmones tratando desesperadamente de intercambiar CO₂. Le quedaban unas horas, a lo sumo: la oxigenación de su sangre era mínima. Ni siquiera podía decirse que fuera a tener el lujo de morir en paz, pues las señales de dolor eran evidentes en todo el cuerpo, en sus manos agarrotadas, su pecho amoratado, la sangre en la comisura de sus labios. Y, sin embargo, a pesar del sufrimiento, la comandante abrió los ojos para fijarlos en la doctora, tan alerta y lúcidos como si no acabara de despertar de la sedación.

—Comandante, he estado leyendo el código de la marina mercante. Benavides tiene razón; cuando usted... Cuando usted muera, él va a tener autoridad sobre todas las funciones técnicas de la nave, incluyendo la purga de atmósfera. No hay nada que se pueda hacer al respecto, ninguna manera de impedirlo.

La comandante cerró los ojos de nuevo. «¿Por qué me despiertas para decirme esto?», parecía preguntar; «¿qué esperas de mí, que estoy postrada, si tú no encuentras solución?».

—Pero también descubrí algo interesante. Algunos privilegios del comandante no se heredan en caso de muerte. Benavides no va a poder cambiar la hoja de ruta, el manifiesto de carga y pasajeros, ni el nombre de la nave.

El pecho de la comandante convulsionó: un ataque de tos luchando contra la presión del respirador, un riesgo de desparalizar a un paciente entubado. Si la lucha entre pulmones y respirador se volvía demasiado intensa, un infarto podía matarla casi al instante.

—Es decir, sin el comandante es imposible cambiar la señal del transpondedor.

La moribunda abrió los ojos. La regla del transpondedor, inscrita en el computador a un nivel tan profundo que ni Dios habría sabido reprogramarla, tenía su lógica: evitar que un grupo de amotinados se hiciera con una nave interplanetaria y se diera a la piratería. La comandante estaba demasiado débil como para entender la aplicación de esa norma a su situación actual, pero una chispa de voluntad se había encendido en su corazón.

—Quebec, comandante. Quebec.

La doctora, aferrada a los hombros de la otra mujer con las manos, sintió más que vio el gesto de asentimiento en el cuerpo maltratado.

—Tienes que hacerlo con un comando de voz, Beatriz. Tienes que decírselo al «Mody». No te puedo llevar a la sala de control: ahí es donde está Benavides, atrincherado. Pero no hay nada que pueda hacer para detenerte si das un comando de voz.

En caída libre, las lágrimas no abandonaban el ojo que las producía: empañaban irremediablemente la vista.

—Tengo que extubarte para que puedas hablar. ¿Me entiendes, Beatriz?

Esta vez, la comandante asintió de manera clara e inconfundible. Y la doctora hizo el procedimiento lo más rápido que pudo, tratando al mismo tiempo de minimizar el dolor que sentiría Beatriz.

En una voz raspada y entrecortada, casi ininteligible, el *Modesto Torres* recibió la última orden de su comandante: poner junto al nombre de la nave una pequeña bandera amarilla y la palabra «Quebec», la señal náutica para indicar peste a bordo. Beatriz no desperdició el poco aliento que le quedaba para dar las gracias a la doctora por la oportunidad de redimir su nave: no hacía falta agradecer un esfuerzo hecho en pos de la salvación de todos. En cambio, su último susurro antes de entregarse al vacío fue el nombre de su amiga.

Camilo

Josefa Tello Alfaro

Ya lo tenía. ¡Lo había conseguido! Aquel hombre de bata blanca, de porte orgulloso, sostenía en una pinza su tubo de ensayo con la mezcla que había hecho retroceder y desaparecer al COVID-19 en su placa de Petri, en cuestión de horas. Devolvió el tubo a su sitio entre las otras trescientas pruebas y, eufórico, dictó sus últimas conclusiones a Siri. Tras unos meses de pruebas positivas para la sustancia, la noticia se esparció como la pólvora y él se unió a la cuantiosa suma de enfermeros y doctores que harían lo mismo que la recién encontrada cura, devolviéndole la libertad al mundo.

Allí, en medio de la acción, fue cuando Gonzáles despertó, antes de que su despertador le obligara, no pudiendo cargar ni con su propia existencia.

Había sido un sueño increíble, y no tan distante de la realidad; claro, si no consideráramos que Gonzáles no era científico, ni enfermero, y en realidad tenía diecisiete años recientemente cumplidos.

Se debatió fuertemente en la posibilidad de no mover un músculo en todo el día, pero el hambre y las ganas de orinar lo convencieron de despegarse melosamente de las sábanas. Giró irritado hacia la ventana, sacudió la cabeza, bajó de la cama y realizó la misma rutina que había estado repitiendo desde inicios de marzo.

Se aseó, desayunó lo primero que le pareció medianamente apetecible dentro del refrigerador atiborrado y se dispuso a hacer ejercicios siguiendo un tutorial de *YouTube*, lo que le hacía sentir que estaba metido en el mundo de *1984*, de Orwell.

En realidad, Gonzáles odiaba ejercitarse (le recordara a mundos distópicos o no), pero era lo único en lo que podía concentrarse. Sus novelas y cómics varios, en otro tiempo unas fuentes inagotables de diversión, yacían sobre su escritorio en el vago intento de distraerse y «disfrutar» de su cuarentena.

Disfrutarla... Llegado este punto, hasta sus canciones favoritas le parecían estridentes. Eso no impedía que las usara para tomar una ducha. Habiendo cumplido su rutina de dos horas, se encontraba de nuevo apático, con la mirada clavada en el techo. Se cubrió la cara y dejó escapar un grito de frustración.

Hace un par de meses se encontraba en su ciudad natal rindiendo la odiosa prueba de selección universitaria, para la que fue obligado a prepararse dos años y que, sabía, era en realidad ridícula; no medía sus habilidades ni le aseguraba un buen desempeño en la universidad. No dudó un segundo en incendiar la pila de cuadernillos frente a la escuela cuando un capucha, siendo detenido, arrojó su encendedor y este cayó felizmente en sus manos.

Antes incluso de ese incidente, se encontraba gritando a todo pulmón con sus amigos y familia pidiendo un Chile más justo en medio de un caos que había puesto a su país en el ojo del mundo. La técnica de marchar nunca le convenció del todo, pero al menos era hacer algo, y ese era exactamente el problema: otra crisis mundial estaba desatada y él estaba enclaustrado mirando el techo de su habitación.

Se instaba a todo el mundo a estar quietos, resguardados y él lo entendía, pero no hacía menos irritante que su primer año de universidad fuese de frente a una pantalla, como

prácticamente el resto de su vida. Hasta había alcanzado a mudarse a su nuevo departamento. Esta vez esperaba algo diferente... Y, siendo honestos, le molestaba no poder ser de más ayuda.

Era un chico promedio que, al igual que todos, no podía salir de su hogar, a punto de empezar clases como si nada estuviera pasando afuera, y eso lo volvía loco; no era enfermero, no era científico, ni nada que se requiriera en ese momento, y esta vez sí era demasiado joven, no podía negarlo. Cuando su mente dejaba de dar vueltas podía dedicar algunos minutos a pensar y, si había algo de cierto en los acontecimientos caóticos del último tiempo, era que lo causado por la pandemia coronavirus sería como un villano bien planificado. Al fin y al cabo, estaba obligando a todas y cada una de las personas que poblaban la Tierra a estar a solas y enfrentarse a sus peores enemigos: ellos mismos.

—Yo mismo —rió ante la ocurrencia y se miró al espejo junto a él—: Yo sería un villano de pacotilla.

Su metro y sesenta centímetros, contextura delgada, cabello y ojos oscuros no le hacían amenazante. Quizá su sarcasmo sumaría algo, pero ¿qué tan molesto podía llegar a ser?

¿Qué... tan...?

Se levantó de golpe con un impulso que no sentía hacía meses y abrió su computadora. Entró directamente al sitio web que su mejor amigo le había recomendado un par de años atrás en broma, el cual prometía un avatar propio con inteligencia artificial que aprendería su conducta y movimientos. En suma... se convertiría un poco más en él, cada vez que interactuase con ella.

Aún hay tiempo antes de que las clases inicien y esto promete ser interesante.

No era precisamente un experto, pero tampoco era ningún novato. Tras una extensa búsqueda consiguió fusionar el sistema operativo de Siri al de la inteligencia artificial de dudosa procedencia y esta a sus movimientos en su teléfono celular.

—Bien, GT-2730 —un suave zumbido indicó que le escuchaba—, soy Marcos.

Una voz femenina le respondió.

—Hola... Marcos. ¿Cómo se encuentra?

—¡Bien! ¿Puedo llamarte Camilo?

—Afirmativo —respondió una voz masculina similar a la suya.

Comenzaba a emocionarse.

—Hola, Camilo —dijo fuerte y claro al aparato.

—Hola, Marcos, buen día.

Gonzáles sonrió.

—Algo rudimentario, y estándar —se estiró—, pero dentro de un par de semanas... creo que sabré cómo es gozar de mi compañía.

Sus ojos se posaron en su parlante inalámbrico y en un robot de juguete de unos respetables cuarenta centímetros junto a su escritorio.

Esto se pondría realmente interesante.

Portador

Connie Tapia Monroy

Siempre me detengo a mirar la puesta de sol, disfruto esa parte del ocaso mirando el mar, hasta que una neblina al final del trayecto interrumpe el proceso de contemplación. A mi lado está Kathryn, ha venido por mí, dice que debo volver. Pero no quiero; esta vida, estos paisajes, todo lo que se configura en el 2019, nada de esto existe en el lugar donde Kathryn me pide que vuelva. Siento un piquete que arde en mi cuello, no alcanzo a decir nada cuando pierdo la conciencia.

Miro el número en el calendario, cada vez que lo observo desde otra posición, un escalofrío me recorre por dentro: año 2999. No me extraña verlos de pie, junto a mi cama, con todo ese aparataje y esos uniformes. Estoy amarrado en la cama con un traje de plástico de contención. Ellos no lo entenderían, no existe nada como vivir con la bella mujer de Wuhan. El 2003 no fue nada, discuten entre ellos, aún estoy un poco aturdido.

—¡Fuiste tú, maldito hijo de puta! ¡Irresponsable! —me grita uno de ellos. La saliva sale de su boca como un animal rabioso. Me escupe con ira, los demás lo detienen.

Los agentes de viajes en el tiempo me quitan las credenciales, explican que he sido el vector que en el 2019 desencadenó todo: la hambruna, la decadencia, las guerras civiles y lo que somos ahora.

—¡Llévenselo! —ordena el oficial a cargo—, ¡debe cumplir la sentencia! —fue lo último que alcance a escuchar.

Queridos hijos

Agustín González Cortés

Y entonces la humanidad enfermó.

Los Héroes, combinación con línea uno, deje bajar antes de subir.

Un tumulto de personas desesperadas se subió al vagón, empujando a los que intentaban bajar del tren. Hoy el gobierno decretó toque de queda y quien sea visto en la calle sin justificación será arrestado. Es parte de las medidas extremas que la gente ha pedido y aceptado, con tal de no infectarse. Eso sí, mañana se trabaja. Dijeron que es imposible declarar cuarentena total.

Una anciana pregunta en qué estación estamos.

—La Moneda, señora.

Obviamente ella es parte del sacrificio; la economía no puede parar. ¿Cuánta miseria costará salvar a los débiles? El bien mayor es superior a la vida de unos pocos... Es el mensaje de fondo, maquillado, aunque nadie lo admite. ¿Qué no ven más allá de sus celulares y mascarillas?

Pensar que hace solo unos meses la gente se levantó contra el sistema —*Universidad de Chile. Próxima estación: Santa Lucía*— con justa razón, pues hay vicios, abusos e injusticias que no pueden ser tolerados. ¿Desde cuándo permitieron que unos pocos tengan potestad sobre el resto? Parece ser intrínseco a la sociedad, un acuerdo mutuo de colaboración que se transformó en una necesidad y obligación corrupta.

¡Obviamente creerán que su enemigo es externo! Da igual si es otra nación, una persona, un modelo, un dios o un virus, siempre será más fácil que escarbar en sus propios misterios y demonios.

¿Qué le ocurrió a la humanidad? De pronto se encerraron tras sus muros ficticios, taparon sus rostros, cubrieron sus labios y dejaron de regalar besos. —Te amo, pero de lejos—. Tuvieron que cerrar sus brazos y renunciar al calor de otro ser humano. Dejaron de ofrecer la mano, de escuchar su aliento, con miedo a que el otro les haga daño. ¿Les parece algo novedoso? Quedaron aislados, gélidos, frígidos y, lo más difícil, forzados a estar con ustedes mismos.

Universidad Católica.

Casi que por mandato divino la humanidad ha doblegado la vida en la tierra y en su ambición olvidó verse a sí misma, egoísta y frágil. Confundieron el mensaje. ¿Cuántos hermanos y hermanas han asesinado? Le temen a una enfermedad que difícilmente superará sus genocidios e injusticias. Vieron con asombro y extrañeza el sufrimiento ajeno, pero les pareció intangible e irreal. Les pidieron que renuncien parcialmente a sus libertades, pero primó su hedonismo. Se han visto forzados a refugiarse bajo sus propias cadenas. Verán con terror (en su imaginación) cómo sus padres fallecen y temerán a que sus hijos pasen hambre. ¿Para cuántos seres humanos este calvario ya era parte de su miserable realidad?

Creímos que serían mejores que nosotros.

Estimados pasajeros, próxima detención: Estación Salvador. Este servicio no se detiene en Baquedano. Vacío penetrante. No logro verlos por la ventana. Las ciudades del mundo se vacían poco a poco, pero ya es tarde para muchos, pues los hemos infectado. Ya escogí a varios de ustedes en este viaje.

«Sale la primera estrella en el cielo y empieza el Shabbat de Pésaj, Viernes Santo».

En nuestra egolatría los creamos a imagen y semejanza para que nos sucedan, pero se enfermaron de nuestra debilidad. ¿Cuántas oportunidades más les vamos a dar? Esta podría ser su última cena, remojen bien el pan en vino y beban la amarga sangre que han derramado. Recuperen este paraíso entrando irremediabilmente a la destrucción. Recuerden el destino de los faraones en Egipto y al hijo que nos devolvieron crucificado.

¡Les pedimos perdón!

Debo partir, la primera estrella me llama. Así como le dimos vida al barro con un suspiro, muchos de ustedes perderán el aliento y dejarán de existir. Queridos hijos, esta enfermedad es nuestra última muestra de amor... Ahora depende de ustedes.

Estación Salvador... Precaución con el cierre de puertas.

Corona-Helena 2042

Jesús Todemun

(Aviso del editor: Contenido explícito. Se recomienda discreción).

—Vaya... ¿Es ese realmente tu último cigarro?

—Sí —murmuró Leonard, exhalando lentamente aquel embriagante humo de sus cavidades nasales—. ¿Te lo puedes creer? —cerró, apreciando su cilindro de tabaco.

—Eso debe significar que ya pasaron 2 años, ¿no? —prosiguió Helena, apartándose de su acompañante.

—Eso creo...

—Sabes lo que eso significa, ¿no? —cortó, incómoda.

—Sí —exhaló nuevamente Leonard, apreciando con una creciente melancolía aquella capa de humo que se había formado sobre su cabeza—. Supongo que es momento... ¿Puedes al menos dejar que termine mi cigarro?

—Tú siempre me dejaste acabar primero Leonard —susurró Helena pecaminosamente, apreciando entre el humo del cigarro el escuálido cuerpo de su acompañante—. Pero negocios son negocios —cerró, presionando su pezón y cortando así, de manera abrupta, aquella hermosa simulación.

—*Oh, sí* —resonó, una vez vuelta a la realidad en la cabeza de Helena, junto a un ligero gemido—. *Esa siempre es mi parte favorita.*

—¿Cuándo, después de tantos años, ellos creen que sí llegué a amarlos? —inquirió la fémina, desconectando los puertos de su vagina y columna.

—*Clásico femme fatale* —cerró la voz con un notorio tono de placer.

—Sabes, Alicia..., debo admitir que, de todos los engendros que se llegan a conectar a mis puertos, tú eres tal vez el que menos asco me produce.

—*Me siento halagada, Helena. Después de todo lo que he visto puedo entender que no es solo un simple cumplido, sino que... Un momento* —prosiguió la voz tras unos segundos de extraña pausa—. *¿Estás coqueteando conmigo?*

—Tal vez —susurró Helena, tratando de picar un par de trozos de hielo.

—*Vaya... Entonces tal vez podríamos llevar esto al...*

—Un momento —cortó Helena al recibir una nueva llamada de trabajo—. ¿Sí? —contestó, revisando su agenda, intrigada al notar que no esperaba ninguna llamada en las próximas tres horas y notando además con desagrado que tal vez sería una noche bastante lenta.

—¿Es... este...? ¿Este... es el número de Corona-Helena?

—Vaya, cariño —contestó sorprendida la fémina—, desde los días de la pandemia que no escuchaba ese nombre.

—Sí..., sí..., la verdad..., no pensé que aún tuvieras el mismo número...

—Bueno... El cambio numérico no es algo que todos nos podamos permitir cariño.

—Supongo que ya no haces físicos... ¿O sí?

—Cariño... ¿Has estado viviendo bajo una piedra? Después de la última cepa mutada del COVID ya nadie hace físicos... O al menos nadie con mi situación económica —cerró Helena, vertiendo un poco de whisky barato sobre sus asimétricos trozos de hielo.

—Mu... Muy bien... y... como funciona ahora el...

—Bueno —cortó la fémina—. ¿Supongo que entiendes que ahora todo es virtual?

—Sí..., sí...

—Bien. Entonces, el procedimiento es el estándar: tú pagas el código de arriendo del servidor y luego, dependiendo de tu fantasía, acordamos el precio. Como sabes, el espacio virtual nos permite jugar con las leyes del tiempo y algo que podría ser un simple encuentro casual en línea, no nos tomaría más de un minuto en la vida real.

—Pe... Pero... ¿entonces puedo tomar más de un minuto?

—Por supuesto, cariño. Dime. Te noto nervioso. ¿Es acaso una ruptura?

—Ta... Tal vez...

—Bien. El paquete más común es el de «Olvidémonos de ella».

—¿Olvidémonos de ella?

—Sí, es simple. Nos pasamos de uno a dos años en espacio virtual que puede variar entre los treinta y los sesenta minutos en vida real y te aseguro que, con todo el sexo que tendremos durante ese tiempo, cuando vuelvas a la realidad ya ni recordarás quién fue ella.

—Suena... bi..., bien..., pe..., pero... algo... ¿más?

—¿Más tiempo? —increpó Helena, intrigada, bebiendo un poco de su licor barato—. Vaya cariño... De seguro te debió doler.

—A... Algo... así...

—Claro. Podemos subir la apuesta a cuatro años... u ocho.

—Y... ¿Más tiempo?

—¡¿Más tiempo?! Cariño, ¿por qué no mejor me dices lo que tienes en mente?

—Algo... así... como... unos... cincuenta años...

—¡¿Cincuenta años?! —espetó Helena, un tanto intrigada—. Vaya —prosiguió, calculando las diferencias temporales—. Sí, bueno, tengo un paquete así.

—¿Sí? —increpó el desconocido, con cierto alivio.

—«Vivieron felices para siempre» es, como te podrás dar cuenta, una vida en tiempo virtual de cincuenta años en la cual puedes elegir si envejecer o no, y serían veinticuatro horas en tiempo real. Así que mejor preparas un lugar cómodo, tus pastillas nutritivas y tus batidos energéticos. Porque los necesitarás.

—Bi... Bien... ¡Lo tomo!

—Vaya... Supongo que será divertido —expresó con cierta alegría, tras pensar en el pago, mientras buscaba un espacio libre de esa magnitud en su agenda—. ¿Qué te parece comenzar este miércoles por la noche?

—¿Qué? No, preferiría que fuera ahora mismo.

—¡¿Ahora?! —increpó Helena, con falsa indignación—. Cariño... Llamas..., haces una cita, arriendas el servidor, transfieres el monto y lo pasamos bien. Hay que seguir el protocolo. Todos tenemos una agenda que llevar.

—E..., el doble.... ¡Te pagaré el doble!

—Bueno... Si lo pones de esa manera —prosiguió la fémina alzando los brazos—. Supongo que no habría problemas. Excepto, claro, el arriendo del servidor.

—Lo... Lo tengo cubierto, no te preocupes —aseveró el desconocido.

—Bien. Entonces, tienes mi número. Te enviaré el precio y mientras realizas el depósito... —logró decir Helena, apreciando un instantáneo mensaje en sus cuentas por una cifra que excedía de manera bastante generosa el precio que aún no terminaba de acordar.

—¿Con eso bastará? —pudo escuchar de pronto la fémica, trayéndola nuevamente a la realidad.

—Sí..., claro —murmuró confundida—. Envíame el código del servidor y en cinco minutos estaré ahí.

—Bi... Bien..., ahí estaré —cerró el desconocido, al tiempo que el código llegaba hasta Helena.

—*Vaya... Eso ha sido bastante extraño* —resonó de pronto en la cabeza de la fémica.

—Sí —murmuró Helena, tratando de procesar lo que acababa de ocurrir.

—*¿Puedo estar ahí?*

—Alicia —prosiguió Helena, volviendo a la realidad y buscando algunas bolsas de suero—, es una interacción de veinticuatro horas tiempo real y cincuenta años en tiempo virtual. ¿Sabes el costo de eso?

—*No lo sé... y no me interesa* —acotó la voz—. *Soy una anciana postrada con la mejor pensión que puedes conseguir en este país y sin nada mejor que hacer con su vida. Esto es definitivamente lo más emocionante que me ha sucedido este mes.*

—Tal vez algún día deberías dejar de simplemente mirar siendo invisible desde un rincón y aventurarte a sentir algo nuevo.

—*Es muy dulce de tu parte sugerir algo así querida... Pero ambos sabemos que tal vez no soportaría tu nivel.*

—Tú te lo pierdes, Alicia.

—*Lo sé, querida, pero por ahora... sigo cómoda con mi inofensivo voyerismo.*

—Bien... Pues sabes donde ingresar el depósito a fin de mes. Ahí te va el código —cerró Helena, terminando de acomodar las bolsas de suero e inyectando la aguja en un brazo para posteriormente conectar la terminal nerviosa de su columna y finalmente introducir la terminal carnal por su vagina, cerrar los ojos y desaparecer.

—¿Do... Dónde mierda estoy? —gruñó Helena, tratando de mirar a su alrededor y sintiendo el vaivén del mar.

—Esta es mi simulación favorita —contestó a su lado un corpulento hombre de mediana edad, vestido de un poco elegante traje color marrón.

—Tú debes ser... —murmuró Helena, notando que jamás había escuchado su nombre.

—Alberto —acotó el desconocido—. Creo que nunca te dije mi nombre.

—Es cierto —gruñó Helena tomando asiento—. Y ¿Qué es este lugar? Y... ¿Por qué me duele tanto la cabeza?

—Oh... Eso debe ser un efecto secundario.

—¿Efecto secundario? ¿De qué?

—Bloqueé todos tus accesos y salidas.

—¿Bloqueaste mis accesos?!

—Sí... y, por cierto, cuando noté la presencia de Alicia era demasiado tarde, lo siento.

—¿Alicia?! —preguntó Helena confundida—. ¿Ella está bien? ¿Dónde está?

—Ella está bien o, al menos, está viva. Aunque no tengo la menor idea de dónde podría estar. No solo es invisible, sino que además ingresó muteada.

—Está bien —suspiró Helena presionando su pezón—. He lidiado con fantasías extrañas —prosiguió entre susurros—. Y más de alguno ha descubierto a Alicia. Pero..., de nuevo... ¡¿Qué mierda me pasó?! —increpó notando que el acceso estaba efectivamente bloqueado.

—Como te dije antes, bloqueé tus accesos. No debió ser algo problemático, pero debido a la presencia de Aliciaforcé un poco las cosas... y el sobrecargo te noqueó. Yo diría que llevas durmiendo en este lugar unos 4 años tal vez. De seguro así se debe sentir la gente que despierta de un coma —cerró tomando una cajetilla de cigarros de su bolsillo para retirar uno y ver cómo este se prendía automáticamente y apreciarlo junto al sonido de la playa.

—¡La cajetilla! —exclamó la fémína, al notar el humo.

—Sí ¿Quieres un cigarro? Hace décadas que no veía este tipo de cigarros, y la verdad es que yo nunca he consumido nicotina de ningún tipo, jamás. No tengo la menor idea de por qué cada cierto tiempo saco uno y comienzo a fumar.

—Son... algo así como una cortesía visual en las simulaciones, pero además cumplen la función de cronometrar el tiempo que transcurre. Fumas uno al mes y eso te indica que ya ha pasado un mes. Cuando llegas al último, la simulación se termina al acabar el cigarro.

—Vaya... Eso es ingenioso.

—Sí, lo que digas —cortó Helena—. Ahora busca la cajetilla, aplástala y esta se convertirá en un cigarro.

—¿Puedo fumar voluntariamente?

—Solo si haces eso. Si el cliente se siente satisfecho, puede realizar esa interacción para obtener el cigarro final y salir de la simulación.

—Oh, ya veo... Entonces eso nos sacaría de aquí.

—¡Sí! —exclamó Helena, aliviada.

—Pues entonces no lo haré.

—¡¿Qué?! ¡¿Me estás...?! —

—Tranquila —cortó Alberto—. Créeme..., es por tu bien.

—¡¿Por mi bien?! ¡¿De qué mierda estás hablando?! —

—¿Sientes algún tipo de zumbido en tus oídos?

—Sí —murmuró Helena, notando con mayor claridad aquel extraño zumbido.

—Pues eso es una descarga.

—¿Una descarga? ¿De qué estás hablando? Yo conecto mis puertos directo a mi espina y vagina.

—Sí... Eso no me lo esperaba, pero tuve tiempo de sobra aquí dentro para programar de alguna manera la descarga. Además, ya estábamos encerrados aquí.

—Espera un momento —cortó Helena confundida—. Si no hay puertos directos a mi cerebro, ¿cómo es posible que realices una descarga?

—No fue simple, pero te aseguro que sí bastante ingenioso.

—¡No me interesa si fue o no ingenioso!

—Bueno, tranquila —prosiguió Alberto, encogiendo los hombros—. Verás, la conexión que tienes en tu vagina es de un modelo que se utiliza para realizar inseminaciones caseras y monitorear el desarrollo del feto.

—Sí, pero la mía fue modificada para la intensificación del placer. Además, no sé si lo sabías, pero para inseminar requieres un esperma saludable y la mía no está cargada con ninguno.

—Cierto. Sin embargo, a pesar de las modificaciones realizadas, su código base jamás fue removido, así que utilice eso para poder ingresar la información.

—Está bien... Detente un segundo. Quiero aclarar dos cosas. La primera... Veo que estás algo perdido de cómo funciona el cuerpo de una mujer, por lo que debo decírtelo, pero el clítoris

sí existe amigo mío y, segundo, el cerebro de una mujer a diferencia de el de ustedes, no está conectado a su aparato reproductor.

—Bueno... Primero, por supuesto que sé que el clítoris existe —gruñó Alberto pensativo—. Y, segundo, no necesitábamos una inseminación completa, solo utilicé tus conexiones nerviosas para obtener una respuesta natural de tu cuerpo y así crear un falso embarazo. Una vez logrado que tu cuerpo respondiera de manera correcta, el inseminador ingresó algunos de los componentes de fábrica para la alteración del cigoto y, mezclado con un ovulo fértil, creamos un...

—Detente ahí —cortó Helena, al borde del pánico—. Hijo de la grandísima perra —gruñó asqueada—. Y dime que no hiciste lo que estas insinuando... ¡Dime por lo más sagrado que existe que no me embarazaste!

—No es precisamente un embarazo. O, al menos, no es humano lo que está creciendo ahí.

—¿¿No es humano?! ¿¿Qué mierda está creciendo en mi cuerpo en este momento?!

—Según el programa, lo que allí está creciendo es una especie de cerebro con corazón bajo una capa de piel y cartílagos...

—¿¿Una qué?!

—Bueno... Tienes razón. Ahora que lo digo en voz alta suena bastante asqueroso.

—¡Hijo de perra! ¡Dónde sea que estés, te voy a encontrar y te voy a matar!

—Sí, bueno... Eso no saldrá muy bien.

—No eres el primer hijo de puta con un mínimo de seguridad personal al que me cargo, Alberto.

—¿Qué? —preguntó Alberto entre risas—. No... No es nada de eso... Pero para cuando salgamos de esta simulación, muy posiblemente yo ya estaré muerto.

—¿¿Qué?!

—Sí... Siento mucho meterte en este lío, pero era tal vez la única manera de terminar con esto.

—¿Terminar con esto? Alberto, ¿de qué mierda estás hablando?

—Bueno... Aún nos quedan un par de décadas aquí... Tal vez podría explicártelo.

—¿¿Tal vez?! —cortó Helena llena de ira—. ¡Lo mínimo que me debes es una explicación, hijo de perra!

—Está bien..., está bien. Desde el comienzo...

—Entonces —murmuró Helena a los pies de Alberto, mientras este despertaba luego de días de absoluto silencio—. Déjame ver si lo entendí...

—Adelante. Te escucho —susurró Alberto apreciando el amanecer.

—El letal virus que apareció el 2019... El que mermó a gran parte de la población... El que me dejó en la calle después de llevarse a toda mi familia y el que me arrastró desde los catorce años a tratar de ganarme la vida como fuera posible... Realmente como decía el loco de mi hermano... No fue más que un virus creado para mantener a la población bajo control, que se les escapó de las manos más rápido de lo que esperaban...

—En términos sencillos... Sí.

—Entonces..., las siguientes cepas del virus... no fueron otros más que los mismos gobiernos buscando no perder el control de la población.

—Bueno... Las siguientes dos cepas fue solo el virus volviéndose más resistente. La cura fue encontrada luego de eso. De ahí en adelante, fue la intervención de los gobiernos.

—Y lo que está creciendo en mi vientre —prosiguió Helena, aún conmocionada—, es un cerebro lleno de toda esta detallada información, más décadas de investigación de diferentes científicos, tú incluido, claro..., con suficiente evidencia para hundir a los gobiernos mundiales e inmunizar de manera definitiva a la población al virus mismo y todas sus posibles variantes.

—Todos sabemos que los gobiernos encontrarán eventualmente la manera de retomar el control... Pero el caos que esa información traerá consigo... definitivamente nos ganará algo de tiempo para la población.

—Alberto —prosiguió Helena, entre sollozos luego de algunos minutos de silencio—. ¿Por qué yo?

—Hace años conocí a este tipo... Alto, delgado, de ojos azules, cabello negro... Carlos, creo recordar que se...

—Sí —cortó Helena incómoda—. Lo recuerdo.

—Según lo que dijo..., había sido cliente regular tuyo... en... tus inicios...

—Era solo una niña en ese tiempo —murmuró la fémina, cada vez más incómoda.

—Sí... Su empresa trabaja cargando insumos para la nuestra... Habíamos cerrado un trato al parecer bastante favorable para él..., por lo que realizó una especie de celebración. En algún punto se pasó de copas..., me comenzó a hablar de su vida sexual..., comenzó a recomendarme... Bueno... Trabaja...

—Putas, Alberto —incredó Helena—. Dilo... Somos putas.

—Sí —prosiguió Alberto aclarando su garganta—. Putas... Sin embargo, no era algo que me interesara en aquel entonces, algo que a él pareció no gustarle... Y, poco a poco, en su insistencia comenzó a contarme más y más historias hasta que llegó a la tuya... Me contó sobre tu familia..., sobre tu vida... y, bueno..., todo lo que supongo él podía recordar... No sé realmente por qué... Pero algo en tu historia captó mi atención... Claro... Él lo notó y en algún momento me entregó tu tarjeta virtual... Después de eso..., no recuerdo volver a verlo... Cuando nos involucramos en esto no sabíamos realmente lo que estábamos haciendo... Fue tras la primera muerte que notamos que algo no estaba bien... Comenzamos a trabajar más, a reunir más información... y mientras más cerca estábamos de una cura... menos de nosotros quedaban... Hace una semana, finalmente dimos con los resultados óptimos que tanto buscábamos... Dimos... con la cura... De algún modo, ellos se enteraron, por supuesto ... Entonces..., hace dos noches —expresó, nervioso y alicaído— ingresaron a una de nuestras oficinas y destruyeron todo... Luego..., uno por uno, en las siguientes horas acabaron con lo que quedaban... Sin embargo..., como póliza de seguridad, todos almacenamos la información en nuestros cerebros hace algunos días... Como te darás cuenta..., el mío es el único que aún tiene la información... Sabía que vendrían por mí..., sabía que esto había terminado... Necesitaba darle esto a alguien, pero alguien fuera..., ellos lo sabrían... Debía ser alguien fuera de sus registros... ¡Fuera de los míos! Alguien que pudiera hacer algo verdaderamente útil con esta información... Alguien con tanto odio por este virus como nosotros... Y en ese momento..., no sé realmente por qué..., pero recordé tu historia. No fue fácil ubicarte y menos aún contactarte desde alguna terminal limpia... Pero lo logré... No sabía si aceptarías, pero era mi última oportunidad. Supuse que el dinero que te envié haría la diferencia... y, bueno..., aquí estamos.

—He pasado años tratando de recuperarme y hacer mi propia vida, Alberto. Años buscando paz. Años tratando de olvidar. Años —cerró Helena, explotando en llanto mientras abandonaba aquella cálida habitación.

—Entonces, ¿cómo debe estar ahora?
—Bueno... Si no me equivoco aquí han pasado unos treinta años ¿no?
—Es probable —murmuró Helena melancólica, tomando asiento junto a Alberto para apreciar el atardecer.
—El crecimiento debía ser acelerado. Lo primero que de seguro se formó de manera completa fue el corazón que mantiene viva a la criatura, mientras el cerebro se va formando a medida que la información es descargada, así que por ahora es posible que sea una pequeña masa palpitante con un cerebro en desarrollo.
—¿Y cómo me veré yo?
—Piensa que es como una cabeza viva. No se debería notar más que un embarazo de dos... O, tal vez, tres meses.
—Ya veo...
—¿Algo te preocupa?
—He estado pensando. Comprendo lo que debo hacer. Comprendo por qué. Pero... ¿Cómo se supone que lo haré?
—¿A qué te refieres?
—La información. Toda la información estará dentro de esa cosa..., pero... esa cosa, estará dentro de mí. ¿Cómo se supone que sacaremos la información de ahí?
—La verdad, Helena...
—Oh, no —murmuró la fémica, tomando su cabeza—. Creí que a esta altura ya no habría más sorpresas.
—Bueno —prosiguió Alberto entre risas—. El cerebro que crece dentro de tu vientre tiene toda la información de mi cerebro... Por lo tanto, en parte será un poco... yo...
—¿A qué te refieres?
—Para evitar un colapso nervioso, parte de mí se aloja en ese cerebro sabiendo lo que ocurre, con el fin de preservar de la mejor manera la información.
—Vaya... Estoy segura de que ahora que lo has dicho en voz alta debes pensar que eso suena peor de lo que creías.
—Pues..., un poco... Estuve practicando cómo decírtelo...
—Tuviste treinta años para hacerlo.
—No eres una mujer fácil de complacer, Helena...
—Eso me solían decir —murmuró la fémica—. Entonces, la cabeza estará viva y consciente.
—Sí...
—¿Y? Aún no me dices cómo sacaran la información de mi cuerpo.
—Bueno... Supongo que eso dependerá de ti.
—Vaya mierda —gruñó Helena levantándose.
—Supongo —murmuró Alberto— que nuevamente desaparecerás por algunos días, ¿no?
—Esa cosa —contestó la fémica—, ¿sabrá sobre lo que paso aquí?
—Lo suficiente para confiar en ti. Pero ese será el último cúmulo de información que se descargue en él.
—Lo preparas para morir, pero le das una vida feliz que jamás podrá vivir.
—Que te puedo decir, Helena... Creo que soy un romántico.
—Adiós, Alberto.
—Adiós, Helena...

—¿Ansiosa?
—Un poco.
—En cualquier momento, el último cigarro aparecerá.
—El último dura menos que los demás. ¿Algunas últimas palabras?
—Creo... que no tengo mucho más para decir, la verdad. Estas últimas décadas han sido de todo un poco —murmuró Alberto, mientras inconscientemente sacaba la cajetilla y tomaba el último cigarro en ella—. Y creo que todo lo que se pudo decir..., ya se dijo —prosiguió al tiempo que el cilindro se encendía y el humo comenzaba a llenar la habitación.
—Antes de despedirnos...
—¿Sí?
—Creo que hiciste lo correcto, Alberto.
—Gracias. —Se pudo escuchar por última vez en aquella hermosa simulación mientras todo se desvanecía junto a aquella vasta capa de humo.
—*¡A la mierda!* —escuchó de manera inmediata Helena resonar en su cabeza mientras poco a poco recobraba el sentido de la orientación.
—Me alegra saber que sigues viva, Alicia —murmuró la fémina, posando suavemente una mano sobre su vientre, sintiendo el cansancio físico producto de la gestación acelerada.
—*¡¿Viva?! ¡¿Qué mierda acaba de ocurrir?!*
—Si estuviste en el mismo lugar que yo estos últimos cincuenta años virtuales... sabes muy bien qué fue lo que sucedió —prosiguió, sintiendo el calor proveniente de su vientre junto a una intensa fatiga.
—*¡Claro que sí! Y debo decir..., me alegro haber entrado en esa simulación. Jamás pensé que vería algo tan espectacular.*
—Vaya... Me alegro de que lo disfrutaras. Y yo que pensaba no cobrarte.

—¿Algo?
—*Nada.*
—Vaya... Esto será un problema, Alicia.
—¿*Tú crees?*
—Claro... ¿Ahora quién me pagará lo de este mes? —prosiguió Helena entre risas, mientras terminaba de prepararse.
—*Pensé que Alberto te había dado suficiente para jubilarte.*
—Claro, pero sabes las reglas, vaquera... Si no pagas...
—*No montas... Lo sé. Lo sé* —resonó en la cabeza de Helena, con malestar.
—Bueno... Espero que estés lista para lo que viene.
—*Sí... Aunque antes de partir..., ya que estoy atrapada en tu cabeza..., ¿me dejarás finalmente ver y escuchar a través de ti?*
—Bueno... Esta será tu última gran aventura. No veo cuál es el problema —murmuró Helena reconfigurando el alojamiento de Alicia dentro de sus circuitos cerebrales—. Aunque ahora eres libre de elegir una nueva vida.
—*Sí, sí..., lo sé, querida mía* —cortó Alicia, viendo por primera vez a través de los ojos de Helena—. *Ahora que mi cuerpo ha pasado a mejor vida y que por obra y gracia de Alberto he quedado atrapada aquí, me podrías descargar en cualquier lugar.*
—¿Y por qué no hacerlo?

—*Descargarme en un ordenador no tendría sentido... Viviría igual de atrapada.*
—Los androides son una opción bastante fresca —acotó Helena.
—*Lo sé, querida... Pero ya no estoy para esos trotes. Además..., sería igual de inútil que en mi antiguo cuerpo..., solo que con más movimiento.*
—Bueno... Es tu decisión.
—*Lo sé, querida* —susurró Alicia.
—Si te sirve de algo —prosiguió Helena tomando sus armas—, me alegra que me acompañes en esta misión suicida.
—*Gracias.*

—Bien... El camino hasta acá ha sido sencillo —murmuró Helena, ingresando en una derruida iglesia.
—*Pobre gente* —acotó Alicia, apreciando docenas de vagabundos de edad similar a la de Helena, hombres en su mayoría, sentados frente a la tortuosa representación humana de su creencia.
—Muchos de ellos son como yo...
—*¿Como tú?*
—Huérfanos del COVID.
—*Ya veo* —murmuró Alicia, notando a un alicaído hombre salir de una habitación contigua al altar.
—¿Helena? —incredó el hombre con una agotada sonrisa en su rostro al ver la figura de la fémina.
—Padre José —susurró Helena nerviosa alzando una mano.
—*Vaya... Creo que nunca te había visto nerviosa frente a un hombre, Helena...*
—Helena —reiteró el clérigo, acercándose a Helena—. No te veía desde...
—Desde hace mucho —cortó Helena tratando de mantener la calma.
—*Oh, no...*
—Sí... Desde hace mucho —murmuró el aparente hombre de fe—. Y dime —prosiguió, invitando a Helena a tomar asiento—, ¿qué te trae por aquí?
—Es... complicado —murmuró la fémina, acariciando su barriga.
—*No puede ser...*
—Ya veo... Necesitas uno de... esos —acotó José acariciando su barba, pensativo—. Aún tengo un par de contactos que podrían ayudarte... Pero pensé que tú no hacías físicos.
—*¡Él era tu amante!*
—No..., no es eso, padre...
—¿No? Fue acaso..., ¿sin consentimiento?
—Se podría decir que sí —contestó Helena entre risas melancólicas—. Pero como dije..., es... complicado.
—*¡Y vaya que lo es!*
—Ya veo... Entonces tal vez deberíamos pasar a mi despacho...
—Creo... que sería lo mejor...

—Entonces —murmuró José, sirviendo un poco de vino—, déjame ver si lo entendí bien —prosiguió bebiendo todo el contenido de la copa—. Un desconocido forzó tu cuerpo para gestar algo así como una cabeza sin cuerpo, pero con corazón y cerebro, que además es consciente de sí misma, para descargar décadas de evidencia que incriminan a los gobiernos del mundo sobre la pandemia que mermó la sociedad y una supuesta cura que inmuniza el cuerpo para posibles nuevas cepas —expresó, tratando de tomar aire nuevamente antes de proseguir—. Y, además, hay una señora de ochentaisiete años atrapada en tu cabeza que puede ver y escuchar todo lo que haces y grita cada cierto tiempo como si todo esto fuera una teleserie.

—Sí... Es, básicamente, eso —acotó Helena encogiendo los hombros.

—*Lo entendió bastante rápido.*

—Bueno..., es bastante información que procesar..., pero creo que entiendo lo suficiente... y necesitas mi ayuda ahora más que nunca.

—Además llevas años esperando una oportunidad así —murmuró Helena—. No juegues el papel de santo conmigo, José. Yo cagaba en tu pecho.

—*Una cagada santificada... ¡Amén!*

—Por favor, Helena... Estamos en la casa de Dios —prosiguió el padre con ironía—. Bueno... Creo que lo primero es sacar esa cosa de ti.

—No aún. Puede sobrevivir lo suficiente por sí sola, pero no debemos retirarla hasta que sea necesario.

—¿Y eso cuándo sería?

—Cuando debamos extraer la información.

—Podemos usar los sistemas del subsuelo.

—¿Cuáles sistemas?

—Bueno... Algunos años después de tu partida comenzamos a crear un grupo organizado para derribar algunas corporaciones. La red que provee la iglesia y los servidores son de última generación.

—Un segundo... Mira..., no quiero cuestionar la naturaleza del equipo, pero...

—¿Cómo lo obtuve? Simple. El Vaticano necesitaba limpiar su imagen y, con la llegada del sexo virtual, se les dio a los hombres de la Iglesia las comodidades necesarias para que dejaran de abusar de los menores. Solo tuve que decir que me gustaban los menores de edad y el equipo llegó.

—Tampoco es como que hubieras mentido.

—Helena..., tú ya eras una mujer bastante consciente de tus acciones.

—Sí, sí —cortó la fémina—, lo que digas... Lo importante es que tenemos el equipo necesario.

—Sí. Ahora solo debemos extraer la información y hacer caer a los gobiernos —expresó José con satisfacción.

—Es un buen comienzo..., pero existe un solo problema... Cuando la información comience a circular, ellos vendrán por nosotros.

—Lo sé, mi fiel Helena.

—Odio que me llames así —gruñó la fémina.

—*Ya veo por qué te fuiste, querida...*

—No tienes idea, Alicia —susurró Helena alzando los hombros.

—Mis disculpas..., pero como te decía..., no te preocupes..., estamos cubiertos..., llevo años preparándome para este momento.

—¿Cómo?

—Como bien sabes, con los años centenares de huérfanos del COVID han recurrido a esta iglesia por ayuda... Se han vuelto fieles creyentes y darían su vida por la causa... Algunos incluso hacen mejores donativos que otros.

—Está bien, José —cortó Helena—. Sé que traficas información... Solo quiero saber cómo se supone que nos protegeremos.

—El subsuelo es también un almacén de armas y coca...

—¿Ahora traficas coca también?

—No, esa es para mí —contestó José, alzando los hombros mientras abría su relicario, lo acercaba a su nariz y aspiraba con fuerza.

—*Vaya... Tal vez debí consumir más drogas mientras pude.*

—Bien... Entonces tenemos cómo extraer la información, dónde procesarla y cómo defendernos... Llegó el momento de la acción.

—Cómo desearías que me cagaras en el pecho en este momento —expresó José, con un suave gemido, mientras se acariciaba la entrepierna.

—José, si me sacas viva de esta..., te cagare donde quieras.

—Entonces ya tienes tu revolución, nena —espetó José, girando la cabeza de un cristo en su pared y revelando así un camino secreto hacia el subsuelo—. Abajo estarás segura. Yo haré algunas llamadas y reuniré a los fieles... Arderán los pecadores —cerró, retirándose de la habitación.

—Bien —susurró Helena—, esto es todo, Alicia. Esta aventura duró menos de lo que esperaba... Lo siguiente..., no lo sé... Lo siguiente es otra historia

—*¡Oh no!* —gritó Alicia—. *Esto no ha terminado... Solo está comenzando...*

Visión

Andrea Prado

—Y, bueno... Aquí estoy, esperando al comandante. Siempre me toca este turno. Creo que voy a pedir un cambio. O tendré que dejar de tomar tan seguido. Esta jaqueca me va a matar.

—Galleguillos, ya, deje de quejarse y tome una sal de fruta —dijo riendo el comandante, al entrar a la sala.

—Sí, señor. Pero no tengo. —Se buscó en los bolsillos.

—Tome. Aquí tiene. —El comandante le tiró la sal de fruta.

—Gracias —respondió el teniente.

—Bien, Galleguillos, ¿a dónde nos toca partir esta maravillosa mañana?

—Debemos ir a una de las lunas de Júpiter. A llevar suministros médicos, Señor.

—¿Ah? A ver, infórmeme. ¿Por qué debemos ir para allá? —El superior se sentó en el puente de mando, esperando el detalle de la misión de ese día.

—Pues bien, según las ordenes desde el Ministerio, indican que debemos llevar insumos al hospital que se encuentra en Ganímedes. Como sabe usted, comandante, ese lugar es terreno de disputa en la Federación. No todos los miembros están de acuerdo con haber instalado un hospital en esa luna, aunque todos estamos de acuerdo en que es necesario, ya que se encuentra cerca de la minera y hay trabajadores que requieren de chequeos frecuentemente.

Así, se remontaron a los cielos en la nave y partieron a Ganímedes. Sin embargo, el comandante no se sentía muy cómodo yendo a su destino. Era esa sensación de que algo sucedía, pero no sabía qué.

Finalmente llegaron a la luna de Júpiter. Tomando el mando, el comandante instruyó que bajaran los insumos para ser entregados al director del hospital. El sargento López se disponía a bajar cuando una señal desde el despacho del director les llamó la atención.

—Buenos días, comandante.

—Buenos días, director. Dígame, ¿qué pasa? —dijo, con desgano.

—Pues, lo siguiente. Tendremos que estar en cuarentena por un tiempo. Eso incluye a su tripulación.

El comandante miró al teniente Galleguillos.

—No entiendo —dijo—. ¿Por qué mis superiores no me dijeron nada?

—Porque ellos no saben que tenemos una epidemia acá. Además, si les hubiéramos avisado, no nos hubiesen enviado los insumos.

—¡Típico! —exclamó el comandante—. Ante esto, ¿qué se supone que hagamos, director? Comprenderá que debo alertar a mi superior respecto a por qué no podemos regresar.

—Sí, lo sé. Por lo mismo, necesito que me manden los insumos que pedimos con uno de sus robots, así evitamos cualquier contacto.

—¿Me podría decir y explicar qué sucedió exactamente, doctor González? —El comandante tenía cara de malas pulgas a estas alturas y miraba con enfado a su interlocutor por la pantalla.

—Lo que pasa es que aún no sabemos muy bien qué pasó.

—¿Cómo que no sabe? —dijo el militar levantando una ceja.

—Bueno, lo que sabemos es que una cepa de un virus, que hace años provocó la muerte de muchos humanos en la Tierra, volvió a aparecer.

—¿Cuál virus?

—El Covid-19...

—Pero creía que ese virus se había controlado en el año 2025. De eso ya han pasado casi trescientos quince años. No me va a decir doctor... que ¿brotó de nuevo y está aquí?

—La verdad, comandante, hace un par de semanas uno de mis asistentes volvió de sus vacaciones en la Tierra. Estaba un poco resfriado, pero no lo tomó tan en serio. Como todos nos vacunamos, según protocolo, él siguió trabajando. Pero al empeorar, tuvimos que aislarlo.

—¿Cómo empeoró?

—Pues, es una cepa más agresiva. A los síntomas de fiebre alta y problemas respiratorios, añádele hemorragias internas. Tratamos de controlarla, pero fue imposible. Finalmente falleció. Hicimos un análisis y el informe arrojó que el material genético del virus correspondía al del COVID-19.

—¡Rayos! —exclamó el militar—, ¿avisaron a sus familiares?

—Sí, lo hicimos. A una hermana. Era su única familia.

—Pero ¿supo dónde estuvo de vacaciones? Pues, seguramente, en ese lugar debe estar el foco de infección.

—Le pregunté a su pariente y me indicó que habían pasado unos días en su pueblo, acampando.

—¿Pero esa persona está bien? —dijo el comandante.

—Eso es lo interesante. Ella no tuvo síntomas.

—O sea, es portadora.

—Sí, podría ser. Pero le he pedido que me enviara una muestra de su sangre, para revisar. Por eso necesito los insumos que me enviaron, que dentro de ellos viene el encargo.

El comandante ordenó que entregaran los insumos médicos y otras cosas, a través del robot, al personal del hospital. Sin embargo, temía que esa peste se hubiese propagado tanto en la Tierra como en ese lugar.

Una vez realizadas las gestiones, el comandante pidió al alférez que lo comunicara con el director del hospital. Ante tal situación, suponía que tendrían que quedarse unos días, para realizarse el test correspondiente y, a su vez, ver que ninguno de ellos estuviese infectado.

Galleguillos estaba preocupado. Recordaba las historias de la pandemia COVID-19 que le contaba su abuelo. Historias que él había oído a su vez de su abuela...

—Señor Wenliang, ¿podría poner atención y dejar de dormir en clases? —le decía el profesor de ciencias.

—La verdad, no estaba durmiendo, profesor. Solo estaba teniendo una visión del futuro.

El fin de Bueninides

Aarón Szewkis Alvo

Como de costumbre, el día septuagésimo quinto del séptimo mes, Pilmaikenides se presentó en el templo de Kaulle a la espera de que descendiera. SARS-CoV-1, la segunda estrella más cercana a Bueninides, se encumbraba en el cielo y MERS, su principal luminaria, se escondía tras los montes de Cayurrukiles, anunciando el final de la jornada. La brisa húmeda que viajó desde el océano llegaba a empapar la toga dorada del rey, que temblaba incesantemente mucho antes de salir de su residencia. La sogá que sentía en la garganta le hacía prever lo peor. Sabía muy bien que había comprometido a toda su gente, pero nunca imaginó hasta qué punto llegaría la ira de los extrabueninides. No alcanzó siquiera a pensarlo, cuando vio aterrizar a pocas leguas la nave esférica. Covid, el cobrador, le hizo amablemente la misma pregunta de siempre:

—¿Tienes la paga?

—Aquí tienes un adelanto —le dijo Pilmaikenides mientras extendía la bolsa.

Covid no dio señales de enojo alguno y le respondió:

—Los adelantos debieron haber sido antes. Hoy tienes que pagar todo o bien sufrirás las consecuencias.

Pilmaikenides tragó saliva, le juró que devolvería hasta el último Cuark en la próxima visita, y rogó para que no los castigara.

Covid, quién a simple vista parecía un ser benevolente, le hizo una pregunta inusitada:

—¿Qué traes bajo el brazo?

Pilmaikenides asustado le extendió su diario.

Covid, extrañado, le dijo:

—¿Qué es esto?, ¿para qué sirve?

El rey le respondió, extrañado también:

—Pues en los libros escribimos y dejamos constancia de nuestra historia, así como de nuestros recuerdos. Verás, la mente de los bueninides es extremadamente privilegiada. Tenemos grandes pensadores, científicos, astrólogos y oradores de primer nivel. Sin embargo, la memoria es nuestro talón de Aquiles, y debemos dejar constancia de prácticamente todo lo que pensamos porque, en lo que termina el mes, lo olvidamos. Por eso, no existe hombre o mujer que no tenga en casa una gran biblioteca con cuadernos de sus propios recuerdos, y otra con las grandes obras del conocimiento bueninidense. Cada inicio de mes, releemos nuestra memoria y recordamos quiénes somos, a qué nos dedicamos, entendemos nuestro pasado y proyectamos nuestro futuro. Sin la escritura, no seríamos más que amnesia y olvido.

Covid, impresionado, le dijo a Pilmaikenides que se olvidara de la deuda.

—Con esto que me has enseñado me doy por pagado. —Y con una maliciosa mirada le devolvió su diario. Acto seguido, subió a su esfera intergaláctica y se fue.

Pilmaikenides no entendió lo sucedido. Tomó su cuaderno y emprendió el camino de regreso a la ciudad, dubitativo. Tenía muy claro que algo no andaba bien, pero no lograba comprender a cabalidad qué había pasado. Bien sabía que los foráneos eran seres adictos al dinero y vengativos por naturaleza, por lo que no cuadraba que una hojeada a su cuaderno despertara tanta bondad de su parte. Despistado y ensimismado en sus pensamientos, cayó de bruces cuando

bajaba los últimos peldaños, antes de entrar por la puerta oriental de la ciudad. El guardián de la muralla se apresuró a recoger al rey y le devolvió su libro, que había quedado entreabierto en el suelo. Pilmaikenides, enojado, volvió en sí y prosiguió su camino a casa. En el trayecto intercambió palabras con Riñihuimes, un gran juez de la corte, y se dio la mano con Geodesio, profesor de filosofía de sus hijos, quien siempre iba con sus libros bajo los brazos. Se acostó en su catre y, previo a caer en un sueño abrasador, escribió lo sucedido con Covid en su libreta, ya que en dos días olvidaría todo nuevamente.

—Porque, me parece, los hombres no han llegado aún en manera alguna a sentir en sí la potencia del Amor, que de haberla sent... —calló, tragó saliva y atinó a decir—: P-p-p-perdón, sss-se me nubló la, la vista, c-c-co-comenzaré desde el u-último punto. —Deslizó su dedo índice tembloroso sobre el texto y volvió a recitar—: Porque, me parece, los hombres no han llegado aún en manera alguna a se...

Rojo de vergüenza y con sus ojos desorbitados, sin dar cabida a lo que sucedía, Geodesio cerró el texto y bajó del estrado. Salió del salón hecho una furia por las habladurías que generaría en toda la urbe su tartamudez. No dejaba de pensar en los seiscientos oídos que habían escuchado al gran Geodesio trabarse en medio de su lectura e imaginaba las trescientas lenguas que articularían los rumores más diversos sobre su trastabilleo en plena cátedra de filosofía. Su blanca toga se empolvaba a medida que caminaba velozmente por el maicillo que recubría las calles, semejando lo que sucedía a cada segundo con su honra. Sin embargo, sus cavilaciones iban un paso más adelante. Sentía que su vida como profesor de filosofía había concluido y, la verdad, es que así sería, pero definitivamente no por tropezar con una o dos palabras del *Banquete* de Platón.

Al llegar a la casa de Eurasio, un hipocrático de renombre al cual acudían reyes y magistrados, Geodesio, con su libro bajo el brazo, le comentó lo sucedido. Estaba extremadamente preocupado por la posibilidad de estar cursando una apoplejía y temía no poder volver a enseñar. Dicho esto, apoyó su libro sobre una pila de cuadernos de medicina, y se dejó caer sobre el catre para que lo examinara el galeno. Luego de una serie de pruebas, y tras haber leído cabalmente un texto que Eurasio le mostró, este le aseguró que se encontraba en perfecto estado de salud.

Apesadumbrado y sin entender a cabalidad lo sucedido, ya que Geodesio jamás había trastabillado en un discurso, mucho menos en una lectura sencilla como aquella, y siendo él conocido por todos en la ciudad por ostentar el puesto del mejor orador de Bueninides, tomó su libro y partió a la biblioteca en busca de explicaciones. La determinación de Eurasio no lo dejaba tranquilo; estaba seguro de que padecía una enfermedad. Un libro tras otro pasó por su escritorio y luego de tres horas de cavilaciones no logró deducir absolutamente nada. Parecía ser que el médico estaba en lo correcto. Tomó sus cosas, dejó cada ejemplar consultado en su estante respectivo y se fue. Deambuló por toda la ciudad con la cabeza gacha por el oprobio que sentía. El gran Geodesio no se equivoca, pensaba angustiado, menos ante una multitud de estudiantes que nada saben sobre filosofía y agotan sus energías en habladurías infundadas. ¡Oh, Dioses! ¿Qué falta os he hecho para ser castigado con tan espantoso escarmiento? ¿Es que merezco ser el hazmerreír de toda la ciudad? Y una vez elucubrados tales cuestionamientos, decidió no anotar lo sucedido y confiar en que su error no sería recordado en dos días más, cuando cambiaran de mes.

A la mañana siguiente despertó a la hora acostumbrada, pero no salió de su cama hasta que se sintió preparado para enfrentar la burla pública; difícil tarea para un narciso como él. Estaba terminando de ajustarse la sotana cuando uno de sus alumnos se abalanzó sobre la ventana de su morada:

—¡No queda nada Maestro! —le gritó con cara de horror—. ¡Los textos! —jadeaba—. ¡Se borraron!

—¿Qué textos? —le preguntó Geodesio dubitativo, sin entender por qué no se burlaba de su error de ayer.

—Maestro, los libros de la biblioteca, extrañamente, fueron borrados por completo y no queda ni rastro de letra.

—¿Qué dices? —espetó Geodesio.

—Lo que escuchó, profesor, ya no queda nada más que páginas en blanco en la biblioteca de la ciudad —concluyó el estudiante.

Geodesio se puso a correr con su alumno sin comprender todavía a cabalidad lo que sucedía. ¿Cómo podía ser que los libros se borraran durante la noche? Jamás había escuchado tamaña estupidez, pensaba el retórico. ¿No será quizás una broma para hacerlo pasar un momento extremadamente desagradable por lo acaecido la noche anterior?

Independientemente y, al igual que su mente, sus piernas estaban trabajando a máxima potencia, lo que les permitió a ambos llegar en breves minutos a la casa de estudios.

La escena que se presentó ante sus ojos quedó grabada en su retina durante todo el día, y definitivamente hubiese quedado consignada en sus cuadernos de no haber sido por la debacle. Cremaster y Platismo, dos grandes estudiosos de la ciudad, se encontraban con todo su séquito de estudiantes sollozando en las escaleras de entrada al edificio. Muchos de ellos batían con vehemencia diferentes libros, papiros y tablillas de piedra, con el afán de dejar en evidencia (por si aún no lo habían notado) que todos los textos de la casa de estudio habían sido borrados. Las lágrimas de los discípulos de Cremaster humedecieron las hojas que previamente habían contenido todos los conocimientos de la metrópoli, su cultura, religión, creencias, enseñanzas, recetas de cocina, astrología, filosofía y guerra. Platismo, quien siempre fue catalogado como un hombre fuerte, se la pasaba lamentándose con los ojos humedecidos, a un tris de soltar la primera gota salada. Las togas de todos los estudiosos estaban embadurnadas por el barro que formaron las secreciones lacrimales con el maicillo. Ni luego de una batalla, cuando se han perdido cientos de vidas, se había visto un escenario como este y, por lo mismo, Geodesio quedó casi cinco minutos estupefacto, contemplando la situación. Sus aprensiones por lo sucedido el día de ayer quedaron enterradas muy profundo en el momento en que su cerebro comenzó a analizar la situación apocalíptica que se presentaba ante sus narices.

Se acercó a Glótico, quien con su timbre de gallo lo saludó entre suspiros y le extendió lo que antes había sido la apología del gran Etoricoxides. Geodesio no daba cabida a lo que veía. Ningún grafema se había salvado y el compaginado, cual cuaderno nuevo, estaba impoluto. Lo revisó de cabo a rabo; nada, absolutamente nada.

Entró espantado a la biblioteca, buscando en los anaqueles las obras más emblemáticas, en un intento fútil de resguardar el conocimiento de la urbe. *La Odisea* de Prestaticus, la mitología antigua escrita por Bandurricus, *La Filosofía* de Coximetres, las virtudes de Koternisia, los viajes de Elistra, la batalla de Paskudenia, el interrogatorio a Agniestides, y la música de Nataléxices. Todo se había perdido, y ni siquiera logró hallar el encuadernado porque se había borrado incluso la caligrafía de los lomos de los textos.

Envuelto en una desesperación sin igual, Geodesio dio un grito de terror que estremeció las paredes de la construcción. Su mente estaba en blanco, no entendía nada. Salió por la puerta trasera de la biblioteca, como quien realiza una tarea sin motivación alguna, y enfiló hacia su casa dispuesto a buscar la causa de toda esta tragedia.

En el camino, mientras pasaba por el callejón Illihuesis, se vio cubierto por una lluvia de cuadernos en blanco que eran arrojados desde las casas de todos los bueninides, junto con sus alaridos despavoridos, lo que provocó en Geodesio una gran angustia, haciéndolo apurar el paso.

Al llegar a casa revisó inmediatamente todos sus libros como quien ha perdido algo y no logra encontrarlo en ninguna parte. Abría y cerraba sus textos, los lanzaba al suelo, revisaba el siguiente y no encontraba absolutamente nada. Todo lo que había sucedido el día de ayer ya no figuraba en ninguna hoja de papel, mucho menos lo acaecido previamente. Geodesio, gran pensador de la civilización bueninide, luego de haber sacado de los anaqueles todas las obras y reconocer solo páginas en blanco, comprendió, así como quien tiene una epifanía, las repercusiones de esta cruel pesadilla: el día de mañana, cuando concluyera el mes, nadie recordaría nada.

Ya era bien pasado el mediodía cuando Fonasides despertó en su cuarto. Llevaba varias jornadas en cuarentena por indicación médica, sin contacto con nadie de la ciudad. Su diagnóstico, según los estudiosos, era un caso típico de péstide, una enfermedad infectocontagiosa que podía producir discapacidad cognitiva a corto plazo, motivo por el cual se le indicó presidio domiciliario por un mes. No obstante, el hecho de quedarse en casa lo tenía sin cuidado. Escuchaba a diario las quejas de sus compatriotas porque se acercaba el fin de mes y habría que volver a recordarlo todo. A los más hábiles les tomaba poco menos de una jornada ponerse al día con el pasado y la gran mayoría, al cabo de treinta y seis horas, había vuelto a conocer. Pero otros, como Fonasides, podían demorar hasta cinco días en recobrar lo olvidado e, incluso, algunos meses; la depresión que le producía la lectura de su vida no lo dejaba terminar de estudiar todo lo que había en sus cuadernillos.

Nunca fue muy sociable, sus compañeros se burlaban de él en clases como si fuese un deporte. La vida en aquella ciudad estaba ligada estrechamente al conocimiento y no había lugar para el esparcimiento y la entretención. Fonasides no se sentía parte de la comunidad. El primer día de cada mes, como si estuviese anotado en la primera página de las libretas de la ciudad, la gente se abalanzaba para burlarse de él, gastarle una broma o bien hacerle una pesadez. El estigma con el cual vivía diariamente era insoportable. La cultura y la sociedad bueninide lo agobiaba a ratos y, al no existir otra ciudad en todo el planeta, había sopesado repetidas veces la posibilidad de suicidarse. Aquel sentimiento estos días era aún más intenso. Quedaban pocas horas para que acabara la cuarentena y su corazón latía con una fuerza inusitada.

Ingirió una comida contundente, para compensar la falta de desayuno, y se quedó saboreando vengativamente los rumores que le llegaron desde la ventana la noche anterior, sobre la tartamudez del vanidoso Geodesio. El desgraciado profesor le había hecho la vida imposible desde el primer año de estudios, dejándolo en repetidas ocasiones en ridículo por no conocer la respuesta a sus arrogantes preguntas. Sentía cierto placer al saber que aquella mañana la ciudad entera se estaría burlando en su cara por su error, pero la pura idea de salir de casa lo consumía por completo. Jamás imaginaría lo que se estaba viviendo en esos momentos en las calles de la urbe.

Dejó consignado lo del profesor en su libreta, como un recordatorio que le haría más feliz en un futuro inexistente y, mientras daba un mordisco a su pan con chicharrones, la revisó para cerciorarse de que no le faltara ningún detalle. Su cuaderno, a diferencia del resto de los textos de Bueninides, estaba completo. No faltaba una sola letra, y toda su colección de libros se encontraba igualmente en perfecto estado. Su asilamiento permitió que la plaga diseminada por Covid, la cual

se esparció por contacto desde el diario de Pilmaikenides al profesor Geodesio (que se le fueron borrando ante sus propios ojos las letras del *Banquete* de Platón y juró creer que estaba sufriendo un infarto cerebral), posteriormente a la colección del médico, y por último a la biblioteca de la ciudad, desatando la epidemia que acabaría por completo con la civilización bueninide.

Lo que no mejoró la cuarentena fue su depresión, que en los primeros días se esfumaría por completo, pero ahora, *ad portas* del nuevo mes, estaba con la angustia a flor de piel. Estaba decidido, y no iba a vacilar en esta oportunidad. No quería volver a enfrentarse incontables veces al mismo sufrimiento. Lo que vivía cada uno de sus días, no podía llamarse ya vida. Era una especie de padecimiento constante que no se sentía capaz de soportar una vez más.

De haber sabido todo lo que sucedía afuera, probablemente Fonasides no se habría subido al techo de su casa para dejarse caer y terminar así con su vida. Así, la sociedad bueninide terminó con la última esperanza de subsistencia, mucho antes de que se desatara la epidemia.

Reflexiones de un verdugo

Fabián Cortez

Observo las estadísticas en la pantalla de mi laptop. A pesar de no creer en ellas, porque sé que pueden ser manipuladas, no deja de sorprenderme cómo van en ascenso las cifras globales. Números rojos, diría un economista. Más bien, negros. Reflejan muerte. No se trata de accionistas arrojándose al vacío por pérdidas millonarias... ¡No, claro que no! Se trata de ciudadanos comunes y corrientes que contrajeron el virus... ¡Maldito virus! Ignoré las propuestas de los biólogos, pero sí, ¡fue efectivo! Cómo se esmera el hombre en crear armas destructivas... En fin.

¿Cómo llegamos a este punto? Hay muchas explicaciones. Todas tienen que ver con el mercantilismo, con la desigualdad, con la indolencia. Al menos, eso diría mi madre... Maravillosa mujer. Gracias a ella estoy aquí, en este mundo... Ella no. Se la llevó esta peste. COVID-19, lo llaman los gringos; coronavirus, lo llaman otros. Vino a instalarse como un conquistador para remecer a la humanidad, para recordarle que es frágil, como las alas de una mariposa.

No le sirvieron ni sus armas ni su arrogancia.

La puso de rodillas suplicando.

Hizo refugiarse en su nido hasta al más osado de los guerreros, como animales indefensos.

Todo el aparataje económico se fue al carajo.

Sacó a flote lo mejor y lo peor de nosotros.

Parece una película apocalíptica, pero se convirtió en la realidad. Un tercio de la población del mundo se reunió con sus ancestros y el resto sigue dando la pelea, aunque solo sean manotazos de un ahogado.

¿Quién soy yo? Pues uno más de esos pocos privilegiados que observamos cómo la civilización humana se desintegra, tal si fuese el ave fénix; pero, al igual que ese avatar mitológico, nosotros sobreviviremos. Si existe un Dios, pues seremos juzgados por Él. El destino de la especie pendía de un hilo y, aunque la cuestión económica parecía de orden menor ante la vida de las personas y fue motivo de aborrecimiento por la mayoría, había que tomar una drástica determinación. Suena cruel, pero somos demasiados, todavía, y llegará un momento en el que no quedará alimento para todos.

Los verdugos somos inevitables.

El gran plan ya está en curso y, tal como ha ocurrido en la historia de la humanidad, unos pocos dirimen los destinos de la mayoría.

Nuevo Cosmos

Gisela Sanhueza

Comienza noviembre en casa de Simonetta Conti. La joven periodista apaga la alarma de su teléfono. La señal del reloj acaba de marcar las ocho de la mañana, en punto. De baja estatura y párpados un poco inflamados, luce extenuada de recibir tantas llamadas a toda hora, hacer constantes reportes a Milán y dormir a saltos sin un horario definido. Pero sabe que, dada la situación actual, su misión periodística ya no se puede detener. Se levanta de la cama casi dormida y se instala frente al computador; hace solo una semana que el director de la agencia noticiosa en la que trabaja ha aceptado que lo haga desde allí, convirtiéndose en la única corresponsal de la agencia en la localidad.

Simonetta ocupa un pequeño apartamento en el casco antiguo de Údine. No tiene hijos y sus padres ya están en el otro mundo. Solo se tiene a sí misma y a Visconti, su gato.

Se prepara una taza de té verde, manzanilla y limón, cuando suena su celular: es el director de la agencia de noticias por videollamada.

—¿Aló? ¿Sí? Buen día. Estoy bien, muchas gracias, ¿y usted, director? —responde Simonetta, arreglando su cabello y ajustando sus anteojos frente a la pantalla del celular para no lucir tan desarreglada.

—Simonetta, buenos días también para ti. Te llamo para comunicarte que me ha llegado una información un poco dudosa; en este momento te la estoy enviando a tu casilla de correos. Como sé que te encanta hacer pesquisa de los archivos *fakenews*, eres la más indicada en recibir y procesar este tipo de informaciones en tiempos de beligerancia como los actuales. Envíame un informe lo antes que puedas, por favor —le dice el director.

—Cuenta usted con ello —replica conteniendo un bostezo.

Se despide del director y cuelga la videollamada.

Visconti se queda mirando fijamente a la periodista y lanza un maullido protestando: es que ya son las ocho de la mañana y hace hambre. Así que, sin más, Simonetta llena de croquetas el platillo de su gato y vuelve al computador, intrigada con la primera tarea del día.

Da un sorbo largo a su taza de té junto al computador y abre el correo...

El mensaje no parece una cadena masiva. Tampoco piensa que sea un *fakenews*. La revisión del antivirus no arroja ningún contenido maligno, pese a que el remitente es desconocido. Verifica que el mensaje solo se ha enviado al director de la agencia, esta madrugada. Hace *click* y lo abre.

Ante de leer, como es de su costumbre, lo imprime para tener un respaldo en papel del archivo. Saca dos copias y lo guarda de inmediato en un *folder*.

—Es momento de leer de qué se trata este mensaje —se dice a sí misma en voz baja.

Toma una de las copias en papel, se sienta cómodamente en el sofá y lo lee:

«Todo ha concluido, maestro. Hemos dispersado dos cepas del virus: la más peligrosa en oriente y la otra en occidente, la que hemos enriquecido con una composición química mutable, lo que determinará un contagio a mayor escala y velocidad en la dispersión geográfica y temporal. Sabemos que la tarea ha sido muy tardía, pero necesitábamos hacer más pruebas en los ambientes y condiciones adecuadas para su validación en la especie humana. Los resultados se verán en forma rápida y contundente en los próximos días. Los humanos más débiles serán exterminados con suma

facilidad. Acabarán con sus órganos colapsados y la necesidad de oxígeno los llevará a la muerte por asfixia. Los menos débiles estarán en condiciones del reseteo orgánico y mental, lo que corresponde a la segunda fase de la infección masiva. Según nuestro cálculo logarítmico de base, quienes puedan sobrevivir, dada su mayor plasticidad genética y mental, serán material disponible para la fase constructiva del “Nuevo Cosmos”.

»Existe un segmento particular que hemos calculado, un 10% de sobrevivientes a la infección. Dicho porcentaje se podrá sumar a los equipos multidisciplinarios de acciones constructivas a menor escala, sin generar riesgos al plan mayor mientras lo hagan, pues las condiciones que se instalarán en la Tierra durante la fase dos no serán toleradas por ellos mucho tiempo. De este modo, la alternativa más posible es que se exterminen entre ellos mismos, dada su gran debilidad emocional y baja vibración consciente. Creemos que no alcanzarán a ver el nuevo cosmos construido, lo que es muy positivo para todos nosotros. Ellos no cuentan con las capacidades para asimilarlo.

»Nuestros laboratorios no han sido detectados. Hace meses que los desmantelamos. Los territorios no fueron afectados en ningún aspecto, volviendo a su rutina humana normal en Trieste, Gorizia y Monfalcone.

»Ahora, solo resta esperar el avance de las semanas y meses terrestres, lo inevitable y merecido para los humanos; un camino que ya está trazado, maestro. La prensa humana hará lo suyo aterrizando a las débiles mentes y al escaso razonamiento de poblaciones, tan enormes como ignorantes; los canales de televisión de todos los países también completarán la misma labor, tal y como se había acordado con el Gran Directorio, luego de la amenaza de exterminio que sufrimos con Edward Billy Meier. Los pactos con los pequeños y manipulables líderes mundiales ya han sido firmados el año 2010, datación sin importancia para nosotros, pero relevante para nuestros planes. Solo de esa manera se dará paso a la primera etapa de esta infección humana global.

»Por un mejor mañana para los nuestros y su total y definitiva descendencia en este planeta.

»Grupo COVID de Trieste».

—Pero ¿qué es esto? ¿Simple terrorismo científico o algo a mayor escala? —piensa en voz alta Simonetta.

Entra en su computador y revisa información. Caso Edward Billy Meier. Caso Roswell. Vuelve a sus archivos de armas químicas en Medio Oriente, China, Rusia, África. Efectos de radiación en el planeta. Notas de prensa sobre juicios a las farmacéuticas.

Visconti sube al respaldo del sofá y olisquea la hoja de papel. Quizás percibe un olorillo amenazador. La periodista piensa que nada podía ser más amenazador que el contenido de esa carta.

Simonetta vuelve a mirar el papel repitiendo el nombre de los firmantes. Ahora Visconti se le ha recostado en las piernas buscando una caricia. Pero una nube fría y oscura recorre el cuerpo de Simonetta y sube por su espalda hasta su cuero cabelludo. El relato parece ficción, una novela, acaso, pero su intuición le dice que es real. Esto no es una pérdida de tiempo. Mientras sus ojos recorren archivos e imágenes de internet, lanza una bocanada de aire tan profundo que Visconti le queda mirando. Ahora entiende por qué el director de la agencia le ha enviado este mensaje. Recuerda su estancia en China hace unos años, como corresponsal durante la gripe SARS. De hecho, estuvo muy expuesta a ser contagiada, pero afortunadamente no le ocurrió nada que hiciera peligrar su salud. Mientras recuerda ese tiempo en el país asiático, acaricia a su gato como si eso los fortaleciera a ambos. No hay tiempo que perder y se levanta del sofá decidida.

Se mueve rápido, ya lo sabe; debe ir a Trieste ahora mismo. ¿Acaso una premonición le dibujó en sueños, hace un tiempo, un sorpresivo viaje a esa bella ciudad, llevándola a cruzar la

frontera eslovena y adentrarse en esos cerros que el guía turístico describía como un viaje místico? ¿Qué era todo esto, sino una incógnita que intuía desde hacía tiempo?

Al salir de la ducha, como siempre, Visconti la espera en la puerta del cuarto de baño. Su amigo atigrado parece cuidarla como nadie. El pasillo entre el cuarto y su habitación está atestado de libros. Al pasar descalza y semimojada, se queda viendo el estante de la biblioteca por un segundo: allí, acompañado entre toda su bibliografía, uno de sus libros predilectos: *Fin de Mundo* de H.H. Ummit, el escritor esloveno que tanto le gusta desde la adolescencia, cuando no pensaba siquiera en el periodismo, sino en la cosmología.

Antes de salir de su apartamento, renueva la comida y el agua para Visconti. Unos besos para él y cerró la puerta por fuera. Conduciría hasta Trieste. Al llegar a la primera gasolinera toma su teléfono celular y marca el número del director:

—¿Director? Necesito hablarle. Me tomé la libertad de hacer un viaje rápido, a Trieste, si no le importa.

—¿Trieste? —le responde.

—Se relaciona directamente con el correo que usted me envió. Creo que es fidedigno. Digamos que mi intuición me lo indica. Si lo permite, me tomaré dos días. Deseo averiguar un par de cosas. Espero que mi viaje no afecte el resto de mis tareas en la agencia. Como le informo, solo será un par de días. Esta noche le enviaré un primer recuento de mi viaje.

—Entiendo, Simonetta, por supuesto que no afectará tus labores en la agencia. Mantén los resguardos necesarios. No cuento con recursos, ahora, para enviarte un asistente o fotógrafo y créeme que lo lamento verdaderamente, pues lo apropiado sería que no viajes sola. Pero dadas las actuales circunstancias económicas, no puedo negarme a que lo hagas.

—Tiene usted mi palabra y claro que me cuidaré.

—Llámame cuando estés en Trieste y repórtate cada vez que puedas. Mantenme informado. Y mantente alejada de la policía, lo más que puedas; estos tiempos no son buenos para el periodismo.

—Hasta pronto.

La periodista había puesto el libro *Fin de Mundo* en su bolso de viaje.

Trieste, ciudad tranquila y pausada, hacía buena dupla con el bucólico verdor de los bosques de Grindissi. Las laderas de los cerros pintados a pinceladas ocre y verdes daban un aspecto de tiempo detenido a todo el trayecto. Ya estaba acercándose a la histórica ciudad; faltaban muy pocos kilómetros. Simonetta decide entonces hacer una pausa en el camino, antes de recalar en Trieste, y estaciona su auto para comer algo junto a la carretera. Se sienta y pone el libro de H.H. Ummit sobre la mesa del local, casi como un rito. Luego saca un lápiz y libreta de notas, mientras le traen el pedido a su mesa. Garabatea algo sobre el papel: «Grupo COVID de Trieste...». Estando allí, ve que alguien se ha parado frente a ella. Lleva botas de piel suave. Sube la mirada para reconocer su rostro, pero es un completo desconocido:

—Lo que usted busca, señorita, está a dos horas de aquí, por una ruta cercana. Yo puedo guiarla —dice el desconocido, con una voz suave y un tanto plana, que sonó a voz radial.

—Su pedido, señorita. Cappuccino y galletas —dice el mesero.

—¿Desea usted un café?

—No bebo café, gracias —vuelve a sonar la voz suave y metalizada.

—¿Nos conocemos, señor? ¿Cómo sabe a dónde me dirijo? —responde la periodista, sin demostrar la menor sorpresa, mientras revolvía su café en un rincón del pequeño restaurant carretero.

—Claro que lo sé —dice con gran seguridad y pacífica mirada de confianza.

El hombre, que es bastante alto y delgado, viste de un mismo color desde el cuello hasta las botas. Tiene el cabello rubio y liso, como un italiano de la Dalmacia.

—No me ha respondido, señor. ¿De dónde me conoce? —pregunta, inquisitivamente.

Frente a la periodista hay una silla vacía. El desconocido se sienta frente a ella de manera resuelta y continúa:

—Simonetta, te esperamos desde hace mucho tiempo. Varias vidas, podríamos decir, y espero con esto no asustarte. No hay nada que temer.

La joven periodista toma la cucharilla de la taza de café y la posa boca abajo sobre la servilleta, como un signo de confianza. Luego mira el papel humedecido con la espuma de la cucharilla y sonríe como si las palabras del desconocido las hubiese estado esperando desde otro tiempo y lugar. Luego vuelve la mirada al rostro de aquel hombre y siente un renovado descanso en sus ojos grandes y de un gris magnífico. El desconocido visitante también mira la cucharilla de café y continúa hablando:

—Simonetta, efectivamente se ha lanzado otra infección al planeta. Ahora ya es con fines globales, pero no debes temer. Tú eres inmune: no permitiremos que esos grupos de poder puedan hacerte daño, tanto a ti, como a todos los que podamos restaurar y proteger, que espero sean muchos. Ya no queda mucho tiempo. Es momento de actuar frente a estos grupos. Estamos enterados de que ya recibiste el mensaje de la infección y por eso hoy estás frente a mí. Es momento de frenar el curso de los acontecimientos y evitar la mayor cantidad de pérdidas en vidas humanas, animales y vegetales debido a la infección que acaba de implantarse en el planeta. La información del mensaje es verídica. Cree lo que te decimos. Ellos no están jugando. No es una simple amenaza. Buscan adelantar los tiempos, no del planeta, sino de esta era. La infección fue creada en un laboratorio para dejar morir a los humanos. La cepa la han traído ellos desde un mundo paralelo. Han sido eficientes y también derramaron soluciones en la tierra, bosques, siembras, agua y animales: todo será contaminado, paulatinamente, en las próximas semanas. No podemos evitar que suceda, pero sí podemos aminorar el daño y, para eso, te necesitamos desde este momento. Simonetta, no usaremos tu auto. Si quieres lo estacionas en la cafetería. Cuando regresemos puedes volver a casa conduciendo. Estamos en medio de los bosques de Grindissi, entre la reserva natural y los cerros. Oculto bajo tierra está nuestro centro. Allá nos trasladaremos ahora mismo.

Simonetta da una mirada a la cafetería y dice:

—Quiero hacerte una pregunta. Los grupos de poder hablan de un maestro, en el mensaje que recibí. ¿Quién es ese maestro? ¿Lo conozco?

—No pertenece a la humanidad. Es cierto que es un híbrido, que responde a un plan estelar a gran escala, Simonetta. Trato de no provocar en ti demasiada alteración emocional, por eso no te daré información que no puedas procesar todavía. Todo, a su tiempo, lo podrás asimilar. A su tiempo.

—¿Cómo debo llamarte? —le pregunta Simonetta calibrando sus emociones.

—Alek-Ur es mi nombre. Se me ha solicitado que sea tu guía, tu protector y, si deseas, tu maestro. Desde ahora aprenderás que el tiempo no tiene importancia y que la consciencia lo es todo.

Simonetta, casi sin darse cuenta, toma su café de un solo sorbo. Abre aún más sus enormes ojos, que parecían tragárselo todo, y está a punto de responderle a ese desconocido cuando, de un instante a otro, se transformaba en algo perturbadoramente nuevo y amigable. Esto sí que era una noticia. «La mejor noticia de toda mi vida», pensó.

La cabeza le da muchas vueltas. Siente que puede morir, sin comprender nada. ¿Cómo es posible que no tuviera el cuidado suficiente consigo misma? ¿Qué había sucedido, por todos los cielos? Un torbellino en el pecho, espasmos musculares y un dolor intenso en el interior de los ojos

que apenas le permite abrirlos y recibir un haz luz, que ingresa por el balcón de su dormitorio hasta su cama.

—Pero ¿será posible? —se dice—. Todo fue un loco sueño, así sin más, uno que me dislocó la cabeza... No puedo creer que todo fue un sueño... Parecía tan real —continúa en voz alta—. Estoy segura de que me levanté esta mañana. La videollamada del jefe. Conduje hasta Trieste. La Cafetería... Creo que, definitivamente, dormí demasiado —concluye con lástima y algo de culpa.

En ese momento, recordó su trabajo en la agencia noticiosa y sus tareas. Qué dolor de garganta más intenso, siente de pronto, uno que apenas le permite remover las sábanas y levantarse de la cama. Con desespero comienza a buscar su teléfono celular, por todas partes. Al encontrarlo, descubre que el aparato está descargado. Instala su cargador, pero no hay electricidad. Sobre una pequeña alfombra que compró el año pasado, en Marruecos, están sus zapatos y, junto a ello, una botella de *grappa*, vacía... La queda mirando.

—Todo esto ha sido culpa tuya, compañera. Me hiciste dormir más de la cuenta —dice una desgredada Simonetta, al vidrio inmóvil y vacío.

Está indignada. Imposibilitada de usar su teléfono y ahora ¿sin electricidad? Es demasiado. Se viste rápidamente y se acerca al balcón del dormitorio, que daba hacia la calle, afuera. Un chico en motocicleta está poniéndose el casco.

—¡Buenos días! ¿Puedes decirme, por favor, qué hora es? —grita la periodista al muchacho, que se voltea de inmediato.

—Son las ocho de la tarde —responde. Luego enciende su motocicleta y se aleja, dejando la calle absolutamente solitaria.

Simonetta no puede dar crédito a lo sucedido. El hombre se marchó tan rápido, que no alcanzó a darle las gracias o preguntarle por qué no había electricidad. ¿Cómo es posible haber dormido tantas horas?

El gato Visconti está parado en el umbral de la habitación con los maullidos de siempre, como cuando pide su ración de croquetas. Simonetta se encamina hacia la cocina por un vaso de agua. Tiene tanta sed, como si regresara del desierto. De paso alimentaría a Visconti, pero el gato no la sigue hasta la cocina, sino que se detiene, con toda tranquilidad, frente a la puerta de entrada del apartamento. Simonetta se lo queda mirando, intrigada, y lo llama a comer, pero el gato no se mueve. Ahora se recuesta sobre el piso frente a la entrada.

—¿Qué ocurre, Visconti? —dice la periodista, acariciando la cabeza y el lomo del gato.

Simonetta se apresta a beber el vaso lleno de agua cuando, en ese momento, suena la campanilla de la puerta del apartamento.

El magnífico silencio solo es interrumpido por los chasquidos de los pies desnudos de Simonetta, sobre el pasillo de madera, y el maullido de Visconti. El silencio vuelve a zumbar en los oídos de la periodista; tan solo oye el bombeo de su corazón agolpándose en sus oídos. Y Visconti vuelve a maullar. El gato no despega ojos de la puerta y sus orejas, como antenas, están atentas al más mínimo sonido del exterior. Algo había ahí afuera. Algo o alguien, de eso no hay duda.

Simonetta se detiene junto a Visconti y vuelve el silencio a cubrirlos a ambos, como un manto eterno. Coloca el vaso sobre la mesita de las llaves, que estaba en el pasillo junto a la entrada de su departamento, y entonces vuelve a sonar la campanilla.

—Buenas tardes... ¿Quién llama? —responde Simonetta, acercando su oído a la puerta.

—Simonetta... Soy yo... Alek-Ur.

Simonetta toma el picaporte y, con la tranquilidad de quien espera algo por mucho tiempo, abre la puerta.

El no vivo

Iván Salazar

Nadie se atrevió entonces a llamarlo purga. No obstante, en el corazón de muchos, en sus más íntimos pensamientos, eso fue, brutal como la vida misma, y una vez la humanidad salió de su extensa cuarentena, el mundo se mostró distinto. Y tras los catastróficos hechos, la forma de obtener incluso los recursos más básicos se vio afectada: fraterna, unida y solidaria, como nunca, como nunca lo fue.

Érica salió bastante bien de todo. Pasó por etapas muy complejas que la mantuvieron con ventilación mecánica y tres largos años en coma por diversas complicaciones. Irónico para alguien que basó su brillante tesis en los *orthocoronavirinae*. Delgada, casi esquelética, caminaba sostenida por su hermana, al fin abandonando los pabellones.

—Es impresionante lo que puede hacer con nosotros, seres en apariencia complejos, aquello que, en estricto rigor, no está vivo. Todo por una simple cápside de proteínas envolviendo ADN —dijo Érica, mientras divagaba—. Está dentro aún, sin embargo...

—¿A qué te refieres? —preguntó su hermana interrumpiéndola.

—Sus trazas genéticas. ¿Sabías que el 8 o 10% de nuestro ADN es viral? —respondió con avidez.

—Érica —corrigió con ternura—, tu cabeza trabaja sin cesar aún. Descansa, hermana, y olvida todo por un rato. Lo pasamos mal, extrañábamos tus comentarios, aunque entendíamos la mitad de lo que dices. Pero es bueno que regreses.

—Tuve miedo... ¿Sabes lo peor de todo? Esos sueños; pesadillas, de hecho.

—¿Y qué soñabas?

—Nada bonito, la verdad. Para colmo, antes jamás recordaba lo que soñaba, pero de estos sueños aún me asaltan las imágenes.

—Cuando lleguemos a casa, hablaremos con una rica taza de té. Hay tanto que debes saber. —Le sonrió con ternura creciente.

Estuvo un rato repasando sus notas, antes de descansar. Esa tarde había sido demasiado turbulenta. Se enteró de muchas tragedias, pero también de hechos que la llenaban de esperanza. Solo su resiliencia le hizo proseguir y, sin más, vencida por el sueño, se recostó. Fue demasiado enterarse de que estuvo en coma tres años, que los abuelos habían partido, que la revolución había alcanzado ribetes trágicos, pero que, al final, el pensamiento de la gran mayoría se había orientado a lo que muchos creyeron imposible al principio de la pandemia, *ad portas* de lo que podríamos llamar utopía. Aun así, Érica se mantuvo inquisitiva.

Esa mañana, Érica se vio nuevamente en la cama del hospital. Recordaba lo último repasado en su cuarto, sus notas incompletas, y ella cazando conclusiones como siempre.

—¿Qué sucedió? —indagó, confundida.

—Nada grave, solo una recaída. ¡Te dije que descansarás, hermana! Debes entender que no puedes mantener el ritmo de antaño. Fueron tres años en coma y tu cuerpo no aguanta.

—No lo entiendo. Me sentía bastante bien.

—Debe dejar el trabajo un tiempo. ¿No puede simplemente dejar eso de lado?

—Es mi tesis, doctor. No puedo dejarla a un lado. Es mi vida.

—Tenemos claro, Érica, que usted es una brillante bióloga, que su aporte para vencer la pandemia fue crucial en Chile, pero, por su salud, debe dejar su trabajo de lado. Puede dedicarse a otras investigaciones o a dictar clases. Debe ir lentamente. No quiero verla acá nuevamente. Su familia, en especial su hermana, ha debido llevar una pesada carga estos años y yo, sinceramente, no quisiera que el país perdiera una mente como la suya.

—No quiero quedar sola, hermana —replicó sollozando la mayor—. No aún, no después de la partida de nuestros viejos. Ellos eran todo para nosotras. Por favor, dame un descanso. ¡Te lo suplico! Te necesitamos y tenemos que salir adelante.

Érica, sin embargo, había aceptado los brutales cambios. Eran ellas dos solamente, pero su mente funcionaba distinto.

—Entiendo. Bajaré la carga. No te preocupes, hermana, saldremos adelante.

«Mi investigación es prioridad y no puedo cambiar mis prioridades, menos ahora», pensó.

Nuevamente en casa, en su habitación, repasó sus notas. *La influencia de los no vivos*, se titulaba su tesis; cómo sus genes influenciaban procesos biológicos tan importante como los de inmunidad. Era su principal respaldo. Su investigación se hallaba en fragmentos y su pregunta aún seguía sin respuesta: ¿pueden modificar la conducta en seres vivos? Observó fuera de su habitación. Su hermana apagó todas las luces de la casa y entró en su propio cuarto, cerrando muy despacio la puerta. Érica se sentó nuevamente y fue juntando los trozos en su cabeza. El *notebook* parecía pasmado ante tanta información desplegada. Entonces, en esas epifanías que solo un genio de las teorías puede visualizar, todo fue calzando, coacervado; viroides, virus, bacterias, todo fusionándose, empaquetándose, formando un todo que llamamos célula, organismos unicelulares y luego pluricelulares. No pudo dejar de escribirlo, mientras las noticias positivas llenaban sus redes sociales.

«Entonces, *eso* sucedió», pensó, «pero ¿de qué se valió para modificar la conducta?».

Indagó nuevamente en las investigaciones recientes y algo halló en la red. Leyó el artículo con detenimiento, pero no era una prueba empírica. Debía verlo en sí misma. La nota aparecía en un sitio misceláneo y carecía de profundidad, cuestión que le extrañó aún más.

«No fue hace mucho que se descubrió el mesenterio en los humanos. Queda más por investigar, lo sé. Dice que un organelo fue descubierto en algunas células humanas postcontagio, pero falta más información».

El ruido de su hermana acercándose la alertó. Apagó todo y se cobijó rápidamente, hasta que le pareció oírla alejándose. Su mente era un hervidero. Sin embargo, su hermana entró lentamente y se sentó a sus pies.

—Tarde o temprano lo harías, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—Lo hiciste hace tres años, Érica, y espero que esta vez lo entiendas. Sí, efectivamente es lo que sospechaste, pero ya avanzó demasiado. Si bien eres inmune, en cierto modo debido a la vacuna que tú ayudaste a crear, no quiero perderte. Mis afectos hacia ti son muy importantes, así que volveré a decirlo: no puedes detenerlo. Cuando terminó la cuarentena, efectivamente cambió algo en nosotros. De alguna forma todos morimos, pero fue para bien. Lo has visto, ¿verdad? El cambio global, países en guerra por años hoy son aliados, en breve tendremos una colonia en Marte y es de no creer; seguiremos adelante con o sin ti. Tienes la verdad ante ti. El virus formó un nuevo organelo en nuestras células, que desatará un nuevo génesis. De momento, solo somos replicas momentáneas de lo que fuimos. En dos años más se completará nuestra evolución. Recuerda que, en cinco años, todo el tejido celular cambia. Ahí renaceremos como una nueva forma de vida, la evolución de lo que otrora fue el humano y desde las ruinas de su civilización nos alzaremos y no seremos ya los primates pseudoevolucionados que tenían al mundo en agonía.

Seremos el mejor heredero del espíritu humano, su mejor versión. Nos iremos reinventando a medida que avancemos por el cosmos. Asimilaremos sus materiales en nuestros nuevos cuerpos e iremos más lejos de lo que el extinto humano siquiera soñó. Mañana volverás a olvidarlo, pues funcionamos como una mente colmena. Ya todos lo saben y haremos lo posible por asimilar tu mente, hasta que tú evoluciones con nosotros o yo deje de sentir amor por ti. O, simplemente, dejemos de sentir aprecio por tu maravillosa mente. Ahora descansa, por favor. Se hace tarde.

El humano dejará de soñar cuando el virus despierte nuevamente.

El espíritu que aún vive en ti

Wilbert Gallegos Riquelme

El aroma de una infusión de hierbas recién preparada inunda la cocina americana de una vieja casona rural. Tras dejar la tetera en el fuego nuevamente, el único habitante del inmueble regresa a la mesa en el que está su tazón con la bebida humeante, aquel mueble que está junto al gran ventanal.

Y observa a través de él.

Afuera, decora aquel danzante bosque, que pinta de tonalidades verduzcas, aquella tarde de invierno. Se deleita con el movimiento de los árboles, con la misma intensidad que olfatea el contenido del tazón, ahora en sus manos, para saborear gota a gota un líquido que le trae recuerdos de otros tiempos. Recuerdos por los que se deja llevar.

Se siente viajar a momentos atesorados por su edad.

Pero la epifanía es interrumpida por un leve siseo que lo pone alerta: acompaña a una luz parpadeante amarillenta, que a un lado de la pared se asoma. ¿Es la seguridad del lugar que está comprometida y con ella su soledad? Tal vez. Y, sin embargo, sereno sigue apreciando el horizonte.

Su vista se posa en el monte de acacias y sorbe una nueva ración de infusión. Mientras ve como la luz, con el correr de los minutos, hace una transición hacia el naranja. Cuando cambia la luz al rojo, que significa que el último perímetro de seguridad ha sido traspasado, suavemente, abre un cajón bajo la mesa. De pronto, siente crujir una tabla del piso a su espalda. La tercera tabla en el lugar, que solo una persona como él podría hacerla sonar.

Suspira y cierra el cajón. La pistola *taser* que ocultaba seguirá en su lugar. No demora mucho en sentir una voz femenina tras de sí:

—Cada vez es más difícil entrar a tu predio. Todo sería más sencillo si estuvieses con tu gente en la ciudad. Si cada uno de ustedes no se empecinaron en vivir en estos reductos de tiempos que no volverán, todo sería más sencillo.

Se da vueltas el anfitrión y observa a su visita. Ella quiere avanzar un par de pasos más. Él se apresura y, con un gesto, le recuerda la demarcación del espacio mínimo que debe mantener, para no contagiarse.

—Bienvenida, hija. —Una sonrisa asoma en su rostro.

Mientras, ve cómo ella ha cambiado desde la última vez que lo visitó, recuerda que han pasado años desde que el coronavirus evolucionó para peor. El planeta, biodiverso en su agonía, buscó su propio mecanismo, lanzando sus últimos anticuerpos hacia los seres humanos. La sociedad, en su autocomplacencia, desprevenida tras la sorpresa, lo combatió y, cuando vio que no era suficiente, decidió darlo todo para luchar por la contención de la enfermedad. La humanidad, entonces, progresivamente, automatizó procesos para que la gente pudiese sobrevivir aún en estos tiempos difíciles, sin tener que abandonar las grandes urbes, y de aquella manera continuar el desarrollo que la raza humana había elegido. Mientras, las personas de alto riesgo tomaron, paulatinamente, distintos caminos paralelos, varios de ellos motivados por la melancolía. Los lugares fuera de los sitios urbanos y destino de quienes también fueron a vivir ahí, se transformaron en nuevas reservas de la biósfera. Él decidió vivir en uno de aquellos parajes.

Ante él, la mujer enfundada en su exodermis transparente lo mira con cariño. A continuación, su brazo brilla aleatoriamente y, entre ellos, sale un breve haz de luz sólida que forma una pantalla en el aire. Aparecen frente a él una serie de caras conocidas, saludándolo y deseándole lo mejor, incluyendo caras infantiles desconocidas hasta ese momento para él.

Dura un tiempo, hasta que la pantalla se disipa en el aire.

—Feliz cumpleaños, papá. ¡Al final lo conseguiste y tuve que venir a verte! Pero no te puedo dar un regalo como yo quisiera. Si no cambias de idea y te vienes a la ciudad, entonces, al menos, podrías enlazar tu mente a la *Head-Web*. Aquí también podrías. Estaríamos celebrando tu día especial, contigo, sin preocupación alguna, y podría darte tu regalo. No notarías el trabajo de las impresoras 3D y los resecuenciadores de vitaminas/proteínas. Al menos si aceptases otros cachivaches tecnológicos, que incluso para nosotros ya están en retirada...

El hombre tras las palabras de su hija, la mira con paciencia y, con serenidad, disiente:

—No es lo mismo que tener tu propia huerta, cultivar, tener tus insumos. Cocinar. Es como este tazón con té de hierbas. Beberlo es una cuestión de saborear, sentir la textura, oler su perfume, contemplar colores y formas en su superficie. Gracias a hierbas aromáticas que existen aquí mismo. Hierbas que, en esta taza, se remojan en el fondo ¿Puedes sentir, al menos, el olor a menta?

—Le diré a *Head-Web* que me envíe el aroma desde el banco de datos —ella replica, con voz atropellada y tras chasquear los dedos.

—¿Cómo? ¿Acaso, al menos, no recuerdas a qué huele la menta? —inquirió su padre.

Ella mira hacia el techo. Su mano la lleva a su barbilla y la acaricia mientras, continuamente, entreabre sus ojos como buscando algo.

—Ahora que lo pienso, recuerdo esos días de niña cuando te pedía que me dieras más agua de menta y tú, a regañadientes, me decías que con una taza era suficiente. —Abre los ojos y su rostro muestra victoria—. ¡Ah! ¡Sí! ¡Ya siento su aroma!

Pero su padre pronto la saca de su zona de confort.

—¿Fue necesario acudir a *Head-Web* para que te recordase el aroma? —Ella niega con su cabeza—. Claro, porque recurríste a tu recuerdo. Es lo mismo razón por la que tienes que estar acá y no ir yo hacia la ciudad, hija.

—¿A qué te refieres, papá?

—Estás aquí, Aurora. Ese es mi regalo. No necesito que traigas uno o ir a recibir alguno de la forma que quieres que lo haga. Y es tu regalo, también. Podemos vernos con nuestros propios ojos y podemos estar en un lugar que te recuerda qué eres, quién eres, en realidad. Y por qué deben todavía luchar para que la enfermedad sea más inofensiva. Cada uno de ustedes, antes de que se acabe el tiempo de todo aquel que aún recuerda.

Tras un momento de silencio y cuando ella iba a replicar, de pronto comienzan a escuchar ladridos apenas audibles, más allá de la ventana. Él se da vuelta y mira hacia afuera, viendo un punto amarillo corriendo y acercándose desde las lomas.

—No me digas. ¿Es Scott? —Aurora pregunta con manifiesta emoción.

—Sí, aún vive —le confirma su padre—. Es tu perro, que te olió a pesar de la distancia y viene a tu encuentro. Después de la prohibición de tenencia de mascotas en la ciudad y que yo lo recibiera, acá tomó un segundo aire y corre por todo el lugar. Vamos, aún imagino que te queda tiempo para recibirlo afuera y jugar con él antes de irte.

Ella parece que quiere responder algo, pero a pesar de intentarlo dos veces, cambia su alegre rostro a uno más sombrío, para luego decir:

—Sabes que no puedo. No estoy preparada para desinfectarlo y *Head-Web* me dice que ya es hora de volver. —Aurora le muestra cómo su semáforo de estadía está cambiando más rápido de color en los guantes de la exodermis. Visiblemente complicada por la situación, acelera, como

puede se despide moviendo su mano y se dirige a la puerta. Pero antes de salir, se detiene, lucha consigo misma para decir algo. Finalmente, pausa su semáforo y mira nuevamente con cariño a su padre.

—Dale mis cariños a Scott. Para el próximo fin de semana, vengo totalmente preparada para jugar con él. Te quiero, papá. Hasta pronto. —Lo mira con un brillo en sus ojos y asiente con su cabeza. Cierra la puerta y se oye cómo sus pasos la alejan del lugar.

Él se queda mirando un buen rato hacia aquella puerta de entrada. Su mirada escudriña lo invisible. Luego recuerda la mirada de su hija y vuelve a sonreír. Pronto es interrumpido por ladridos en una puerta contigua y pequeños golpes: era el labrador, ansioso por saludar a la visita que recién se había ido.

El hombre toma la última bocarada de menta, abre la puerta, sale y el perro se le sube encima. —¡Parece que alguien necesita que le retire esas semillas del pelo! ¡Y, de paso, parece que se merece un buen baño! —Scott, al escucharlo, se agita y lo lame—. ¡Sí, sí, yo también!

Le acaricia suavemente la cabeza al perro.

—Vamos, amigo, Aurora nos verá pronto. —Le guiña un ojo.

Y juntos comienzan a desaparecer entre el verdor, con dirección al estero del lugar.

Un nuevo mundo

Héctor Olmedo Gutiérrez

El hombre miró de frente al lente.

Cerró sus ojos un par de segundos, suspiró y luego comenzó:

«Aún hoy puedo recordar a mi padre, una tarde de calor en Algarrobo, a orillas de una piscina en pleno febrero, diciéndome: “Este virus lo va a cambiar todo, hijo”.

»Me nombró el plebiscito del 88’, la caída del muro de Berlín, la irrupción de internet y los teléfonos móviles, el atentado a las Torres Gemelas en Nueva York y el terremoto del 28F. Yo lo escuché, como siempre, a medias... Me hablaba de cosas antiguas que marcaron su vida y nuestra sociedad, con un cierto aire de sabiduría que me molestaba un poco. Tenía quince años por ese entonces, qué más podía hacer. Mi mundo era ver alguna serie, escuchar trap, escribirme todo el día con mis amigas y amigos por mensajes de texto, jugar Play; conocer alguna mina en la playa o la feria artesanal.

»Mi viejo hacía tiempo que arrastraba esa solemnidad taciturna del intelectual incomprendido o, por lo menos, así lo definí en esos años. En ese tiempo trabajaba mucho y su pasatiempo favorito era escribir algún cuentecito o una gran historia fantástica, que nunca llegaba a terminar. Quizás venía deprimido por la muerte de mis abuelos, años antes, o porque la relación con mi mamá estaba en un punto crítico. La cosa es que, cuando dijo eso sobre el virus, me pareció solo otra de sus frases “para el bronce”.

»Todo comenzó en China, en un mercado de animales vivos. Por lo menos así nos lo explicaron en ese entonces. El Salfa y otros paranoicos conspiracionales en internet insistieron por años en que su origen era artificial. ¿Quién sabe? La cuestión es que el virus comenzó a contagiar y a afectar cada vez a más personas, dentro de China y luego afuera. Creo que todos lo veíamos tan lejos, que no le dimos importancia. Cuando llegó a Europa, pareció lejano, también, aunque ya comenzaban a aumentar los muertos y las restricciones para reducir el contagio en todo Asia. Yo recordaba un poco la crisis de la influenza H1N1, “la porcina”, como la llamaron... Mucho ruido y no tantas nueces, le pareció a papá en ese entonces.

»Cuando la cepa de coronavirus bautizada como COVID-19 llegó a América y a Chile, muchos sintieron que darle importancia era minimizar la trascendencia de nuestro muy reciente estallido social. Parecía que al gobierno le caía como anillo al dedo generar miedo y restricciones por un enemigo invisible..., como un virus. Yo lo dije en mis redes sociales: «Puto presidente», «Malditos políticos», y mis amigos lo celebraban. Meses antes, habíamos estado arrancando de los pacos en San Miguel, afuera de mi colegio, furiosos y ahogados por las lacrimógenas.

»También recuerdo cuando, otra tarde, ya en Santiago, mi padre me dijo: “Van a cerrar los colegios y suspender las clases en las próximas semanas. En Italia, Grecia y España los contagios han aumentado y cada día hay más muertos. Debes comenzar a cuidarte... Debemos comenzar a cuidarnos”.

»Quizás recién a partir de ahí comencé a ver la pandemia, como la catalogó la OMS, cómo algo más cercano y tangible.

»De a poco, fueron llegando imágenes y videos caseros de personas comunes o trabajadores de la salud en Europa, que alertaban sobre lo difícil que se había vuelto la situación en pocas

semanas. Comencé a compartir algunas cosas cuando un chileno en Italia contaba de la cuarentena completa y las cifras de fallecidos seguían subiendo al orden de doscientos o más por día. Después sería mucho peor.

»Llegó el día en que nos quedamos en casa. Mi abuelita, mamá, mi hermano pequeño y yo. Instauramos la rutina del lavado de manos frecuente y el cambio de ropa, cuando visitábamos algún lugar más concurrido. Luego se suspendieron los eventos masivos, cerraron los *malls*, se instauró el toque de queda, cordones sanitarios, cuarentena total por comunas más afectadas y sanciones para infractores de aislamiento. No me dejaron ir más a fiestas ni visitar compañeros. Recuerdo que algunos pidieron medidas de restricción más estrictas. Otros abogaban por una restricción progresiva, como lo estuvo ejecutando el Gobierno. Se trató de evitar, pero de igual modo se suspendieron sueldos y llegaron los despidos, la caída en la bolsa de comercio, las pérdidas de millones en cotizaciones previsionales y las quiebras de pequeños y medianos negocios.

»Y así, entonces, en semanas, el virus ya había cambiado nuestras rutinas y a nuestra sociedad. Su paso fue insidioso, pero avasallador. Por más esfuerzos que se hicieron, el virus replicó las calamidades de Asia y Europa en nuestras calles y barrios. El sistema de salud, tarde o temprano, colapsaría... Y colapsó: miles de personas murieron, en su mayoría adultos mayores. Los equipos de salud también enfermaron y perdieron vidas... Militares en las calles, saqueos, vandalismo, miedo...

»Creo que fue precisamente el miedo el que comenzó por acabar con nuestra sociedad. Ahora lo veo más nítidamente.

»El *peak* de la pandemia, irremediamente, pasó y los casos nuevos decayeron hasta que se dio por terminada la cuarentena total y las libertades personales dejaron de verse interferidas por la autoridad. Se reabrieron los comercios y los estudiantes volvieron a clases. La recesión económica se instaló por varios años, pero también pasó.

»Con el tiempo, retomamos nuestras vidas. Bueno, casi. Mi padre era médico de urgencia: estuvo en la primera línea durante toda la crisis. Terminó enfermando y falleciendo, también.

»Pero la vida siguió, amigo. Los cambios fueron sutiles, pero sostenidos; ya se lo había escuchado.

»La digitalización de las actividades de la vida diaria se aceleró. El teletrabajo y los esquemas de clases semipresenciales permanentes se volvieron la norma. El distanciamiento social nos afectó profundamente. Los expertos mundiales nos alertaron de pandemias futuras y bioterrorismo; el mundo, entonces, quiso estar más preparado. Los ministros de salud y sus equipos se hicieron más preponderantes dentro de la política general. Los gremios de la salud se fortalecieron y abogaron con fuerza por nuevas y mejores medidas de protección para sus equipos y la población.

»La robotización de actividades productivas y de servicios se desarrolló de manera exponencial, como respuesta a todo lo anterior. Hubo lógica en ello, ¿no? Los robots no se contagian con virus, se desinfectan con facilidad, no reclaman condiciones laborales ni hacen huelgas, no les preocupa un salario a fin de mes ni el monto de su pensión de vejez.

»Se produjeron algunos conflictos entre un Estado que necesitaba, o quería, saber más de sus ciudadanos y, por contraparte, personas que deseaban y defendían el mantener su privacidad y autonomía como un derecho fundamental y constitucional.

»Pero el miedo fue más fuerte... A los pocos años se desarrollaron e instauraron los controles biológicos permanentes en todas las fronteras. Test rápidos y análisis de sangre que permitían, en segundos, definir la presencia de enfermedades infectocontagiosas en los viajeros, de modo permanente. Se instauraron por ley controles a una escala menor en colegios, centros de salud, lugares de entretenimiento y servicios. Se instauró la pulsera de evaluación y seguimiento

biométrico en personas con enfermedades infectocontagiosas, de modo que sus constantes vitales, interacción y ubicación eran monitorizadas en todo momento por la división de epidemiología de la SEREMI, 24/7. Si ocurría un cambio en tu condición de salud, o cometías una infracción en tu aislamiento, la policía llegaba a buscarte.

»Yo estudié medicina, como mi padre, pero siempre me gustó mucho la tecnología. Así es que, desde la universidad, me dediqué a investigar y desarrollar proyectos tecnológicos de salud que minimizaran la exposición humana al riesgo biológico.

»Recuerdo que mi primer proyecto fue reformular la recepción y el *triage*: esa primera atención que permite seleccionar y clasificar a los pacientes según sus necesidades terapéuticas y los recursos disponibles para atenderlos, en los servicios de urgencia.

»El paciente tomaba un número de atención ingresando su RUT. Luego era conminado a ingresar a una pequeña habitación aledaña, desinfectada en segundos entre cada paciente. Quien ingresaba procedía a colocar su mano y antebrazo en un agujero, en la máquina situada frente a sí, que a su vez instalaba una pulsera en su muñeca, capaz de sensar y transmitir los signos vitales a un enfermero ubicado en la habitación contigua. El paciente interactuaba con su interlocutor mediante una pantalla, donde se veían ambos, mientras se adquirían ciertos datos relevantes sobre su historial clínico. Colocaba su huella, acreditando pertenecer a algún sistema de salud y aceptando las condiciones de atención previamente informadas. Como consecuencia de todo esto, era finalmente clasificado y debía pasar a una segunda sala de espera diferenciada, según correspondía a una patología potencialmente infectocontagiosa o no.

»Ese primer avance se transformó en norma con el tiempo y más adelante la robotización de estos y otros procesos fue inevitable.

»Siempre tuve la inquietud de proteger a los equipos de salud en su exposición a situaciones de riesgo, por lo ocurrido con papá, pero con el tiempo fui notando cómo la medicina y su tecnificación fue generando una grieta. Una brecha que con los años solo se fue acentuando. La relación médico-paciente. Ese vínculo humano, estrecho, ético, basado en la confianza mutua en pos de un objetivo común para beneficio del paciente, siguió perdiéndose. El distanciamiento en el contacto y la irrupción de herramientas complementarias fue transformando esta relación en un algoritmo biotecnológico programado y estandarizado.

»Con los años, los servicios de telemedicina y kit domiciliarios de laboratorio se hicieron cada vez más comunes y accesibles. Como si de cuentas de servicios básicos se tratara.

»Las residencias de adultos mayores, cada vez más frecuentes y relevantes a la hora de políticas sanitarias, por la longevidad de sus ocupantes y condiciones de riesgo, fueron asistidas por robots cada día más humanoides. Las familias y amigos priorizaron la comunicación a distancia y las videollamadas se hicieron más comunes que las visitas.

»El Estado se volvió más controlador y dejamos que lo hiciera. Nosotros nos volvimos más individualistas, desconectados y temerosos.

»Los años pasaron, ya ves. Hoy es el día en que he decidido partir. Solo lamento no haberte visto crecer, querido nieto. Haberte tenido entre mis brazos habría sido hermoso, pero acabas de nacer en otro país y no alcanzaré a hacerlo. Solo espero que puedas verme en esta grabación cuando tengas edad para comprender. Otra cosa que el virus nos dejó fue una ley de eutanasia que se perfeccionó con los años y que me permitió decidir, hoy, el momento de partir. Tengo una condición terminal que ya está fuera de alcance terapéutico, a pesar de todos los adelantos en la medicina moderna.

»Pero estoy bien, amiguito. Estoy en paz y tengo al señor B aquí a mi lado, que me ayudará a dormir. Le digo así por Baymax..., un personaje de una antigua película de animación que vi de niño...

»Para finalizar, quiero decirte que este mundo al que llegas no es perfecto; tampoco lo fue aquel de mi niñez y adolescencia, pero siempre puedes luchar por mejorarlo, por rehumanizarlo.

»Sé que nos encontraremos algún día. Un beso eterno, a la distancia, para ti...».

El robot, de aspecto humanoide, oprimió el interruptor que apagaba el equipo de grabación. Se acercó al hombre mayor que se había recién recostado en su cama. Esperó a que este, tras unos segundos de contemplar los prados y el sauce a través del cristal de su ventana, le hiciera una señal de aprobación. Entonces, cuando las celdillas nanovoltáicas y avanzados sensores, que eran sus ojos, percibieron una sonrisa y una venia por parte del paciente cincuentaicinco, junto a la frase: «ya estoy listo, querido B», oprimió el botón de inicio en la bomba de infusión, administrando los sedantes y analgésicos que precedieron a la sustancia endovenosa que, finalmente, hizo detener su corazón.

COVID-19 (Folleto)

Leonardo Espinoza Benavides

Por fin le acercaban la mascarilla.

—Respire por aquí, por favor. Eso. De a poco.

Una mezcla entre olor a saliva, humedad y dentista.

—Sin apuros, tranquilo, como si estuvieras respirando de manera normal.

La enfermera que le hablaba lograba, de hecho, calmarlo. Le hablaba suave, como en una especie de susurro practicado; totalmente distinto a sus experiencias previas en los hospitales. Este lugar le estaba resultando bastante acogedor.

—Es normal que te atores o que sientas unas gotitas al fondo de la garganta.

Las sentía, pero aspiraba y expiraba tratando de seguir las instrucciones al pie de la letra. Jamás pensó que las cosas se darían de esta forma. Pero allí estaba, inhalando algo que no lograba del todo comprender. Poco le importaban, la verdad, esos detalles.

—Lo estás haciendo excelente. Ya estamos terminando. ¿Todo bien?

Levantó un pulgar en afirmación.

—Apenas terminemos, te voy a pedir que me firmes un último papel. Tu nombre completo es Jonathan Gustavo Carrasco Pereira, ¿sí?

Le mostró el mismo dedo para corroborar la información.

Desde su asiento, levemente reclinado, desvió su mirada hacia la gran ventana que tenía aquella habitación. Podía ver la cordillera de siempre, seca, rocosa, protectora, y alcanzaba a divisar algunos edificios de su block. La cancha de fútbol, eso sí, no la llegaba a distinguir. Cerró los ojos para dispersar el lagrimeo que le estaba generando ese gas y luego miró hacia el otro costado, donde estaba la enfermera. Notó que le miraba el carnet. Se le aceleró un poco la respiración.

—¿Todo bien, Jonathan? —le dijo sin voltearse a mirarlo.

Se controló. Emitió un sonido gutural que daba a entender que estaba todo en orden.

—Confírmame la fecha de tu nacimiento.

Agradecía que al menos no estuvieran registrando sus latidos. Eso no sabía controlarlo.

—Acá dice tres de marzo del año dos mil... —Algo estaba mirando con mayor detención.

A Jonathan le pareció verla esbozar una minúscula sonrisa—. Dos mil... dos.

Y la enfermera lo miró de vuelta.

Con la velocidad de un puma capitalino asustado, alzó esta vez ambos pulgares.

—¡Perfecto! Estamos listos. Lo hiciste muy bien.

La vio anotar algo en el computador de la sala y luego pareció estar lista. Se acercó hacia él y le comenzó a retirar la mascarilla. Lo hizo suave, como si evitara incluso despeinarle sus mechas engominadas.

Sintió una arcada horrible y se puso a toser. En un reflejo aprendido, se llevó de inmediato el antebrazo a su rostro. La enfermera le sonrió.

—No te preocupes, no es como que me vayas a contagiar. Tose sin miedo.

Una vez reincorporado, tomó el lápiz que le acercaba y firmó el papel.

—¿Eso es todo, señorita?

—Eso es todo, Jonathan. Espera aquí un momento para que te vengán a buscar.

Se quedó solo en ese cuarto y aprovechó la soledad para estirar todo su cuerpo. Le resultó un tanto escalofriante que el virus que tenía ahora en sus bronquios, y en su sangre, había sido el mismo que matara a su abuela. Pobre viejita, pensó. Un día le dio fiebre y al siguiente estaba desahuciada. Tenía muchos años y no era prioridad para los ventiladores que había disponibles en el país. No dieron abasto. A veces le daba rabia, la forma en que tuvo que ocurrir, pero en el fondo ya no les guardaba rencor. Entendía por qué había sido como fue. Además, tuvieron a la abuela en la casita y estuvieron con ella hasta las últimas. Una noche dejó de respirar y así partió. Su abuelo, por el contrario, que por entonces ya no recordaba el nombre de nadie en la familia, se acostó la noche del velorio y simplemente no volvió a despertar. Vaya a saber uno si había sido también el coronavirus o no; a él prefirieron ni testearlo. Eso había sido por su lado materno. Sus abuelos paternos no alcanzaron a estar vivos para la pandemia.

—¿Jonathan Carrasco? Acompañeme. —Un hombre bajo y canoso se había asomado por la puerta. Lo había llamado sin mirarlo. Estaba leyendo una especie de planilla mientras sujetaba un manojito de llaves. Tenía por lo menos unas diez o quince, algo así le decía su conteo veloz. — Es para hoy día eso sí —le terminó diciendo, ahora sí mirándolo a la cara.

—Sí, perdón, voy. Perdóneme, caballero.

Confirmó que tuviera todo en los bolsillos, agarró su bolso y siguió a su guía.

El pasillo por el que lo llevó se le hizo un tanto estrecho. Y gris. Habría sido de mal gusto, sin embargo, quejarse por algo que terminaba siendo gratis, y lo cierto es que tampoco resultaba muy distinto de donde normalmente vivía. Puerta tras puerta, todas cerradas en ambos costados del corredor. La música parecía estar permitida, porque lo que al inicio le pareció que podían ser los ecos de unos bajos profundos, ahora claramente se configuraban en reggae y reggaetón, un rapi-lento no muy agradable. Él llevaba consigo su propio arsenal de música trap, por si acaso.

—¿Estás claro de cómo funciona esta cosa? —le dijo el guía mientras caminaban.

—Más o menos —respondió—, creo.

—¿Te enfermaste o no? En la pandemia.

—No sé.

El guía se frenó y lo encaró. En cosa de un instante cambió su actitud a la de un guardia.

—¿Cómo no vai a saber, cabro agilao?

—Es que no me dio fiebre, no sé.

—¿Pero y tus viejos?

—Ellos sí.

—Entonces te dio muy suave.

—¿Sí?

Se sintió incómodo. El guardia lo miró como si fuera un estúpido. Quizás lo era, jamás lo habría negado, pero de haber estado afuera de ese extraño consultorio médico, distinta habría sido la conversación. Adentro quería pasar lo más desapercibido posible y no pensaba meterse en problemas... aún. Consideró que tal vez no era tan terrible que lo vieran como a un estúpido.

—¡Eh! ¡Más despierto, hombre!

—Perdón, perdón.

—Ya, esta es tu pieza, hijo. —Le bastó escuchar ese modismo final para saber que el guardia no tenía malas intenciones. Tan solo era su guía y estaba acostumbrado a la gente como él. De seguro era necesario mantener un cierto trato estricto.

La llave hizo lo suyo y pudo ver su pieza. Tenía lo esencial. Olía bien. Olía a limpio.

—Escucha —le dijo el guía—, entre dos a catorce días se demora esto en activarse.

—Tengo un poco de tos y me pica la garganta.

—Sí, pero eso es por lo que te hicieron respirar, no es que estés enfermo ahora.

—¿Y eso es bueno?

El guía pareció confundirse con su pregunta. ¿Habría sido muy estúpida?

—Sí..., ¿cuál es tu nombre, perdón?

—Jonathan, Johny.

—Sí, Jonathan, Johny, eso es bueno. En unos días te vas a sentir agripado, eso es todo.

Lo sabía. Lo importante era que tosiendo podía contagiar. De eso tenía que estar atento.

—¿Se puede fumar? Con la ventana abierta, quiero decir. Si es que se puede nomás.

Recibió otro gesto de confusión como respuesta, un gesto de cara apretada y arrugada.

—Me da lo mismo, haz lo que quieras —sonó resignado.

—Muchas gracias, caballero. Huele a yerba, eso sí —le dijo Jonathan, con una risa entrecortada, como si fuera un niño chico tanteando terreno.

El otro no se pudo contener y se cansó de mantener la compostura. No se enojaría por cosas como esas, Johny lo tenía claro a estas alturas. Eran de los mismos, al final del día.

—Ya déjate de hablar tonteras, cabro hueón. No te riái tanto y éntrate luego. Me llamo don Carlos, me avisas cualquier cosa —le terminó diciendo, con un golpecillo en el hombro.

—Gracias, don Charly. Si lo estoy molestando, solamente. Me porto bien.

—Sí, claro.

Ya con la puerta cerrada, tiró su bolso a un lado, saltó a la cama y se tendió. No estaba para nada mal, consideró. El colchón era blandito y el cubrecama parecía recién lavado. Lavanda, quizás, era el olor que distinguía; no estaba seguro. Lo importante era que al fin estaba allí y hasta ahora todo iba bien. La enfermera fue mucho más amable de lo que se había esperado y de lo que le habían contado, y le vino entonces un pequeño y fugaz cargo de consciencia por pasarle su carnet falsificado. Después le iba a decir al Juanca que tenía que mejorar esa parte de las fechas. De todos modos, a su juicio, no estaba haciendo nada malo. Le parecía injusto que tuviese que esperar a ser mayor de edad para estas cosas. Era un derecho básico, así le parecía. De seguro en las comunas de allá arriba no había que pasar por todo esto.

Metió la mano en un bolsillo de su pantalón y sacó su celular. El aparato era coreano, antiguo y con una pantalla cambiada ya dos veces. Afuera, se suponía, el Jimmy le conseguiría un modelo chino, original, directo de Beijing para cuando saliera.

De todos modos, intentó ver si algo de señal agarraba.

Nada. Sin internet. Igual que siempre. Intentó de nuevo, apretando el celular con la mayor superficie posible de su mano. Nada. Solamente tenía su lista de música trap que, como no tenía nunca conexión a la red, se había tenido que conseguir de manera ilegal. No le había quedado ninguna otra opción.

—Perdón, Pablito —le dijo a la pantalla, mirando la portada del álbum del artista que había escogido para escuchar y competir con la canción del residente colindante.

Dejó sonando el dispositivo y le echó un vistazo al velador. Adentro del único cajón que tenía, había una especie de folleto. Por un lado estaba en inglés y por el otro estaba en chino mandarín. No entendía ninguno de los dos. Solo veía repetida la palabra COVID-19, que nada nuevo le significaba. De seguro alguien ya se había robado la versión que venía en castellano. ¿Acaso la señora Luisa no tenía uno, ahora que lo recordaba? No importaba. Ya estaba allí y eso era lo único de lo que tenía que preocuparse por ahora.

Dos horas después, le dejaban su primera bandeja de comida. Arroz con pollo arvejado.

Acostado y con espacio exclusivo para él, el primero de los días se fue tan rápido como llegó. Y así le parecieron los siguientes dos que transcurrieron. Tenía baño, ducha propia, le arreglaban su cama y ni siquiera tenía que lavar la loza que ocupaba para comer: se la llevaban y

volvía limpia. Ni sus primos ni sus primas, ni el vecino que metía ruido, ni los perros y los gatos, ninguno de todos ellos estaba lo suficientemente cerca para molestarlo. Y sus padres no harían escándalo si se ausentaba un par de días. Qué ganas le surgían de pasar el mes completo, o incluso dos, mejor, ¿por qué no? Pero el lobo solitario siempre añora su manada... Así como el pollo con arroz siempre termina saturando, en especial si viene con arvejas y sin zanahorias en trocitos.

Al cuarto día ya estaba malhumorado. Llevaba las últimas veinticuatro horas con un nuevo inquilino, al parecer adherido a su pared, que escuchaba incesantemente las mismas canciones de K-pop. ¡Las mismas! Una y otra vez. Las reconocía, que era lo peor, y sabía que a ese ritmo terminarían gustándole más de lo que podría después fingir. Se tuvo que admitir que el encierro no era fácil..., retractándose en menos de un minuto ante la imagen poderosa de su vieja que aparecía más vívida que nunca y parecía decirle desde el fondo de su cuesco: «¡Y el príncipe se queja más encima! Cuando yo tenía tu edad...»

Al día cinco por fin estornudó. Por fin, pensó.

—Por fin —le dijo don Carlos, que llegaba a la hora del chequeo de salud.

—Todavía no me siento afiebrado. ¿Es normal que se demore tanto? —le preguntó.

—Ya no saben de qué cosas quejarse.

—Oiga, no es mi taita usted. Le estaba preguntado solamente, nada más.

—¿Qué te pasó que andai tan sensible?

Quiso levantarle la mano chasqueándose los dedos, pero fue capaz de contenerse.

—Nada, don Charly. Tonteras mías. Andó cabreado.

—Quién no —le respondió—; quizá este gil de al lado tuyo.

Jonathan se sonrió. Le caía bien este don Carlos. Buena gente, le parecía.

Y de pronto, tosió.

—¡Lo escuchó! —preguntó exaltado. Tosió de nuevo—. ¡Tosí, ahora sí!

—Sí, Johny... Tosiste.

—¡No lo estoy fingiendo, es de verdad!

—Tranquilo, hijo. Te creo. Acuéstate mejor. Avisame si te sentís muy mal.

—Gracias, don Carlos. Estoy bien, perdón.

El guardia-guía lo quedó mirando con el ceño fruncido.

—A ver, cabro lesó, ven pa'cá —le dijo desde la puerta—. Ven, te dije.

Se acercó obediente, sin dudarle, el cachorro instintivo. Don Carlos le revisó los párpados de abajo, de seguro para ver si estaban pálidos; su mamá hacía lo mismo cuando estaba preocupada. Le dio una suave palmada en la mejilla.

—Me siento bien, como resfriado solamente.

—Igual estai con los ojos vidriosos. Acuéstate, ¿ya? Cierra la ventana, no te enfríes. Tenís que salir sanito de acá, si no tus viejos son capaces de venirme a buscar.

¿Conocía a su mamá? No que él supiera, pero tampoco era algo tan improbable si es que vivían en la misma comuna, por esos lados. ¿O conocería a su papá? Ese tipo de comentarios a veces le asustaban. No sabía bien por qué. De perseguido que era, suponía; de maldadoso que era, mejor dicho. La costumbre del culpable. Menos mal que no estaba su hermano más grande en el barrio, ese sí que siempre lo retaba. De verdad que no era malo imaginarse estar un mes ahí encerrado... O dos, mejor aún.

Una melodía coreana chillona lo sacó del pensamiento vicioso. Una corriente de aire helado entró por la ventana de la pieza directo a su espinazo. Un escalofrío. La fiebre se acercaba a paso firme. Pronto caería como pollo, como un maldito pollo con arvejas.

Se sintió un poco culpable por tener que dejar preocupado a don Carlos: no cerraría la ventana; sería todo lo contrario. Debía hacerlo ahora que tenía todavía firme las dos piernas.

Esperó un momento para verificar que efectivamente ya tenía tos.

Sí. La tenía.

Se arrimó en su cama, bien parado, estiró lo que más pudo el brazo que alcanzaba la ventana y la empujó para abrirla todo lo que diera la bisagra. Una pata en el marco abierto y la otra la balanceó con ímpetu. Volando salió la lámpara del velador con la patada goleadora que le fue a tirar. La ampollita se rompió con un escándalo que se le antojó exagerado. A lo buena laucha de casa, agarró vuelo suficiente para terminar con su proeza y dio a parar afuera.

El recinto no era custodiado. Al parecer no mucha gente se arrancaba. Al parecer no había mucha gente tampoco. ¿Cómo podía ser tan fácil arrancarse? Y entrar también, por lo demás.

Atrás de él se abría una puerta de golpe.

—¡Qué estai haciendo, cabro hueón!

—¡Perdóneme, don Carlos! ¡Me tengo que ir!

Salió corriendo por la tierra seca, levantando polvillo. Corrió fuerte.

—¡Tu bolso, cabro agilao! ¡Tu bolso!

Se dio vuelta para responder, pero no pararía de correr.

—¡Es solo ropa sucia! —le gritó de vuelta.

—¡Johny, adónde vai!

—¡Gracias por todo!

—¡Ándate a la chucha, Jonathan!

—¡No se preocupe por mis viejos, don Carlos!

Corrió bien fuerte, a paso firme. Le sudaba la frente y la zona del bigote. Llevaba un buen ritmo. Sabía que tenía que exigirse en la primera parte del tramo. Sobre todo porque estaba cuesta arriba, y si perdía el entusiasmo le costaría retomar el galope. Uno, dos, tres, seis cuerdas hacia la montaña seca.

No lo perseguía nadie. Estornudó, tosió y se detuvo para recuperar el aire. Corrió otro tramo por unos quince minutos y tuvo que parar una vez más. No era que estuviera sintiéndose particularmente enfermo, pero la carrera no había sido menor. Desde lo alto, Santiago se veía bonito e imponente. Le daba plusvalía a su querido block, bromeó para sí mismo. De que la vista era estupenda, sí que lo era. Que esa vista la debiese compartir un poquito hacinado, eso era otra cosa. Lo uno no quitaba lo otro.

Sacó su celular y lo elevó. Nada. Sin señal.

Probó con la técnica de la mano apretada, frotándole su piel, y nada tampoco.

Cuando ya era obvio que nadie lo venía persiguiendo, decidió reanudar la ruta a paso más pausado, pateando las piedrecillas sueltas del pavimento. La espalda le volvió a tiritar, fría. Siguió avanzando hasta encumbrar la cuesta, donde una intersección sin semáforo unía tres calles diagonales entre sí. Desde allí, ya no solo veía las partes más altas, sino que distinguía por completo los departamentos de su block. Sintió un impulso triunfador y de un saltito retomó su marcha. Le parecía ya estar escuchando el bullicio cotidiano, los alaridos de su villa. No tenía la mejor visión del mundo, pero ya estaba seguro de reconocer la ropa colgada de la señora Luisa en su balcón. Alguien chuteaba una pelota.

Llegó, jadeando.

El Juanca andaba afuera, sentado dándole la espalda, en el suelo, comiendo algo que manipulaba concentrado. Se imaginó que serían esas papas fritas insufladas que parecían ser de plumavit y que, de raro solamente que era, le gustaban. Según él, eran de camarón. No le creía ni el señor que las vendía. A la distancia reconocía que era él por la enorme dimensión de sus orejas. Parecían antenas parabólicas. Y, como si hubiesen recibido una señal teledirigida en ese instante, el muchacho enderezó su cuello y dobló su espalda en media vuelta.

Jonathan levantó su brazo y le mostró el pulgar de la victoria. El Juanca botó el paquete y salió corriendo hacia su encuentro, mirando para todos lados con esa técnica curtida que ocupaba para asegurarse de que no hubiera muchos viejos sapos en las cercanías. Siempre había alguno.

—¡La hiciste, Johnny! ¡La hiciste!

—Tranquilo, no hagai show —le dijo sonriendo—. Vamos por los cabros.

El Juanca se reía contenido, como en secreto, controlando el volumen de su voz.

—¡Tóseme, al tiro!

—Espérate, oh.

—¡La hiciste, loco Johnny! Te dije que el carnet pasaba piola.

—¡Qué!, si casi me pillaron. Tenís que aprender a ponerle bien los números.

—No pasa nada. Ya, tóseme —le volvió a pedir y lo enfrentó—. A ver, déjame tocarte la frente, a ver si es verdad. —Se la tocó—. ¡Ah, es verdad, sí, estai enfermo!

Se adentraron por un pasaje arcilloso que separaba dos hileras de edificios. Un quiltro ladraba y un masetero se caía desde el techo. La señora Luisa barría su antepuerta y por encima de ella colgaban un par de piernas. Eran del Jimmy.

Le hicieron señas desde abajo sin llamar mucho la atención. Parecía haberlos vistos antes de arrimarse al interior sin un mínimo saludo. No pasaron diez segundos cuando se asomaba una vez más afirmando un celular entre sus manos. Desapareció de nuevo y apareció abajo.

El primero en hablar no fue ninguno de los tres: fue la mamá de Jonathan que se asomó desde un segundo piso, con los mejores pulmones del barrio.

—¡Jonathan Carrasco! ¡Dónde andabai, cabro hueón!

—En la casa de la Carla, mamita.

—¿Y pa' qué avisai? Cabro caliente. Pobre que me salgai con alguna sorpresa.

—No, mami, se lo juro. Perdón por no avisarle.

—Está bien. En la casa hay pollo por si andai con hambre. No vuelvas tarde.

No había sido tan terrible, dentro de todo, y el semblante de los otros dos que lo azuzaban confirmaba la impresión. Encogerse de hombros fue lo único que necesitaron para dar por cerrado ese asunto. Partieron a la plaza, que según ellos nunca había tenido pasto, no del verde por lo menos, uniéndoseles otros dos integrantes en el camino. Era maleza lo que la adornaba.

El Juanca repartió los cigarrillos sentado en el respaldo de una banca de madera. El Johnny les contó, gesticulando eufórico, sus días previos, partiendo desde el momento en que le habían infundido ese aire con coronavirus, tratando de hacer caso omiso al dolor de cuerpo que lo estaba invadiendo y que pronto se haría evidente. El resto del grupo, sin embargo, parecía tener otras prioridades y le pedían que apurara el relato y se saltara los detalles que sobraban.

—¿Entonces tiene que ser directo a la cara? —preguntó el Jimmy.

—Sí, a la segura —dijo el Juanca—. Tóseme de una vez por todas, por favor.

El primer voluntario tomó su posición con la boca y los ojos abiertos. Nadie más que él se habría atrevido a ofrecerse con ese nivel de osadía e idiotéz. El ritual improvisado debía comenzar y así partió, sin más retrasos, el festival de tosidos y gotitas y arcadas.

El plan les había resultado. COVID-19 para todos.

Mientras el último de ellos recibía su dosis respectiva, el Juanca sacaba su propio celular y chequeaba si tenía señal. Jonathan lo vio de reojo. Utilizaba las mismas maniobras que él empleaba. Y comprendió que Jimmy miraba lo mismo: la frustración del intento era evidente también para él. Antes de poder dirigirle una frase, se le anticipó buscando en su ropa.

—Aquí está lo que me encargaste —le dijo—. Nada de preguntar de dónde viene.

—Buena, Jimmy —carraspeó, cansado de andar tosiéndole a todos en sus caras.

Era el famoso y glorioso celular de China. La joya. Original y directo de Beijing. De un azul platinado capaz de silenciar y congrega al grupo entero. Ameritaba contemplación. No se veían muchos de esos en este lado de la ciudad. Mucho menos tal modelo, contemporáneo.

—Activa la señal...

Jonathan no supo quién se lo decía. Estaba extasiado. Lo tenía en sus manos.

—Activa la señal, Johny.

Le palpitaba un poco la sien, quizá por la fiebre. Agarró el dispositivo cual diamante, posando la piel de la yema de sus dedos en los sitios que tenía demarcado, apoyándole también el resto de su palma. Sintió un cosquilleo. ¿Habría vibrado? El aparato buscaba...

En vano.

Sin señal. Falla de conexión a la red. Ni siquiera encontraba una red.

—Oh, la porquería mala, Jimmy —gritaba el Juanca *in crescendo*.

—Tranquilo, dale tiempo —dijo el Johny, sabiendo que era el único capaz de apaciguarlo. Después de eso comprendió que esta gripe se aburría de seguir siendo ignorada. Lo remeció un escalofrío desde las profundidades de sus glúteos hasta la base de la nuca.

—¿Estás bien? —le dijo el más pequeño—. Yo tampoco tengo señal.

—Dale tiempo —fue capaz de responderle, ya sin mucho ánimo de continuar. Miró el celular del chico. Americano, elegante, trizado por completo—. Le saco la música y te doy el otro mío —le terminó diciendo. Se le antojó, por sorpresa, una sopita de pollo. Su compañero, por el contrario, hacía aparecer, de quien supiera donde, un hermoso ejemplar de cerveza en botella. Que estuviese helada ya era mucho pedir.

—¿Hay que celebrar o no?

—Con una no alcanza, eso sí —le dijo el Juanca, retomando su risa entrecortada.

—Levántate esas tablas. Deje escondidas por lo menos seis.

Y no mentía. La cebada del pasado les cundía más que la tecnología del futuro.

El sol arreó el ganado y volvieron al pasaje con el cielo entintado de violeta anaranjado. Se pusieron de acuerdo con la actuación que tendrían que montar para los días que venían. El virus debía hacer lo suyo con potencia suficiente, irreversible. Calabaza, calabaza.

A duras penas llegó el Johny a su casa. El alcohol le daba una excusa válida, por lo menos, para explicar su paupérrimo estado actual. No supo si su madre lo insultó o si bien lo había cuidado. No importaba; necesitaba llegar a su cama y de ahí no molestaría más a nadie.

Esa noche soñó con don Carlos.

Despertó empapado.

Se durmió de nuevo.

Sintió un cachetazo y frío en la espalda.

—¿Le estai haciendo a la pasta? —Era su mamá.

—¿Qué? —Aún seguía aturdido. ¿A la pasta, le había dicho?

—¡Contesta, Johny!

—¡No, mamá! ¡Qué pasa!

Se había dormido, o desmayado, con el teléfono chino en la mano.

—¿Qué es esto? —Su mamá se lo quitó. No la culpaba, la máquina resaltaba por sí sola y claramente había perdido la oportunidad de ocultarla. La experiencia le había enseñado a jamás oponer resistencia a las manos de su vieja—. ¿Qué significa esto? ¿A quién se lo robaron?

—A nadie, mamá —dijo con modorra.

—¿Te lo pasaron por la pasta? ¿Andai moviendo pasta base?

—No, mamá, no. —Ya se estaba despertando, a la fuerza.

—Estai mojado entero. —Se le acercó para abrirle los párpados y revisarle las pupilas.

—No es nada, mami, en serio.

Ella lo examinó por un momento, algo escéptica, y luego dirigió su atención al aparato oriental. La vio tocarlo con recelo, evitando los sitios demarcados. De a poco y muy lento fue levantando la cabeza de la almohada para asomarse a mirar la pantalla. Sin señal. Sin internet. Volvió a recostarse, rendido.

—Ya te he dicho que con ellos no te metai, Jonathan.

—¿Con quién, mamá? ¿De qué está hablando?

—Con los narcos.

—No hable tonteras, mamita. El celular es de un tío del Jimmy, eso es todo. Me lo prestó.

Después debía pensar dónde esconderlo. Tendría que aferrarse al coreano, no quedaba otra, y ocupar este cuando no lo vieran, si es que eventualmente funcionaba. Se retractaría del regalo que había prometido. Era la intención la que contaba. De alguna forma, lo compensaría.

—Prométeme que no te estás drogando.

—Se lo prometo, mamita.

—Te ves horrible.

—Estoy enfermo.

Otra vez esa mirada escéptica. No sabía qué signos buscaba encontrarle, pero puso su mejor cara de víctima sufrida. De polluelo débil. ¡Y no fingía! Estaba enfermo. El plan de dramatizar una simple resaca había fallado miserablemente.

Al final, ella cedió.

—Ya, quédate en cama. Hice sopa.

Pasaron los días sin novedad y la energía comenzó a volver a su cuerpo. Qué lindo debía ser, pensó, franquear los días agripado viendo videos de internet. Viendo memes, como decía su hermano: parecía disfrutarlos más que nadie. «Es lo único que nos mantiene cuerdos», lo oyó decir en varias ocasiones. Él era muy chico para entenderlos.

Lo echaba de menos...

El Juanca golpeó su ventana. Se veía demacrado. Al lado, el Jimmy sosteniendo un folleto que se le hacía familiar. Se paró para verlos de cerca y, antes de abrir la ventana, notó que era la versión castellana del COVID-19. Les abrió.

—Lo tenía la señora Luisa —dijo el Jimmy, también con aspecto demacrado.

—¡Sabía! —les dijo él—, sabía que se lo había visto a ella.

—¿Y tenís señal? —le dijo el Juanca.

—No, no que yo sepa.

—¿Ya se te pasó la fiebre? —le preguntó el Jimmy leyendo el folleto.

—Hoy es primer día que despierto sintiéndome bien.

Los dos de afuera se agitaron.

—¡Actívalo, ahora sí! —dijo el Juanca, contenido como siempre—. ¡Déjame entrar!

Los dos se arrimaron y entraron a su pieza. Ahora no había razón para que el inútil aparato siguiera estando inerte, con todos sus colores platinados cansadoramente magníficos. Tenía que conectarse o alguna estafa había de por medio.

Lo sujetó tal como venía ensayando.

Sintió el cosquilleo y está vez podía jurar que había vibrado.

Parecía estar buscando señal, con más espectáculo que de costumbre.

Y la encontró...

Se quedaron sin aliento al mismo tiempo.

Una melodía hermosa parecía darles acogida y en la pantalla aparecía escrito:

欢迎 6G
Welcome 6G
добро пожаловать 6G

Efectivamente, tenían internet. Al fin.

—Busca una canción —le dijo el Jimmy.

—¿Cuál? —le preguntó. Se acordó del residente con K-pop allá en el consultorio.

—Una de Pablito, ¿o alguien tiene alguna duda? Se la debemos —dijo el Juanca.

Funcionaba de manera perfecta. Obediente, inmediato, sin problema alguno. Estuvieron tendidos en el suelo turnándose para buscar lo que quisieran. Las toses iban y venían de los dos convalecientes. Jonathan, espalda al suelo, estuvo en ese momento de acuerdo con toda la gente que le hubiera dicho antes que el tiempo se difumaba teniendo estas cosas a mano. Era verdad.

—Ya, préstamelo —interrumpió de pronto el Juanca—, quiero buscar algo.

Lo notaron complicado mientras escribía.

—¿Ya lo rompiste?

—No. Pásame tu mano. No veas, solo ponla. —Así lo hizo—. A ver, de nuevo, déjame intentar con otra cosa —Y así lo repitió, al parecer sin resultado.

—Quizá qué andai buscando. —Jonathan recuperó el aparato y se fijó en las dos últimas búsquedas realizadas. La primera había sido «mujeres desnudas» y la siguiente, «hombres desnudos». Se rio—. ¡Caliente de mierda! —le dijo burlesco. El Jimmy se asomaba y se reía por su cuenta en un rincón.

—Bah. Seguro no lo ibai a buscar apenas nos fuéramos de aquí.

—¡Sí, pero cuando se fueran!

—Pon la mano, si es para ver si funciona nomás.

Qué más daba, pensó. Puso los dedos para dar la autorización. O eso suponía. En cambio, el aparato le arrojó un comunicado: «Jonathan Gustavo Carrasco Pereira. Menor de edad. El sitio solicitado requiere evaluación y aprobación parental. Solicitud enviada. Proceso automático».

—¿Qué dice? —dijo el Jimmy.

—Cagamos —respondió.

Como si las leyes universales del tiempo ya hubiesen cambiado en la vida de Jonathan siguiendo sus pensamientos anteriores, en un intervalo indefinido que se le hizo instantáneo y eterno a la vez, el escenario de su block se convertía en una noche silenciosa con sirenas policiales. Luces verdes y rojas girando. Radiopatrullas y transceptores de radio. Un par de drones indolentes, escaneando. Y lo más espeluznante de todo: su padre dialogando con un oficial. Él los miraba desde la distancia, incapaz de leerles los labios.

Las autoridades le intimidaban, a pesar de que no exteriorizaban un aspecto amenazante. El nerviosismo se le activaba como un acto aprendido. Los miraba con cautela, si bien juzgó que tal vez era la imagen paterna la que lo tenía intranquilo.

Uno de los oficiales lo alcanzó con la mirada. Sonrió, para su sorpresa. ¿Le había guiñado un ojo? No lo creía. Levantó, eso sí, un brazo para abrir la palma en señal de concordia. Jonathan frunció el ceño y con susto elevó su mano también, desviándola para rascarse la parte de atrás de la oreja. El oficial insistió y transformó su zarpa en un inconfundible pulgar hacia arriba. Johnny lo imitó, con cautela y, cuando pensó en mostrarle los dientes de vuelta, su padre giró el pescuezo directo hacia a él. Se contuvo entonces y bajó la vista a la tierra demostrando su disciplina. Así estuvo hasta escuchar que las patrullas se marchaban y la música volvía a retomar sus compases.

Sería en la cocina, sentado frente a la mesa, donde conocería la suerte de su destino. Los minutos lo llevaron sin darle un descanso.

Su madre fingía limpiar unos platos.

Su padre, su taita, como lo llamaba en público, enterraba sus ojos en los suyos.

—¿Tienes acaso la menor idea de cómo funciona esta cosa?

Jonathan, dócil, negó con la cabeza. El viejo se rascó la barbilla.

—Nosotros somos la red —le dijo.

—¿Y qué tiene de malo?

—¡Cabro hueón! ¡Hueón! —Se paró, controlado.

—Pero, papi, todos tienen...

—¡No me digai «papi», mierda!

—Perdón.

Su mamá seguía lavando el mismo plato.

—Toma —le terminó diciendo el hombre—, ahí está tu celular.

Se lo lanzó y el Johnny lo agarró.

—¿Cómo? —interrumpió su madre—, ¿y no pasó na'?

—¿Qué va a pasar? Les da lo mismo.

—¿Y pa' qué le dan tanto color entonces? —seguían sus padres.

—No sé. No me importa. La verdad es que no me importa.

—¿Es verdad que te da cáncer? —dijo el Jonathan, probando un tono suave.

—Voh' de verdad no entendís nada, ¿cierto?

—Perdón.

—Ya, mañana me ayudai con el camión. ¿Estamos?

Asintió con la cabeza y el viejo abrió la puerta para irse. Desapareció.

Tan terrible no había sido, se convenció, ahora sin esa presencia imponente. Por unos segundos fugaces sintió que algo le había faltado, que algo no había escuchado. ¿Tal vez merecía ser castigado? Desechó la idea, era absurda. Podría ser estúpido, pero nunca tanto. Pidió permiso con respeto, agarró su teléfono chino y se fue directo a su pieza.

A través de la ventana, en ubicaciones que muy bien conocía, divisó a sus cómplices leales, asomados. El Juanca se habría negado a ser considerado un mero secuaz; seguro se nombraría la mente brillante detrás del plan perfecto que, ahora sin duda alguna, habían logrado. Se hicieron señales con la luz de sus pantallas. A ninguno le habían negado la conexión a internet. Ahora podrían incluso planear mayores hazañas, con la tecnología de parte de ellos.

Se desvelaron.

Se enviaron memes, que de a poco iban comprendiendo.

Se durmieron sin saber en qué momento el tiempo volvía a su nuevo curso.

Jonathan despertó con los rayos del sol naciente. Amarillo, radiante. Había soñado con don Carlos. Soñó que le miraba los párpados paliduchos y le daba una palmada en su mejilla. Abrió la ventana y sintió la brisa matutina, fresca y con ladridos.

Quizás no podría ver gente desnuda hasta ser mayor de edad, pero ahora creía poder ver a toda la gente del mundo. A toda. Y toda la gente del mundo podría verlo a él.

Y eso..., eso era lo que le importaba.

baile de mascarillas en el hipermercado (allegro penoso ma non finale)

Marcelo Novoa

«Y casi siempre tratamos de morir
otra muerte que no sea la nuestra...».
Marcel Schowb

otro fantasmal deseo me habita
en medio del desastre: enumerar
los frascos vacíos del mañana.

mientras corren veloces las cintas
perdiendo su norte, cojo aliento
vencido desde el mesón de ofertas
solo se sube el volumen de la luz
arrojando sombras sangrientas
contra alambradas i una música
veraniega invade desiertos pasillos
escombros vencidos del presente
siempre a punto de expirar, flores
salvajes para deshojar sin pausa:
acto fallido de la diosa soberbia.

si el error se allega finalmente
quién entenderá ciegas razones
la incógnita obvia de la ecuación,
menos incomprensible que cruel
i así será:
vaho escapando de mi boca infecta
estacionamiento de almas muertas.

Contenido

Prólogo (Cristóbal Villegas de la Cuadra).....	3
Año primero de la Santa Pandemia (Marisol Utreras Guerra).....	6
Peste programada (Michel Deb)	7
Vahos (J.M. Fernández Gutiérrez).....	10
La maleta (Ignacio Domínguez).....	16
La marcha sin fin (J.P. Cifuentes Palma)	18
Tramoyas (Carlos Gómez Salinas).....	20
Anticuerpos (Diego Escobedo)	23
La playa (Yamila Huerta Serrano).....	26
Vampiros (Felipe Tapia Marín)	30
La ciudad (Romy Riq).....	33
Víctor Whiskey: Quebec (A. Sierra).....	34
Camilo (Josefa Tello Alfaro).....	44
Portador (Connie Tapia Monroy).....	46
Queridos hijos (Agustín González Cortés)	47
Corona-Helena 2042 (Jesús Todemun)	49
Visión (Andrea Prado).....	60
El fin de Bueninides (Aarón Szewkis Alvo)	62
Reflexiones de un verdugo (Fabián Cortez).....	67
Nuevo Cosmos (Gisela Sanhueza)	68
El no vivo (Iván Salazar)	73
El espíritu que aún vive en ti (Wilbert Gallegos Riquelme)	76
Un nuevo mundo (Héctor Olmedo Gutiérrez).....	79
COVID-19 (Folleto) (Leonardo Espinoza Benavides)	83
baile de mascarillas en el hipermercado (Marcelo Novoa)	93